

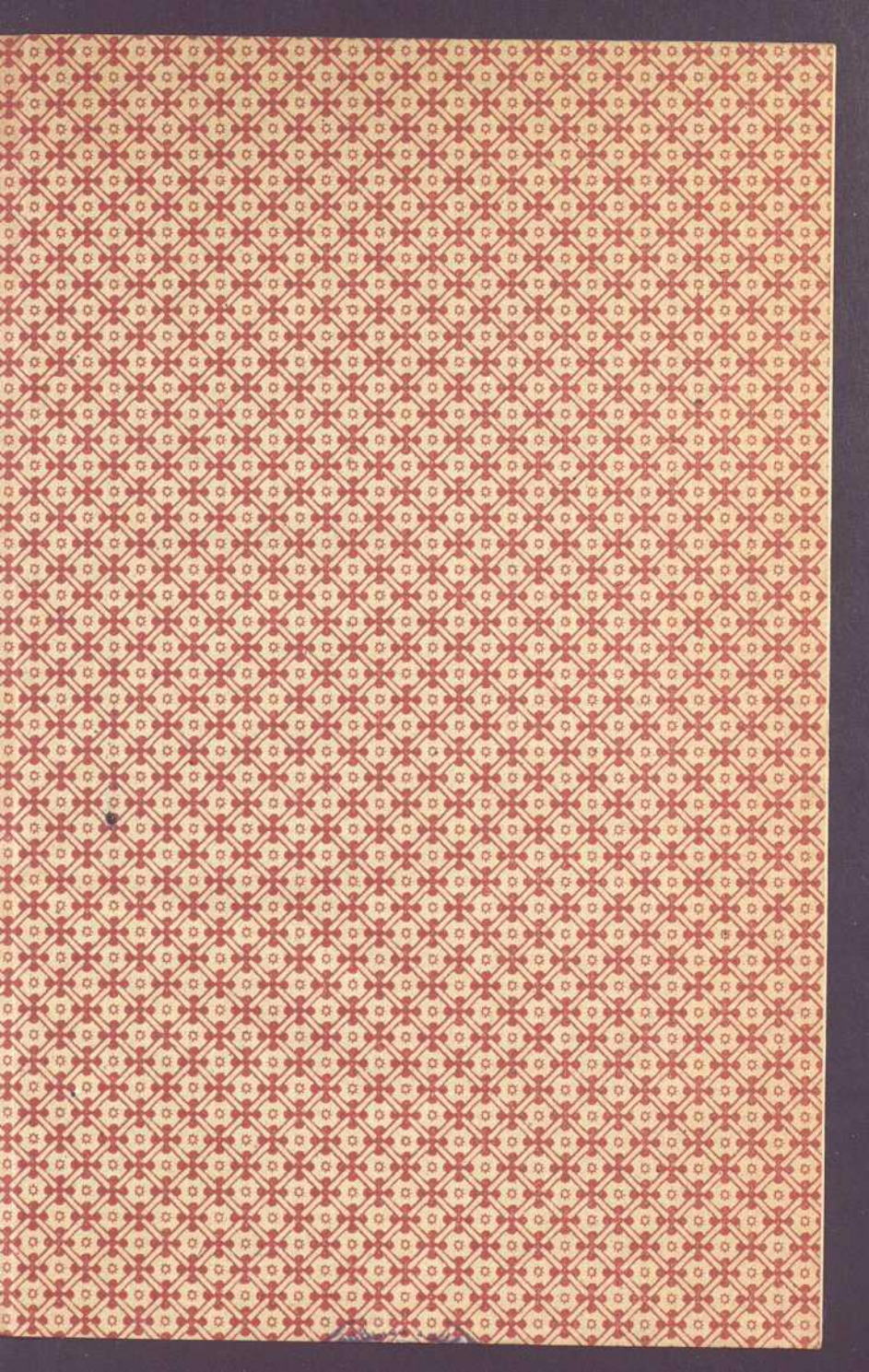
CENTRO

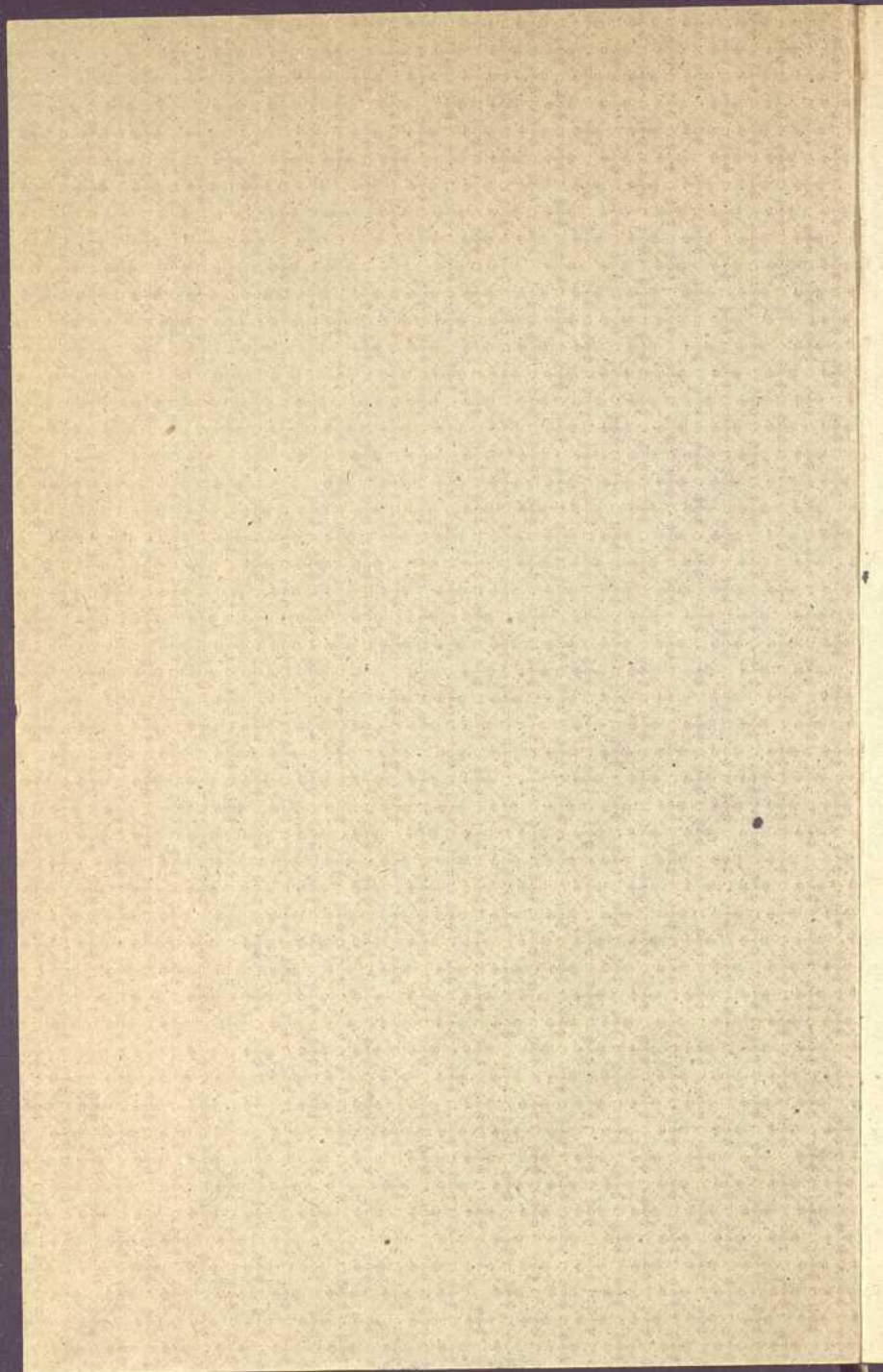
DE LEI

Sala .....

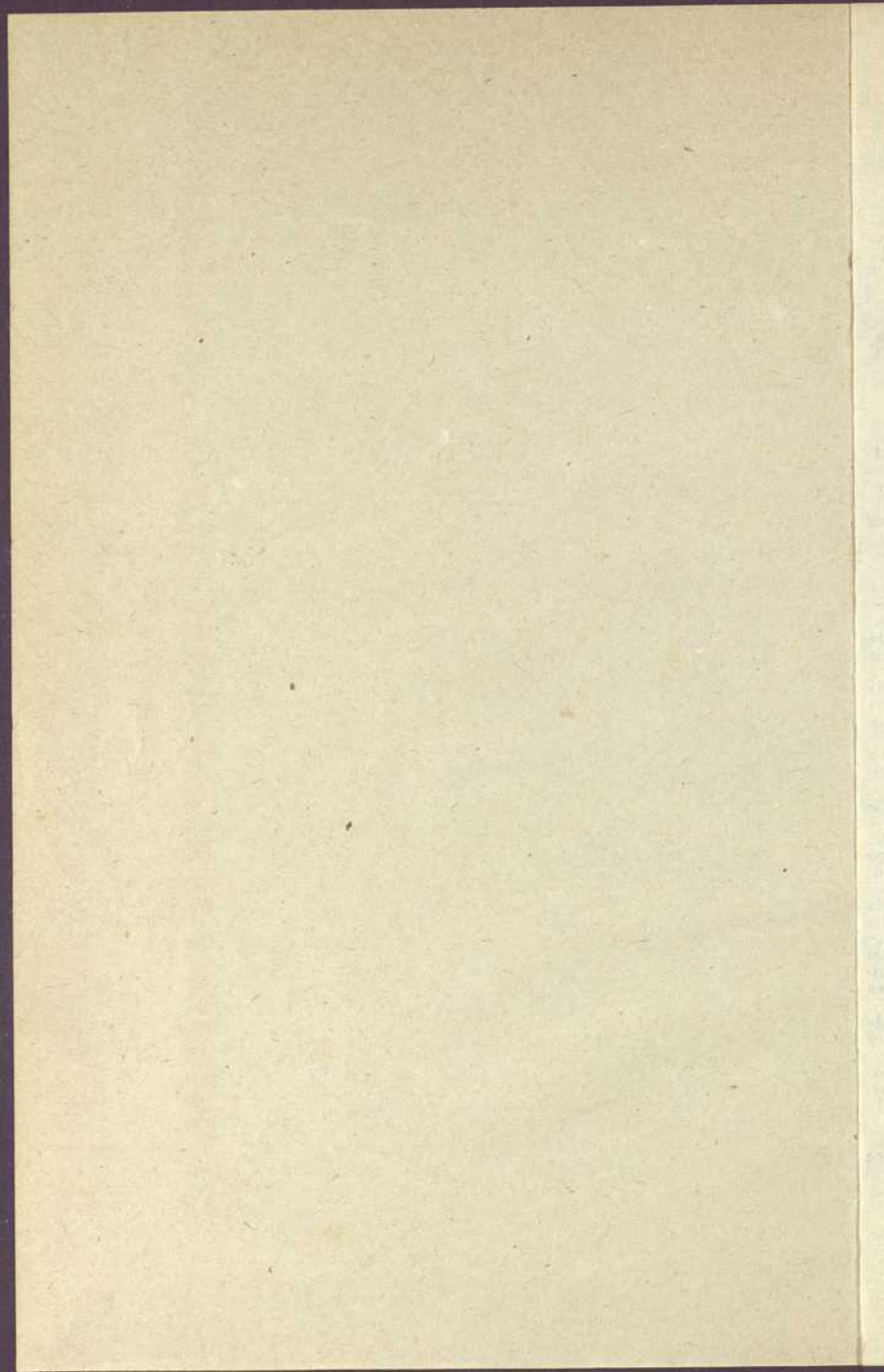
Estante C-1

natura 12





F. D. 4658



R. 2. H. 93

LIBROS CÉLEBRES  
ESPAÑOLES  
Y EXTRANJEROS

Director literario: V. Blasco Ibáñez



## EN ESTA COLECCIÓN

HOMERO: *Ilíada*.—Traducción nueva del griego por Leconte de Lisle. Versión española de Gómez de la Mata.—2 t.

HOMERO: *Odisea*.—Traducción nueva del griego por Leconte de Lisle. Versión española de N. Hernández Luque.—2 tomos.

ESQUILO: *Tragedias*.—Traducción nueva del griego por Leconte de Lisle. Versión española de E. Díez-Canedo.—Un tomo.

EURÍPIDES: *Obras completas*.—Traducción nueva del griego por Leconte de Lisle. Versión española de Gómez de la Mata.—4 tomos.

JENOFONTE: *La vida y las doctrinas de Sócrates*.—Versión española y nota preliminar de J. Deleito y Piñuela. 1 t.

ARISTÓFANES: *Comedias*.—Versión española de R. Martínez Lafuente.—3 t.

Tomo I.—Lysistrata. Los acarnienses. Las nubes.—Tomo II.—Los caballeros. La paz. Las avispas. Pluto.—Tomo III.—Las tsmóforas. Las aves. La asamblea de las mujeres. Las ranas.

*El libro de las mil noches y una noche*.—Traducción directa y literal del árabe por el Dr. J. C. Mardrus. Versión española de V. Blasco Ibáñez. Prólogo de E. Gómez Carrillo.—23 tomos.

Tomo I.—Historias del rey Schahriar y su hermano el rey Schazaman, del mercader y el efrít, del pescador y el efrít, del mandadero y las tres doncellas y de la mujer despedazada, de las tres manzanas y del negro Rihán.

Tomo II.—Historias del visir Nuredin y de su hermano y de Hassán Baddreddin y del jobabado, el sastre, el corredor nazareno, el intendente y el médico judío.

Tomo III.—Historias de Dulce-Amiga y de Ghanem Ben-Ayub y de su hermana.

Tomo IV.—Historia del rey Omar Al-Nemán y de sus dos maravillosos hijos.

Tomo V.—Fin de la historia del rey Omar Al-Nemán...

Tomo VI.—Historias de los animales y de las aves, de Ali Ben-Bekar y la bella Schamsennahar y de Kamaralzamán y la princesa Budur.

Tomo VII.—Historias de Feliz-Bello y Feliz-Bella, de Grano-de-Belleza y de la docta Simpatía.

Tomo VIII.—Aventuras del poeta Abu-Nowas. Historias de Sindbad el marino y de la bella Zummurd.

Tomo IX.—Historias de las seis jóve-

nes de distintos colores, de la ciudad de bronce, de Ibn Al-Mansur, de Wardán el carnicero y de la princesa subterránea.

Tomo X.—El falso califa. Historias de Rosa-en-el-cáliz, del caballo de ébano y de los artificios de Dalila la Taimada.

Tomo XI.—Historias de Juder el pescador y de Abu-Kir y Abu-Sir.

Tomo XII.—Anécdotas morales del jardín encantado. Historias de Abdalah de la Tierra y de Abdalah del Mar, del joven amarillo y de Flor-de-Granada y de Sonrisa-de-Luna. La velada de invierno. El Felah de Egipto y sus hijos blancos.

Tomo XIII.—Historia de Califa y del califa. Aventuras de Hassán Al-Bassri.

Tomo XIV.—El diván de las gentes alegres y despreocupadas. Historia del dormido despierto. Los amores de Zein Al-Mawassif. Historias del joven holgazán y del joven Nur y de la franca heroica.

Tomo XV.—Consejos de la Generosidad y de la Experiencia. Historias del espejo de las vírgenes y de Aladino y la lámpara mágica.

Tomo XVI.—La parábola de la verdadera ciencia. Farizada la de sonrisa de rosa. Historias de Kamar y de la pierna de carnero. Las llaves del destino.

Tomo XVII.—El diván de los fáciles donaires y de la alegre sabiduría. Historias de la princesa Nuernnahar y de la bella gennia y de Sarta-de-perlas.

Tomo XVIII.—Las dos vidas del sultán Mahmud. El tesoro sin fondo. El adulterino simpático. Palabras bajo las noventa y nueve cabezas cortadas. La malicia de las esposas.

Tomo XIX.—Historia de Ali Babá y de los cuarenta ladrones. Los encuentros de Al-Rachid en el puente de Bagdad. Historia de la princesa Suleika.

Tomo XX.—Los ocios encantadores de la adolescencia desocupada. Historia del libro mágico.

Tomo XXI.—Historia espléndida del príncipe Diamante. El maestro de las divisas y de las risas. Historia de Obra Maestra de los Corazones.

Tomo XXII.—Historias de Baibars, de la rosa marina y la joven de China y del pastel hilado con miel de abejas.

Tomo XXIII.—Los tragaluces del Saber y de la Historia. El fin de Giafar. Historia del príncipe Jazmín y de la princesa Almendra. Conclusión.

SHAKESPEARE: *Obras completas*.—Doce tomos (véase detalle pág. 4).



## LA CANCIÓN DE ROLDÁN

## OBRAS COMPLETAS DE SHAKESPEARE

---

- TOMO I.—William Shakespeare, por *Victor Hugo*.—Hamlet, príncipe de Dinamarca.—Los dos hidalgos de Verona.
- II.—Otelo, el moro de Venecia.—Medida por medida.—Cuento de invierno.
  - III.—Romeo y Julieta.—Bien está lo que bien acaba.—Comedia de equivocaciones.
  - IV.—El mercader de Venecia.—Penas de amor perdidas.—Cimbefino.
  - V.—Macbeth.—Troilo y Cresida.—Enrique VIII ó Todo es verdad.
  - VI.—El rey Lear.—Coriolano.—Como gustéis.
  - VII.—La fiera domada.—La duodécima noche.—Mucho ruido para nada.
  - VIII.—El sueño de una noche de verano.—La tempestad.—Las alegres comadres de Windsor.
  - IX.—Julio César.—Antonio y Cleopatra.—Timón de Atenas.
  - X.—El rey Juan.—La vida y la muerte del rey Ricardo II.—La tragedia de Ricardo III.
  - XI.—La primera parte de Enrique IV.—La segunda parte de Enrique IV.—El rey Enrique V.
  - XII.—La primera parte del rey Enrique VI.—La segunda parte del rey Enrique VI.—La tercera parte del rey Enrique VI.

F.A. 4653

# LA CANCIÓN DE ROLDÁN

PRIMERA PARTE

Version de  
*Francisco Manuel Balleín de Villaverde*

*En Zaragoza.—Censoje celebrado  
por el rey Marallo*



~~R-4093~~  
MR-12508

PROMETEO  
SOCIEDAD EDITORIAL  
Germanfas, 55.—VALENCIA

# LA CANCIÓN

DE

# ROLDÁN

DE

DE

DE

DE

DE

DE

DE

DE

DE

DE

DE

DE

DE





## **PRIMERA PARTE**

### **LA TRAICIÓN DE GANELÓN**

*En Zaragoza.-- Consejo celebrado  
por el rey Marsilio*

#### I

Carlos, emperador, nuestro rey magno, siete años plenos en España estuvo: hasta el mar, conquistó la tierra alta. No hubo castillo, ni ciudad, ni muro que enhiesto frente á él permaneciese, fuera de Zaragoza, que en lo sumo de una montaña se alza. El rey Marsilio, que no adora al Señor, y rinde culto á Mahoma y á Apolo, es quien la tiene; contra el mal que lo acecha no habrá escudo.

## II

El rey Marsilio se halla en Zaragoza.  
 Cabe la umbría de un vergel se encuentra  
 posa de mármol en azules gradas,  
 y más de veinte mil hombres le cercan.  
 Así á sus duques y á sus condes dice:  
 «Oid el crudo mal que nos apena,  
 señores: Carlos, de la dulce Francia  
 emperador, entróse en esta tierra  
 por nuestra confusión. No tengo ejército  
 para librar batalla, no guerrera  
 gente para ahuyentar las huestes suyas.  
 Libradme de la muerte y la vergüenza,  
 un consejo ofreciendo, cual varones  
 prudentes.» Ni un pagano le contesta  
 palabra alguna; Blancandrin tañ sólo  
 habla, el que tiene de Val-Fonde la fuerza.

## III

Blancandrin el pagano, hombre prudente  
 entre todos los suyos, valeroso  
 guerrero y apto para dar consejos  
 útiles á su rey, de aqueste modo  
 le dice: «No espantaos; un mensaje  
 mandad á Carlos, fiero y orgulloso,  
 prometiendo amistad y servidumbre.  
 Presentadle leones, perros, osos,  
 setecientos camellos, mil azores  
 que hayan mudado ya; de plata y oro  
 bien cargados mandadle cuatrocientos

mulos y hasta cincuenta carros, todos llenos. En fin, señor, de áureos besantes, purísimos, enviadle un gran tesoro, con que pueda pagar á sus soldados.

Vos le diréis que emprenda ya el retorno á Francia, á Aix, pues lleva mucho tiempo luchando en el país, y que bien pronto —cuando de San Miguel llegue la fiesta— allí os haréis cristiano. Su hombre en todo bien y honor queréis ser. Si él os exige rehenes, enviadlos presuroso, diez, veinte, por lograr su confianza.

Mandad de nuestras hembras los retoños.

Yo entregaré, el primero, al hijo mío, para que muera allí. Que de los hombros les arranquen la testa es preferible á perder nuestra tierra y que nosotros á mendigar mirémonos forzados.»

«Con gusto lo otorgamos», dicen todos.

#### IV

Blancandrin así exclama: «Por mi diestra y mi barba, que el loco viento agita sobre mi pecho, pronto á los franceses veréis alzar el campo, y su partida á la tierra de Francia. Cuando se hallen en sus casas, de vuelta, en la capilla de Aix Carlos hará muy grande fiesta á San Miguel. Vendrá el fijado día en que allí estar debéis, pasará el plazo, y Carlos no tendrá de vos noticia. Duro de corazón, á los rehenes cortará la cabeza; mas la vida es mejor que ellos pierdan, que nosotros

á nuestra hermosa España queridísima,  
y dolores sin cuento padezcamos.»  
«Bien podrá ser así», todos afirman.

## V

De Marsilio el Consejo ha concluído.  
El rey manda llamar á diez paganos,  
á Estramarin, Clarin de Balaguer,  
Priamus, Eudropin, Matthieu, el barbado  
Garlan, Joimer, Maubien, ultramarino,  
Machiner, Blancandrin, los más malvados  
felones, y su plan así les cuenta:  
«Mis barones, iréis á Carlomagno,  
que sitia ahora á la ciudad de Córdoba,  
con ramos de oliveras en las manos,  
de paz y sumisión patente muestra,  
y si, hábiles, lográis con el rey Carlos  
reconciliarme, amigos, yo os prometo  
tierras, feudos y oro y plata daros,  
tanto como queráis.» «Muy bien se expresa  
nuestro señor», exclaman los paganos.

## VI

De Marsilio el Consejo ha concluído.  
A los suyos les dice: «Iréis, señores,  
con ramos de olivera entre las manos  
á decir al rey Carlos que en el nombre  
de Dios piedad me tenga: antes que un solo  
mes pase, iré con mil de mis mejores  
vasallos en su pos, la ley cristiana



á recibir y á ser por siempre su hombre,  
por la fe y el amor. Si acaso pide  
rehenes, le diréis que estoy conforme  
en darlos.» «Bien, tendréis un buen tratado»,  
Blancandrin á Marsilio le responde.

## VII

Marsilio hizo traer diez mulas blancas,  
que de Sicilia el rey en otro tiempo  
le enviare. Los frenos son de oro  
y las sillas de plata. Caballeros  
en ellas van los diez embajadores,  
verdes ramos de olivo conduciendo,  
de paz y sumisión en testimonio.  
Y llegan junto al rey, que es amo y dueño  
de toda Francia. Carlos engañado  
se verá por los viles mensajeros.

*En Córdoba.--Consejo celebrado  
por Carlomagno*

## VIII

Carlos de buen humor está y gozoso.  
A Córdoba ha tomado y hecho piezas  
las murallas; las torres ha abatido  
con máquinas; botín muy grande hicieron  
allí sus caballeros, de oro y plata  
y armaduras costosas. En la presa

población, todos, todos los infieles  
el bautismo ó la muerte recibieran.  
En un vasto vergel está el rey Carlos;  
Oliveros, Roldán, con él se encuentran,  
Sansón, el duque, Anséis, el furibundo,  
Geoffroi de Anjou, que su estandarte lleva,  
y Guerin, y Gerier, su camarada.  
Y otros muchos acusan su presencia,  
hombres viejos, barbudos, entre ellos.  
Son quince mil en suma, que nacieran  
allá en Francia, sentados en tapices  
blancos, gozosos, á las tablas juegan;  
al ajedrez, los viejos y prudentes;  
los mozos en la esgrima se desvelan.  
Muy cerca de un rosal, y cabe un pino,  
hay un sillón de oro: en él se muestra  
sentado el dueño de la dulce Francia.  
Es de nieve su barba, su cabeza  
toda canosa está, gallardo el cuerpo  
tiene y fiero ademán; al que desea  
verlo, decir cuál es, es obra ociosa.  
De sus mulas blanquísimas se apean  
los legados infieles, y al rey Carlos  
saludan con amor y reverencia.

## IX

Blancandrin, el primero, la palabra  
toma, y le dice de esta suerte á Carlos:  
«Sálveos Dios, el Glorioso, á quien dáis honra.  
He aquí lo que mi rey, el esforzado  
Marsilio, os participa: convencido  
de que es ley de salud la vuestra, ansiando  
está partir con vos todos sus bienes.  
El os dará leones, osos, galgos,

setecientos camellos, mil azores  
hecha la muda ya, de oro cargados  
y plata cuatrocientos buenos mulos,  
y henchidos, además, cincuenta carros.  
Tendréis tantos besantes de oro fino  
que podréis pagar todos los soldados.  
Mas como ya lleváis en esta tierra  
mucho tiempo, debéis á Aix tornaros.  
Mi dueño os seguirá, él lo promete,  
tomará vuestra ley, vuestro vasallo,  
juntas las palmas, vendrá á ser, y el reino  
de España aceptará de vuestras manos.»  
A los cielos eleva el rey las suyas,  
baja la frente, quédase pensando.

## X

Sigue el emperador la frente baja;  
jamás fué su palabra presurosa;  
su costumbre es hablar con gran sosiego.  
Fiero es su rostro cuando al fin lo torna  
á los legados: «Bien, muy bien—les dice—  
habéis hablado; mas decir me importa  
que vuestro rey Marsilio es mi enemigo.  
De estas palabras que dijisteis hora,  
¿en qué medida habré de confiarme?»  
«Tendréis buenos rehenes que respondan  
de ello, diez, quince, veinte; el hijo mío  
—el sarraceno dice—entre ellos forma,  
y habría de morir: otros más nobles  
no habéis. Cuando de vuelta en vuestra hermosa  
morada real estéis, á la gran fiesta  
de San Miguel, sin falta ni demora,

irá mi dueño y rey. De Aix en las aguas,  
que Dios brotó por vos, con gusto otorga  
el ser hecho cristiano.» El rey responde:  
«Aún podrá salvarse, de tal forma.»

## XI

El bello día á declinar principia.  
Carlos hace llevar á las diez mulas  
á sus establos, y después ordena  
colocar una tienda en la verdura  
del vergel, donde habiten los legados;  
doce sirvientes sirvenlos. La bruna  
noche allí pasan hasta el nuevo día.  
Misa y mañines á escuchar madruga  
el rey Carlos, y luego, bajo un pino,  
toma asiento, y ordena que allí acudan  
sus barones: con ellos, en Consejo,  
todo negocio resolver le gusta.

## XII

A sus barones llama á su Consejo.  
Está el emperador debajo un pino.  
Llegan el duque Ogier, Turpin, Ricardo  
el viejo, con Enrique, su sobrino;  
Acelin, bravo conde de Gascuña,  
y Teobaldo de Reims; Milon, su primo;  
y Guerin y Gerier; también Rolando,  
y Oliveros en pos, noble y ardido:

más de mil caballeros se congregan,  
entre ellos Ganelón, aquel que hizo  
la traición. Al instante este Consejo  
—Consejo desdichado—da principio.

## XIII

«Barones—Carlos dice—, el rey Marsilio  
me acaba de enviar embajadores.  
Me quiere dar gran parte de sus bienes;  
osos me mandará, galgos, leones,  
setecientos camellos; con la muda  
hecha ya, mil alígeros azores;  
de mulos, cuatrocientos, bien cargados  
de oro de Arabia; á más, de carros, pone  
más de cincuenta, todos bien henchidos;  
pero exige que á Francia yo retorne.  
Juntárseme promete en el palacio  
que en Aix tengo, y la ley que salva al hombre  
recibir. Ya cristiano, sus dominios  
aceptará de mí. Sus intenciones,  
¿son éstas, en verdad? Lo ignoro.» «En guardia  
pongámonos», exclaman los señores.

## XIV

Finó el emperador en su discurso.  
Roldán, que no lo aprueba, se levanta  
y dice al rey, su tío: «Gran locura  
es creer á Marsilio. Ya en España  
llevamos siete años; yo he rendido  
á Commible, Nobles, á Piña y su comarca,

Valtierra y Balaguer y las ciudades  
 de Tudela y Sevilla renombradas;  
 y siempre vi á Marsilio comportarse  
 cual traidor. Ya hace tiempo que enviara  
 á quince de los suyos, en las manos  
 conduciendo de oliva sendas ramas,  
 á hablaros como hoy. Vos á los vuestros  
 consejo, como ahora, demandarais,  
 y ellos fueran tan locos que vinieron  
 con vuestro parecer. Una embajada  
 al pagano enviasteis; por dos condes,  
 por Basilio y Basan, formada estaba.  
 ¿Y qué hizo Marsilio? Las cabezas  
 les cortó, de Haltoïe en las montañas.  
 La guerra proseguid, cual la empezasteis;  
 llevad á Zaragoza vuestras armas;  
 su sitio mantened toda la vida  
 si es preciso, y á aquéllos dad venganza.»

## XV

Baja el emperador la frente tiene.  
 Mesa su barba y riza su mostacho;  
 ni bien ni mal responde á su sobrino.  
 Todos los suyos quédanse callados,  
 excepto Ganelón, que en pie se pone.  
 «Vos no haréis la injusticia—exclama airado—  
 de escuchar á los locos, si tan sólo  
 vuestro provecho. Cuando el rey pagano  
 os envía á decir que pronto se halla  
 á declararse vuestro fiel vasallo,  
 y á recibir de vos España toda  
 y la fe, al propio tiempo, del cristiano,  
 aquel que os aconseja estas ofertas  
 rechazar, no le importa que muramos

de la muerte que fuere; tal consejo  
no debe entreteneros más espacio.  
Dejad las opiniones de los locos  
y ateneos tan sólo á la del sabio.»

## XVI

Naimés se alza á su vez, la barba blanca  
toda tenía y los cabellos grises;  
ningún mejor vasallo hay en la corte.  
«Vos habéis escuchado—al rey le dice—  
de Ganelón el parecer, consejo  
saludable, en verdad, si bien se sigue.  
Marsilio está en la guerra derrotado.  
Sus castillos son vuestros, destruisteis  
con máquinas sus muros; sus ciudades  
quemasteis, gran señor; vencidos gimen  
sus soldados. Piedad sólo demanda  
de vos. Fuera pecado el exigirle  
algo más, pues rehenes os ofrece  
en garantía. Es tiempo que termine  
esta guerra: mandadle un barón vuestro.»  
«Bien habló el duque», los franceses dicen.

## XVII

«¿A quién mandar pudiéramos, señores,  
á Zaragoza, junto al rey Marsilio?»  
«Yo iré, si es que gustáis—responde el duque—.  
Dadme el bastón y el guante.» «De gran juicio

hombre sois—dice el rey—; por esta barba  
y estos mostachos, quedaréis conmigo.  
Agora no os iréis de mí tan lejos.  
Que os volváis á sentar mando y exijo.»

## XVIII

«¿A quién mandar pudiéramos, barones,  
á Zaragoza, á ver á su amo y dueño?»  
«Yo muy bien puedo ir», clama Rolando.  
«No, ciertamente no—dice Oliveros—.  
Vos tenéis corazón feroz y ardiente;  
de que os pase algún mal guardo recelo.  
Yo iré, si place al rey.» Carlos inclina  
la cabeza. «Callad—dice—al momento.  
Ni uno ni otro pondréis allí la planta,  
por esta nivea barba que estáis viendo.  
Yo aguardo no se elija á Par alguno.»  
Los francos callan, y prosiguen quedos.

## XIX

Turpin de Reims de entre su fila sale,  
y le dice así á Carlos, con voz alta:  
«Gallardo rey, dejad á vuestros francos  
en paz. Siete años llevan en España  
con vos vuestros barones, y tan sólo  
han gustado trabajos y desgracias.  
A mí se deben el bastón y el guante.  
Yo iré al pagano que en la tierra manda



y un tanto le diré mi pensamiento.»  
Con ira Carlos grita: «Por mi barba,  
no haréis aqueso; en el tapiz sentaos,  
y sin mandarlo yo, no habléis palabra.»

## XX

«Caballeros franceses—Carlos clama—,  
de mi tierra á un barón presto elegidme,  
que vaya al rey Marsilio de legado,  
y, si hay necesidad, sepa batirse.»  
«Mi suegro Ganelón. Si aquí se queda,  
¿irá alguno mejor?», Rolando dice.  
«Lo hará muy bien—exclaman los franceses—;  
él es quien debe ir, si el rey lo elige.»

## XXI

«Ganelón—dice el rey—, á mí acercaos;  
recibid el bastón, y, á más, el guante;  
os designa la voz de los franceses,  
ya lo oís.» «No, señor, que todo es arte  
de Roldán. Le odiaré toda mi vida,  
y á Oliveros, su amigo, y á los Pares,  
pues que le aman. Aquí, en vuestra presencia,  
yo le reto.» «De cólera es bastante  
—dice el emperador—, pues yo lo ordeno  
partiréis.» «Ir podré, mas un desastre  
me espera allí, sin duda, al de Basilio  
y al de Basan, su hermano, semejante.»

## XXII

Y dice Ganelón: «A Zaragoza marcharé, aunque jamás de allí se vuelve. Señor, no os olvidéis que es vuestra hermana mi mujer, y que sólo un hijo tiene vuestro conde, Balduino; más hermoso garzón no existe. Viva, y un valiente será. Feudos y tierras yo le dejo. Velad por él. Ya nunca habré de verle.» «Marchad, pues yo lo ordeno—dice Carlos—. Tenéis el corazón bien flaco y débil.»

## XXIII

El conde Ganelón lleno de angustia está; del cuello arráncase sus grandes ricas pieles de marta, queda á cuerpo con un jubón de seda. Su semblante es fiero, cual sus ojos, agraciado tiene el cuerpo. Contémplanlo los Pares, su belleza admirando. «Loco, loco, ¿por qué esta rabia contra mí? Bastante lo sé, puesto que soy, Roldán, tu suegro—exclama Ganelón—. Me condenaste á ir junto á Marsilio. Bien. Si acaso permite Dios que vuelva, duelos, males sin cuento llamaré sobre tu frente, penas, que sólo con tu vida acaben.» «Locura, necio orgullo—Roldán dice—; no curo de amenazas. Un mensaje tal como éste requiere hombre juicioso. Yo iría, si el rey Carlos lo mandase.»

## XXIV

«No irás en mi lugar. No mi vasallo eres, ni yo tu rey—Ganelón dice—. Carlos manda que lleve su embajada, y á Zaragoza iré; mas es posible que haga alguna locura que consuele mi cólera.» Roldán lo escucha y ríe.

## XXV

Al mirar Ganelón que el Par se ríe, siente que se le parte de iracundia el corazón, y á poco se desmaya. «Roldán, os odio—dice—, pues mi injusta elección obra es vuestra. Señor recto, cumpliré vuestra orden con premura.»

## XXVI

«Gallardo Ganelón—el rey exclama—, llevaréis mi mensaje, sin retardo, y á Marsilio diréis de parte mía que, con las palmas juntas, mi vasallo deberá declararse, y el bautismo recibir. La mitad de España, en cambio, le otorgo en feudo. La mitad restante será para Roldán. Si este tratado no aceptase Marsilio, á Zaragoza pondré sitio, y á Aix, como un esclavo,

conducido será. Con gran vergüenza  
y dolor ha de ser ajusticiado.  
Recibid esta carta, con mi sello,  
y ponedla en la diestra del pagano.»

## XXVII

El rey da á Ganelón el guante diestro.  
No cogerlo, en verdad, quisiera el conde.  
Al asirlo deslízase hasta tierra.  
«¡Dios! ¿Qué sucederá—claman entonces  
los francos—. Nos vendrán muy grandes males.»  
«Sabréis las nuevas», Ganelón responde.

## XXVIII

Ganelón dice al rey: «Dadme el permiso  
para marchar; más tiempo no se pierda.»  
«Marchad—responde Carlos—, por la gloria  
de Jesús y la mía.» Y con su diestra  
le absuelve, y con la santa cruz le signa.  
La carta y el bastón también le entrega.

## XXIX

Ganelón á su casa se dirige  
y empieza á revestirse con sus armas,  
las mejores que encuentra. Espuelas de oro  
se coloca en los pies, fija su espada

Murgleis en el costado, y sube al noble caballo *Tachebrun*, mientras ampara Guinemer, su buen tío, la estribera. ¡A cuántos nobles vierais que lloraban! y decirle: «Barón, ¡qué gran desdicha para vos, que en la corte, do llevabais tan largo tiempo, por vasallo noble erais honrado! A aquel que imaginara esta vuestra partida ni el rey mismo podrá guardar. Idea tan infausta nunca debió tener Roldán, el conde, que estrecho parentesco á vos enlaza.» Y le dicen después: «Con vos llevadnos.» Y Ganelón: «No place á Dios—exclama—. ¿Tanto noble morir? Muera yo solo. Volved, señores, á la dulce Francia. Saludad á mi esposa de mi parte; también á Pinabel, mi camarada, y á Balduino, hijo mío. Asaz, señores, lo conocéis; por Dios, sed en su guarda, defendedle su feudo.» Por la vía de Zaragoza Ganelón cabalga.

### *La embajada y crimen de Ganelón*

#### XXX

Cabalga Ganelón bajo oliveras;  
topa con los legados sarracenos.  
Blancandrin, aguardándolo, marchaba  
con lentitud. En el hablar muy diestros  
ambos, conversación traban al punto.  
Y dice Blancandrin: «Hombre en extremo

maravilloso es Carlos. De Calabria,  
 Pulla y Constantinopla se ha hecho dueño  
 y de la gran Sajonia. El mar salobre  
 pasó, y en Inglaterra mano ha puesto.  
 Para el Papa un tributo ha conseguido.  
 Mas ¿por qué nos persigue en nuestro suelo?»  
 «Tal es su voluntad—contesta el conde—;  
 para luchar con él no hay hombre bueno.»

## XXXI

«Valientes, en verdad, sois los franceses  
 —afirma Blancandrin—, mas grande agravio  
 hacen al rey los duques y los condes  
 que aconsejanle así. Pierden á Carlos,  
 y con él muchos más han de perderse.»  
 Replica Ganelón: «Aquese cargo  
 no merece ninguno, excepto el conde  
 Roldán, y ha de valerle menoscabo.  
 Reposaba á la sombra el otro día  
 el rey, cuando Roldán llegó á su lado,  
 vestido con loriga. Esto pasaba  
 cerca de Carcasona, donde un magno  
 botín cogido había. Una bermeja  
 manzana columbrábase en su mano.  
 «Tened, gentil señor—dice á su tío—;  
 ved aquí las coronas que he ganado  
 á los reyes que he puesto á vuestras plantas.  
 Un castigo merece orgullo tanto.  
 No hay día que á la muerte no se exponga.  
 Sea muerto, y tendremos paz, al cabo.»



XXXII

«Al querer que le imploren paz y gracia  
todos los pueblos, muéstrase bien duro  
vuestro conde Roldán—dice el pagano—  
y las tierras poner bajo su puño.  
Mas, ¿para empresa tal con quiénes cuenta?»  
«Con los francos. Por nada, en tiempo alguno,  
llegarán á dejarle: tanto le aman.  
Oro y argento, armas, mulas, brutos,  
sedas les da, y al rey más que desea.  
Conquistará, hasta Oriente, todo el mundo.»

XXXIII

A Ganelón contempla el sarraceno.  
Bello el rostro le halló, mas la mirada  
de traidor. Tiembla el conde en este instante.  
De aquesta suerte Blancandrin le habla:  
«Oídme atentamente: ¿de Rolando  
quisierais conseguir presta venganza?  
¿Eh? Debéis de entregarlo, por Mahoma.  
Marsilio, afable rey, en justa paga,  
os cederá con gusto sus tesoros.»  
Le escucha el conde, y la barbilla baja.

XXXIV

Ya tanto han cabalgado ambos guerreros,  
que su fe mutuamente, al fin, empeñan  
para lograr la muerte de Rolando.  
Ya tanto por caminos y por sendas

cabalgaron, que, al fin, á Zaragoza  
 llegan. Bajo un ciprés los dos se apean.  
 A la sombra de un pino vese un trono,  
 de Alejandría con preciosa seda  
 rodeado. Lo ocupa el rey Marsilio,  
 dueño de toda España. Le rodean  
 veinte mil sarracenos; no se escucha  
 ni una sola palabra, pues las nuevas  
 con impaciente afán todos aguardan.  
 El conde y Blancandrin helos que llegan.

## XXXV

Blancandrin se dirige al soberano,  
 teniendo al conde por el puño asido.  
 «Salud—le dice—, en nombre de Mahoma  
 y Apolo, cuya ley fieles seguimos.  
 A Carlos le llevamos la embajada,  
 y él, alzando las manos, dió, rendido,  
 las gracias á su Dios. No hay más respuesta.  
 Mas uno de sus nobles más magníficos,  
 señor muy poderoso allá en su patria,  
 os manda, gran señor. Por él sabido  
 será si paz tendremos, ó la guerra.»  
 «Que hable, ya le escuchamos», diz Marsilio.

## XXXVI

Ganelón, sin embargo, toma tiempo  
 para pensar, y al fin, con gran pericia,  
 habla así, como aquel que hacerlo sabe:  
 «En el nombre de Dios, salud y dicha,



del Dios glorioso, á quien amáis, sin duda.  
Escuchad lo que el rey manda que os diga:  
Tomaréis la ley santa del cristiano  
y la mitad de España, que se digna  
daros el rey en feudo; la restante  
será para Roldán. ¡Por vida mía,  
que tendréis orgulloso compañero!  
Si aquesto no aceptáis, irá en seguida  
á Zaragoza á establecer su cerco.  
Y preso y maniatado á Aix, la silla  
del Imperio, por fuerza transportado  
seréis. Una sentencia á vuestros días  
pondrá fin, con dolor y con vergüenza.»  
Estremécese el rey, tiembla, se agita.  
Tiene en la mano un dardo, quiere al conde  
matar, mas, por fortuna, no lo tira.

## XXXVII

De color ha cambiado el rey Marsilio.  
Fiero blande en su mano el asta dura.  
Requiere Ganelón su espada, presto,  
de la vaina dos dedos la desnuda.  
«Tú eres, mi espada—dice—, clara y bella;  
y en tanto no fallézcame tu ayuda,  
no dirá que perdí la vida solo,  
en tierra extraña, el rey, pues sangre mucha,  
de los mejores, pagará mi muerte.»  
«La liza prohibid», todos murmuran.

## XXXVIII

Los más nobles paganos de Marsilio consiguen que otra vez ocupe el trono. Y el califa le dice: «Pretendiendo matar al franco, en caso deshonroso nos pusisteis. Preciso es escucharlo.» Y Ganelón añade: «Yo estoy pronto á sufrir esta afrenta. Mas no debo nunca, jamás, señor, por cuanto oro hizo Dios y riquezas aquí existan, callar lo que el rey Carlos poderoso me mandó que dijera á su enemigo mortal, á vos, si de lugar yo gozo.» Viste el conde de marta cibelina, recubierto de seda, un manto hermoso; lo arroja al suelo, y Blancandrin lo coge. La espada no le quitan: por el pomo áureo en su puño diestro la sostiene. «Es un noble barón», claman los moros.

## XXXIX

Ganelón á Marsilio se aproxima, y dice: «Sois injusto. El que de Francia es dueño, Carlomagno, á vos ordena que marchéis á tomar la ley cristiana. En feudo os cederá de aqueste reino la mitad, y la otra será dada á Roldán, su sobrino. ¡Por mi vida, tendréis de un orgulloso la compañía!

Si no aceptáis el trato, á Zaragoza  
vendrá á ponerle sitio, y vos la grata  
libertad perderéis, y á Aix, la silla  
del Imperio, será vuestra jornada.  
Corcel ni palafrén, mula ni mulo,  
tendréis: sólo un caballo que á la carga  
por malo se dedique. En él echado  
seréis. Vuestra cabeza destroncada  
caerá, por un decreto. Aquesta letra  
os manda el rey.» Entrégale la carta.

## XL

Era Marsilio docto, muy letrado.  
De la pagana ley había sido  
escolar. Rompe el sello, á tierra arroja  
la cera, y mira lo que estaba escrito.  
Lloran sus ojos, mésase la barba,  
álzase, y dice con acento vivo:  
«Señores, escuchad; qué gran locura.  
Carlos, que tiene á Francia en su dominio,  
dice que de su cólera y su duelo  
me acuerde, de Basan y de Basilio,  
á quienes de Haltoïe maté en los montes.  
Para la vida conservar, mi tío,  
el califa, yo debo de enviarle.  
De su amor, de otra suerte, seré indigno.»  
Los paganos prosiguen silenciosos,  
y sólo de esta forma habla su hijo:  
«Ganelón se ha expresado como un loco  
—exclama—; de la muerte se ha hecho digno.  
Entregádmelo, ¡oh rey! justicia presto  
haré en él.» Mas el conde, que lo ha oído,  
blande en la diestra su cortante espada,  
y contra el tronco apóyase de un pino.

## XLI

He, pues, en Zaragoza un gran tumulto.  
 Mas un guerrero que presencia el lance,  
 hijo de un general, muy poderoso,  
 le dice á su señor, de aquesta arte:  
 «No temáis, gentil rey, mirad al conde,  
 al traidor, cómo muda de semblante.»

## XLII

Marsilio á su jardín se ha retirado,  
 con sus mejores hombres: entre ellos  
 Blancandrin, el del pelo encarnecido,  
 y Jurfaleu, su hijo y su heredero,  
 y el califa también, que es del monarca  
 tío y amigo. «Al franco fuera bueno  
 llamar—exclama Blancandrin—; el conde  
 su fe ha empeñado en el negocio nuestro.»  
 «Traedle, pues», ordena el rey Marsilio.  
 Blancandrin ha trabado por los dedos  
 á Ganelón, y llévale al monarca.  
 Entonces se prepara el vil concierto.

## XLIII

«Gallardo Ganelón—dice Marsilio—,  
 yo con vos me he portado locamente,  
 cuando quise, colérico, mataros.  
 Mas mi falta reparen estas pieles

de cibelina, agora concluídas  
 de hacer. Quinientas libras valer pueden  
 de oro, ó más. Tomadlas. ¡Buena multa!»  
 En el cuello del conde el rey las prende.  
 Ganelón le contesta: «Las admito,  
 y Dios, si así le place, os recompense.»

## XLIV

«Ganelón—dice el rey—, verdad os digo.  
 Sabed que vivamente quiero amaros.  
 Quede en secreto cuanto aquí se trate.  
 Deseo que me habléis de Carlomagno.  
 Caduco está, ¿verdad? pasó su tiempo.  
 Calculo que tendrá doscientos años.  
 ¡Llevó por tanta tierra el cuerpo suyo!  
 ¡Recibió tanto golpe en su bloqueo  
 escudo! ¡A tanto rey tornó mendigo!  
 ¿De luchar de tal modo no está laso?  
 A Aix debiera ir, por su reposo.»  
 «No—dice Ganelón—, no está cansado  
 Todos los que le ven y le conocen  
 os dirán que es barón muy noble y alto.  
 Yo no acierto á alabarle cual merece,  
 pues más honra y bondad nadie ha ostentado.  
 ¿Quién puede dar idea aproximada  
 de todo lo que vale Carlomagno?  
 ¡Tal virtud le ha infundido el Señor nuestro!  
 Morir prefiero á abandonar su lado.»

## XLV

«Viejo y canoso—exclama el sarraceno—,  
 Carlomagno, en verdad, cómo me asombra.  
 Estimo que tendrá doscientos años.  
 ¡Cruzó su cuerpo tierras numerosas!  
 ¡Cuánto golpe llevó de dardo y lanza  
 ¡Grandes reyes forzó á pedir limosna!  
 ¿Cuándo se cansará de aquesta lucha?»  
 «Jamás, en tanto viva y le socorra  
 su sobrino—contesta el conde franco—;  
 no hay varón que le iguale so la hermosa  
 capa celeste. Ardido es Oliveros,  
 y otro tanto los Pares, que en gran honra  
 y amor nuestro rey tiene: la vanguardia  
 con veinte miles de guerreros forman.  
 Bien puede estar tranquilo Carlomagno.  
 ¿De quién podrá tener miedo y zozobra?»

## XLVI

Exclama el sarraceno: «Cano y blanco,  
 vuestro rey, en verdad, me maravilla.  
 Doscientos años tiene, según creo.  
 ¡Cuánta tierra tomó en su larga vida!  
 ¡Qué de golpes sufrió de agudas lanzas!  
 ¡A cuánto rey dió muerte en cruda liza!  
 ¿Cuándo de guerrear se habrá cansado?»  
 Ganelón dice: «Nunca, mientras viva  
 su sobrino Roldán: de aquí al Oriente  
 no existe nadie igual. También anima

gran valor á Oliveros y á los Pares,  
á quienes muestra el rey pasión ardida.  
Con veinte mil componen la vanguardia.  
¿Temer á algún viviente el rey podría?

## XLVII

«Gallardo Ganelón—dice Marsilio—,  
no existe otro más fuerte que mi pueblo.  
Cuatro veces cien mil bravos jinetes  
contra los francos enviar yo puedo.»  
Responde Ganelón: «No la victoria  
lograréis alcanzar. Hombres sin cuento  
perderíais. Dejad esta locura,  
y sed prudente. Dad tanto dinero  
al rey que maravillense los francos;  
mandad veinte rehenes, y á este precio  
Carlos retornará á la dulce Francia;  
del rey en pos y de su grande ejército  
irá la retaguardia. De seguro  
tendrá el mando Roldán, con Oliveros,  
valeroso y cortés: entrambos condes  
la vida perderán, si me dais crédito.  
Esto de Carlos finará el orgullo,  
y de luchar con vos no habrá deseo.»

## XLVIII

«Gallardo Ganelón—Marsilio dice—,  
¿cómo á Roldán matar? ¿con cuáles trazas?»  
«Yo os lo sabré decir—contesta el conde—.  
De Cizre, en las fierísimas gargantas,

será el rey, con el grueso de su ejército,  
y detrás quedará su retaguardia,  
con Roldán, su sobrino poderoso,  
y Oliveros, que goza su confianza:  
veinte mil francos llevarán con ellos.  
Vos, señor, vuestras fuerzas congregadas,  
lanzad sobre ellos á cien mil paganos,  
para que entablen la primer batalla;  
crudamente los francos combatidos  
serán, y vuestras fuerzas destrozadas.  
Mas segundad, señor, con otro ataque:  
el sobrino del rey no puede á entrambas  
acciones acudir, y el triunfo es vuestro.  
Jamás la guerra os torbará la calma.»

## XLIX

«Conseguid que Roldán pierda la vida,  
y así quitáis al rey su poderoso  
brazo derecho. ¡Adiós, armas de Francia!  
Carlos no ha de ceñir corona de oro  
ya nunca, ni juntar tan grandes fuerzas.  
Gozará toda España del reposo.»  
Besa en el cuello al franco el rey Marsilio,  
y empieza á descubrirle sus tesoros.

## L

«No hablemos más. Tan sólo el que asegura  
es un buen consejero. En el instante  
jurad la muerte de Roldán—Marsilio  
así dice—; jurad que he de encontrarle



de Carlos en la fuerte retaguardia.  
Yo aseguro batirle donde le halle.»  
El conde Ganelón así contesta:  
«Conforme deseáis, el hecho pase.»  
Por las reliquias de Murgleis, su espada,  
promete la traición: se hace culpable.

## LI

Un sillón de marfil allí se encuentra;  
sobre un escudo blanco está, á la sombra  
de una olivera; el rey demanda un libro:  
la ley de Tervagan y de Mahoma.  
En él jura Marsilio: Si á Rolando  
halla en la retaguardia, con sus tropas  
le atacará, matándolo si puede,  
y los Pares la muerte de igual forma  
recibirán. Responde el conde franco:  
«Nuestro trato consiga la victoria.»

## LII

He aquí que viene Valdabrun, pagano;  
aquel que apadrinara al rey Marsilio  
en el día en que armóse caballero.  
De esta suerte al francés dice, festivo:  
«Tomad mi espada, rica cual ninguna;  
pomo y puño mil piezas de oro fino  
valen, y más; por amistad la entrego,  
gentil señor, mas vuestra ayuda pido»

contra Roldán. Haced que consigamos lo que afirmáis.» «Amén—el conde ha dicho—. Prometo que á los Pares batiremos; que la muerte hallarán también afirmo.» Valdabrun, el infiel, y el conde franco en la barba se besan y el carrillo.

## LIII

He aquí que llega Climborin, pagano, quien dice á Ganelón con gozo y risa: «Tomad este mi yelmo, no hay ninguno mejor. Sobre el nasal relumbra y brilla un carbunco. Mas dadme vuestra ayuda contra el marqués Roldán. Por vos se extinga su honra.» «Sea así», contesta el franco. Se besan en la barba y la mejilla.

## LIV

He aquí que viene Braminonde, la reina, que exclama: «Os amo mucho, señor conde, pues tanto os quiere mi señor y todos. Son para vuestra esposa aquestos dones: dos brazaletes de oro y amatistas y rubís. Vuestro rey otros mejores nunca miró en su vida: más riqueza que la que en Roma enciérrase suponen. Cada día os haré nuevos presentes.» «Mi deseo es serviros», le responde el franco, y las alhajas recogiendo, encima de la bota se las pone.

## LV

El rey llama á Mauduit, su tesorero:  
«¿Están ya preparados los presentes  
para Carlos?» «Lo están—Mauduit responde—  
setecientos camellos, grandes, fuertes,  
cargados de oro y plata; y los más nobles  
que existen bajo el sol: veinte rehenes.»  
El rey á Ganelón se ha aproximado,  
y le estrecha en sus brazos tiernamente:  
«Si me ayudáis contra Roldán, no debo  
tardar más en donaros de mis bienes  
gran parte.» Ganelón así replica:  
«El no tardar más tiempo me conviene.»

## LVI

Marsilio tiene al conde por la espalda.  
«Tú eres valiente—dícele—y experto;  
mas, por la ley que es cara á los cristianos,  
guárdate de mudar de sentimiento  
connigo. Habré de darte más tesoros:  
diez mulos bien cargados de oro bueno  
de Arabia. Algún presente parecido  
tendrás todos los años. Yo te entrego  
las llaves de esta vasta ciudad mía;  
lleva al emperador todos aquestos  
tesoros de mi parte y dos decenas  
de rehenes; mas logra que en el puesto  
que dijimos encuéntrase Rolando.  
Si consigo toparle en los estrechos

pasos y en las gargantas, pugna á muerte  
he de librar con él.» «Marcharme debo,  
ya tardo mucho», Ganelón exclama.  
Monta á caballo, emprende su regreso.

## LVII

Carlos á Francia habíase acercado.  
La ciudad ocupaba de Valtierra,  
en otro tiempo por Roldán rendida.  
Desde entonces cien años fué desierta.  
Aquí el emperador aguarda al conde  
y el tributo de España, grande tierra.  
Al alba, cuando el sol da el primer rayo,  
el conde al campo del monarca llega.

## LVIII

Esplendente es el sol y bello el día.  
Mucho el emperador ha madrugado,  
para escuchar la misa y los maitines.  
Después, ante su tienda, sobre el blando  
verde césped reposa. Pronto llega  
Roldán, con Oliveros esforzado,  
y Naimés, el duque, y otros mil con ellos.  
Quien viene es Ganelón, vil y bellaco  
y perjuro. «Salud, de Dios en nombre  
—tomando la palabra dice á Carlos—.  
Estas las llaves son de Zaragoza,  
y éstos, grandes tesoros regalados,  
y éstos, veinte rehenes: dadles guarda.

Al califa conmigo no le traigo,  
y por ello perdón pide Marsilio.  
Trescientos mil guerreros, bien armados,  
estos mis ojos vieron: la loriga  
en los hombros, el yelmo, coronando  
de acero la cabeza, las espadas,  
de áureo pomo, ceñidas al costado.  
Estos trescientos mil, con el califa,  
se hicieron á la mar, abandonando  
el país de Marsilio: nuestra santa  
religión todos ellos rechazaron.  
Pero antes que hiciesen cuatro leguas  
se vieron sorprendidos por el bravo  
viento y la tempestad: todos murieron.  
No los veréis jamás. Aquí á mi lado  
mirarais al califa, de estar vivo.  
Señor, en cuanto al rey de los paganos,  
antes que pase un mes, en vuestro reino,  
la ley confesará que profesamos.  
Os tendrá por señor, las palmas juntas,  
y España admitirá de vuestras manos.  
«Demos gracias á Dios—el rey exclama—  
Bien lo hicisteis: seréis recompensado.»  
Suenan entonces miles de clarines  
con alegre clangor. Alzan el campo,  
las acémilas cargan, y el camino  
de su dulce país toman los francos.

***La retaguardia: Roldán condenado  
á muerte***

LIX

Carlos el Grande ha devastado á España,  
castillos derribó, violó ciudades.  
«Mi guerra ha concluído», exclama Carlos.  
Y cabalga hacia Francia. El día vase,  
y descende la noche. Allá en la cumbre  
de una colina ha puesto su estandarte  
Roldán, derecho contra el alto cielo.  
Por toda la región los francos hacen  
sus campamentos. Las paganas fuerzas  
cabalgan en su pos, entre los valles:  
lorigas, dobles cotas llevan puestas,  
yelmos en la cabeza, espadas graves  
al lado, al cuello escudos, lanzas prestas.  
Sobre los montes, en un bosque, páranse.  
Son cuatrocientos mil, que el día aguardan.  
¡Oh dolor, los franceses no lo saben!

LX

Se va el día, la noche se hace negra.  
El grande emperador, Carlos, se aduerme.  
Tiene un sueño: se mira en las gargantas  
de Cizre, entre sus manos juega y mueve  
el fresno de la lanza. De los pasos  
contempla al conde dueño; de tal suerte

blande y gira la lanza, que se parte,  
entre sus manos, en pedazos leves,  
las astillas elévanse á los cielos.  
Aún no se despierta: Carlos duerme.

## LXI

Transcurrido este sueño, tiene otro.  
Se ve en su dulce Francia, en la capilla  
de Aix. Le muerde un oso el brazo diestro  
hasta el hueso la carne se halla hendida.  
Después de las Ardenas á un leopardo  
ve llegar, que, feroz, se le echa encima.  
Mas, entonces, un galgo de la cámara  
sale veloz, y acórrele. Principia  
por morder en la oreja al oso fiero;  
y después, con furor, se precipita  
contra el fuerte leopardo. «Gran batalla,  
grande batalla», los franceses gritan.  
Cuál será el vencedor, ninguno sabe.  
No se despierta aún: Carlos dormita.

## LXII

Muere la noche, el alba sale lúcida,  
resplandeciente. El rey veloz cabalga;  
entre las tropas suenan mil clarines.  
«Mis barones, mirad estas gargantas,  
estos desfiladeros tan angostos  
—dice el rey—; ¿quién irá en la retaguardia?»  
«Roldán, mi yerno—Ganelón replica—.  
Un barón más valiente no se halla.

El será la salud de nuestras tropas.»  
 Le oye Carlos, y le echa una mirada  
 fiera, y le dice: «Sois el diablo mismo.  
 Os ha entrado en el cuerpo mortal rabia.  
 ¿Quién, entonces, irá á vuestra cabeza?»  
 Ganelón dice: «Ogier de Dinamarca.  
 Este indicado está; barón alguno  
 mejor pudiera ir en la vanguardia.»

## LXIII

Quando escucha Roldán que se le nombra,  
 se expresa así, cual noble caballero:  
 «Vos hacéis que me den la retaguardia;  
 yo os amo, á vida mía, señor suegro.  
 Nada habrá de perder nuestro rey Carlos,  
 corcel ni palafrén, según yo creo,  
 mula ni mulo, sobre el cual cabalguen,  
 acémila ó rocín, sin que primero  
 lo hubieren de pagar golpes de espada.»  
 Replica Ganelón: «Eso es muy cierto.»

## LXIV

Quando escucha Roldán que á retaguardia  
 le ponen, á su suegro, fiero, dice:  
 «¡Ah! traidor, hombre vil, de raza aleve,  
 ¿acaso piensas tú fuera posible  
 que caer yo dejara el guante mío,  
 como, ante el rey, con el bastón tú hiciste?»



## LXV

Roldán á Carlomagno dice entonces:  
«El arco aquel, que en vuestra mano luce,  
entregadme, que pienso no habrá nadie  
que de la mía escúrrase y la burle,  
cual con el guante le ocurrió á mi suegro,  
al coger el bastón.» El rey sacude  
su barba y su bigote, cabizbajo.  
A sus ojos las lágrimas acuden.

## LXVI

Entonces llega Naimés, de barba blanca  
y nevados cabellos; en la corte  
no hay vasallo mejor. Al rey le dice:  
«Ya lo escucháis, colérico está el condé  
Roldán, cuyo carácter es furioso,  
terrible, atroz. A su mandar se pone  
la retaguardia: es cierto que ninguno  
le puede reemplazar. Vuestro arco goce  
y bien le ayude.» El rey se lo presenta,  
y Roldán de sus manos lo recoge.

## LXVII

El rey dice á Roldán de aquesta suerte:  
«Tened, señor sobrino, por seguro  
que os daré la mitad de mis ejércitos.  
No rehuséis: vuestro bien en ella fundo.»

Roldán dice: «Con ella no haré nada.  
Si mi casa desmiento, Dios, al punto,  
me pierda. Veinte mil bravos franceses  
conmigo quedaránse. Los profundos  
pasos cruzad tranquilo. En tanto viva,  
no deberéis temer á hombre ninguno.»

## LXVIII

Roldán está en lo sumo de una altura.  
No tiene semejante su loriga;  
su yelmo de barón se ha colocado;  
Durendal, de áureo pomo, está ceñida  
á su cintura; de su cuello pende  
el escudo, con flores bien fingidas;  
su bruto es *Veillantif*: no quiso otro.  
Tiene la lanza enhiesta, do se afirma  
blanco estandarte, cuyas franjas áureas  
descienden al acero y lo acarician.  
Quién ama al adalid veráse ahora.  
«Os queremos seguir», los francos gritan.

## LXIX

Sube Roldán á su corcel, entonces;  
á sus lados colócanse Oliveros,  
Guerin, Gerier, el conde denodado;  
después Othon, Sanson, Anséis, el fiero;  
Bérengier, Ive, Ivoire, del rey querido,  
Girard de Rosellón; Girard, el viejo,  
llega con Engellier de la Gascuña.  
Exclama el arzobispo: «Al lado vuestro

iré, por mi cabeza.» Añade el conde Gautier: «Con vos iré; faltar no puedo: hombre soy de Roldán.» Estos eligen veinte mil esforzados caballeros.

## LXX

Roldán llama á Gautier de l'Hum, y manda «Mil franceses tomad de nuestra tierra, ocupad las alturas y los pasos, para que Carlos á ninguno pierda.» «Por vos debo de hacerlo», Gautier dice. Con mil francos recorre las estrechas gargantas y los altos. No habrá nadie que bajar de ellos logre, aunque las nuevas no lleguen, sin que antes siete cientos de espadas le reciban descubiertas. Almaris, de Belferne dueño y monarca, este día libró ruda contienda.

## LXXI

Carlomagno se entró por Roncesvalles; la vanguardia comanda Ogier, el duque; nada se ha de temer por este lado. Roldán atrás se queda, pues le cumple proteger al ejército. Oliveros y los Pares le siguen, y le acuden con veinte mil franceses. ¡Dios se digno venir en su socorro y los ayude! Lucha habrá. Ganelón, el vil, lo sabe; mas, por el oro, nada les descubre.

## LXXII

Altos los montes son, brunos los valles,  
la roca es negra, hondas las gargantas.  
Hoy pasarán los francos, no sin duelo.  
A quince leguas se oye de su marcha  
el rumor. Cuando llegan á Gascuña,  
el país de su rey, la grande Francia,  
se acuerdan de sus feudos y dominios,  
de sus bellas esposas y galanas  
doncellas; todos lloran de ternura.  
El más triste es el rey, pues en España  
quedó el sobrino, en los angostos puertos.  
Gime, no logra retener las lágrimas.

## LXXIII

En España quedáronse los Pares,  
con veinte mil franceses, y no abrigan  
ningún pavor, ni temen á la muerte.  
En Francia está ya Carlos. Mesa y riza  
su barba blanca, el llanto de sus ojos  
desciende, y en el manto se cobija.  
A su lado cabalga Naimés, el duque,  
quien dícele: «¿Qué idea dolorida  
os tortura?» «Me afrenta la pregunta.  
Tengo una pena que á llorar me obliga.  
Será por Ganelón deshecha Francia.  
Le vi esta noche en sueños, que rompía

mi lanza entre mis manos. El dispuso  
que fuese por Rolando conducida  
la retaguardia. Queda en tierra extraña.  
Muerto, ¡oh Dios! otro igual no encontraría.

## LXXIV

Carlos no puede reprimir el llanto.  
Cien mil francos por él piedad conocen  
y temen por Roldán. Le ha traicionado  
su suegro Ganelón, ese vil conde,  
que del rey sarraceno ha recibido  
oro, plata, vestidos brilladores  
de rica seda, mulos y corceles,  
corcovados camellos y leones.  
He aquí que el rey Marsilio trae de España  
generales, emires, duques, condes,  
vizcondes y barones, y á los hijos  
de éstos. En el espacio de tres soles  
ha reunido cuatrocientos miles  
de soldados. Redoblan sus tambores  
en Zaragoza. Elévase la estatua  
de Mahoma en lo sumo de la torre  
más alta: todos rézanle y le ruegan.  
Suben á los caballos, y veloces  
corren toda esta tierra, alturas, valles.  
Aperciben, al fin, los gonfalones  
francos. Los Pares son y sus soldados.  
A librar la batalla se disponen.

## LXXV

Caballero en un mulo, á quien aguija  
con bastón, adelántase el sobrino  
del rey pagano, y clama así, risueño:  
«Mi gallardo señor, os he servido  
mucho y bien; cuántas penas y dolores  
he pasado por vos; en cuántos vivos  
combates os logré lauro y victoria.  
Combatir á Roldán tan sólo os pido  
por todo feudo: mi cortante lanza  
le matará sin duda. Si su auxilio  
me quiere dar Mahoma, España entera  
prometo libertar, desde los mismos  
puertos de Aspe á Durestant. Los francos  
á Francia tornarán, su rey vencido.  
Y nunca más tendréis ninguna guerra.»  
Su guante, entonces, tiéndele Marsilio.

## LXXVI

El sobrino del rey, con rudo acento,  
en tanto que en el puño el guante tiene,  
clama: «Preciado don, señor, me hicisteis;  
once barones hora concededme,  
para ir á medirnos con los Pares.»  
Quien primero responde, de esta suerte,  
al llamamiento es Fausseron, hermano  
del rey: «Gentil sobrino, ciertamente  
voy con vos, libraremos el combate.  
La retaguardia de la enorme hueste  
del rey Carlos será rota y deshecha.  
Sin duda alguna, le daremos muerte.»



LXXVII

Venido del país de Berbería,  
 Corsablin, rey malvado y engañoso,  
 habló, no obstante, como buen vasallo:  
 «Cobarde no he de ser, por todo el oro  
 de Dios; si hallo á Roldán, he de atacarlo;  
 el tercer puesto pido: buscad otro  
 que pueda ser el cuarto compañero.»  
 ¿A Malprime de Brigal veis presuroso  
 cual llega? Corre más que un buen caballo,  
 aproxímase al rey, y en alto tono  
 exclama: «¡A Roncesvalles ir ansío!  
 Yo mataré á Rolando, si lo topo.»

LXXVIII

De Balaguer un noble está presente,  
 de fiero rostro y cuerpo muy gallardo,  
 que hace alarde glorioso de sus armas,  
 desde el punto en que sube á su caballo.  
 Su valor es doquiera conocido;  
 fuera un noble varón, de ser cristiano.  
 Llégase ante Marsilio: «¡A Roncesvalles  
 quiero ir!—clama recio—. Yo á Rolando  
 mataré, si lo topo; de Oliveros  
 y todos doce Pares, otro tanto  
 pienso hacer. Todos, todos los franceses  
 perecerán con duelo y menoscabo.  
 Su rey está muy viejo, ya chochea;  
 renunciará, por siempre, á domeñarnos,  
 y, libre, será nuestra toda España.»  
 Veinte veces el rey gracias le ha dado.

## LXXIX

Allí está un general de Morería;  
no hay felón semejante en la española  
tierra. Dice á Marsilio, jactancioso:  
«¡A Roncesvalles llevaré mis tropas!  
Veinte mil hombres con escudo y lanza.  
Halle á Roldán, y morirá. Afrentosa,  
triste muerte tendrán todos los francos.  
Y Carlos llorará su vida toda.»

## LXXX

Turgis es de otra tierra, de Tortosa;  
es conde, esta ciudad le pertenece.  
Su sueño es hacer mal á los cristianos.  
Ante el rey, con los otros, se detiene.  
«¿Por qué esta conmoción?— dice á Marsilio—.  
Mahoma, gran señor, vale mil veces  
más que San Pedro; si queréis seguirle,  
sin duda, el campo por nosotros quede.  
En Roncesvalles buscaré á Rolando:  
no hay quien pueda librarle de la muerte.  
Opondré á Durendal esta mi espada,  
de notable longura y excelente.  
¿Cuál será victoriosa? Habréis de verlo.  
Morirán, si combaten, los franceses.  
Carlos sólo tendrá duelo y mancilla,  
y corona jamás pondrá en su frente.»



## LXXXI

De Valtierra Escremis es procedido;  
es pagano y el dueño de esta tierra.  
Ante el rey, confundido entre la turba,  
exclama: «¡A Roncesvalles! La soberbia  
de los franceses abatir ansío.  
Halle á Roldán, y un punto su cabeza  
no lucirá en los hombros. Otro tanto  
sucederá á Oliveros. Muerte cierta  
tendrán los doce Pares, son perdidos.  
Los francos morirán en la pelea.  
Su rey ya no tendrá buenos vasallos  
jamás, y Francia quedará desierta.»

## LXXXII

Algo más lejos Estorgant, pagano,  
está, y Estramarin, su compañero:  
mercenarios, traidores y felones.  
«Avanzad—diz Marsilio—; es mi deseo  
que me ayudéis á conducir mis tropas  
de Roncesvalles á los pasos fieros.»  
«Señor, á vuestras órdenes—replican—.  
A Roldán y su amigo batiremos;  
nadie á los Pares librará de muerte.  
Nuestras espadas buenas en extremo  
y cortadoras son: en sangre cálida  
se teñirán de rojo los aceros.  
Todos los francos perderán la vida,  
y Carlos gemirá. De Francia el reino  
por nosotros tendréis. Venid, y á Carlos  
rendido á vuestros pies colocaremos.»

## LXXXIII

Margaris de Sevilla raudo llega,  
suya es la tierra hasta la mar undosa.  
Por su beldad, las damas le idolatran,  
y no hay ninguna que, si verlo logra,  
no serene su frente: aunque no quieran,  
al contemplarle riñense gozosas.  
No hay caballero igual entre los suyos.  
Con voz más alta y fuerte que las otras,  
le dice al rey, la turba dividiendo:  
«No temáis, gran señor. Iréme hora  
á Roncesvalles: mataré á Rolando;  
de Oliveros la vida será corta.  
El martirio á los Pares les espera.  
Esta espada mirad: oro la exorna;  
fué del emir de Primes: ella, yo juro,  
bien pronto en sangre ha de volverse roja.  
Los francos morirán, será su tierra  
infamada; el dolor, la pena y cólera  
del viejo Carlos, de canosa barba,  
no habrán fin. Y tendremos Francia toda  
antes de un año, y lecho en San Dionisio.»  
Lo escucha el rey; se inclina y se alborozá.

## LXXXIV

De Noire-Val es Chernuble, cuyos cabellos  
rozan la tierra; por placer y gala  
porta un peso mayor que el que pudieran  
conducir cuatro mulos. En su patria,

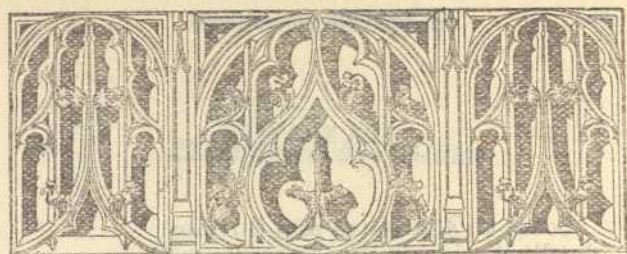
de donde llega, el sol jamás relumbra;  
sin su calor, el trigo nunca grana;  
no llueve, ni el rocío toca el suelo;  
es bruna toda piedra. La morada  
afirman muchos ser de los demonios.  
«Yo ciño buen acero—rudo exclama—;  
lo teñiré de rojo en Roncesvalles.  
Si á Roldán, el valiente, le encontrara  
en mi camino, atacaré al punto;  
si no, nunca me crean. Con mi espada  
conquistaré la suya. Los franceses  
perecerán, lo mismo que su Francia.»  
Reúñense los Pares de Marsilio,  
doce son, y cien mil soldados mandan.  
Presurosos prepáranse á la lucha;  
en un bosque de abetos ya se arman.

## LXXXV

Los paganos se visten sus lorigas,  
casi todas ferradas con tres telas.  
Yelmos zaragozanos se colocan,  
y las espadas ciñense vienasas.  
Sus escudos son bellos y gentiles,  
sus lanzas fabricáronse en Valencia;  
las señas son azules, rojas, blancas;  
abandonan los mulos y las bestias  
de carga y en los bélicos corceles  
suben, avanzan en columnas prietas.  
El día es claro, el sol luce radiante.  
Brillan las armaduras, centellean.  
Mil clarines el cuadro hacen más bello.  
Muy grande es el tumulto, el ruido llega

á los franceses. Oliveros clama:  
 «Muy pronto, tal estimo, la pelea  
 trabaremos, señor, con los paganos.»  
 Rol dán replica: «Dios nos la conceda.  
 Es nuestra obligación tenernos fuertes  
 aquí por nuestro rey, afán y pena  
 por él sufrir debemos, calor, frío,  
 y aun quedarnos sin piel ni cabellera.  
 Esto al señor se debe; grandes golpes  
 habremos de asestar: en esto vea  
 su deber cada cual. ¡Canción indigna  
 no nos han de decir! De ellos la ofensa  
 y el error, el derecho es de nosotros.  
 ¡No vendrá el mal ejemplo de mi diestra!»





## SEGUNDA PARTE

### LA MUERTE DE ROLDÁN

*Los preludios de la gran batalla*

LXXXVI

A una altura Oliveros se ha subido:  
mira á su diestra, hacia el herboso valle,  
y ve llegar al sarraceno ejército.

Dice á Roldán, su amigo: «De la parte  
de España ¡qué fragor y estruendo escucho!

¡Qué de lorigas albas y flameantes  
yelmos! En nuestros francos ira noble  
se habrá de suscitar. Al miserable  
Ganelón se le debe esta perfidia.

El hizo que este puesto nos marcase  
el rey.» «Calla, Oliveros—Roldán dice—,  
es aquese mi suegro: más no hables.»

## LXXXVII

Sobre un alta colina está Oliveros:  
 de allí el reino de España atento mira,  
 y la gran reunión de los paganos.  
 Los yelmos lucen, de oro y pedrería  
 llenos, y los escudos y las lanzas,  
 con las señas al cabo, y las lorigas  
 bordadas. Recontar los batallones  
 no consigue Oliveros, ¡tan crecida,  
 tanta es su multitud! Estupefacto  
 quedóse, y como pudo, la colina  
 descendiendo, se llega á los franceses,  
 y cuanto acaba de mirar explica.

## LXXXVIII

Dice Oliveros: «Vi tantos paganos,  
 que nadie ha visto más sobre la tierra.  
 Lo menos son cien mil, con sus escudos  
 yelmos bien enlazados, lanzas rectas,  
 blancas lorigas, lúcidos venablos,  
 oscuros de color. Batalla fiera  
 pronto tendréis, batalla nunca vista.  
 Señores francos, Dios os dé su fuerza;  
 para no ser vencidos, tened firmes.»  
 Todos claman así: «Maldito sea  
 aquel que huir intente. ¡Ni uno sólo  
 os dejará frente á la muerte fiera!»

*El orgullo de Roldán*

## LXXXIX

Dice Oliveros: «Tienen los paganos grandes fuerzas; muy pocos los franceses somos; tocad, amigo, vuestro cuerno: el rey ha de escucharlo, y prestamente tornará con los suyos.» «Fuera loco —diz Roldán— si lo hiciera de tal suerte, y en mi Francia mi gloria se acabara. No; Durendal golpeará potente, ensangrentada hasta el dorado puño. ¡Con qué impulso herirán nuestros valientes! Viniendo aquí, paganos, bien lo errasteis: juro que todos hallaréis la muerte.»

## XC

«Tocad, Roldán amigo, vuestro cuerno. El rey lo ha de escuchar, y apresurado vendrá con sus barones y su hueste.» «No plazca á Dios jamás —clama Rolando— que sean por mi causa maltraídos mis padres, ni que Francia, mi adorado dulce país, en la deshonra caiga. No, con mi espada, que ceñida al flanco

llevo, bien lucharé: su fuerte hierro  
 muy pronto lo veréis ensangrentado.  
 Por su mal los infieles han venido.  
 Juro que están á muerte condenados.»

## XCI

«Suene, Roldán amigo, vuestro cuerno.  
 El son irá hasta el rey, que los angostos  
 desfiladeros pasa: los franceses  
 vendrán en nuestra ayuda.» «A Dios glorioso  
 no plazca que asegure hombre que viva  
 que mi cuerno pidió jamás socorro  
 contra el pagano. Libre yo á los míos  
 de afrenta. En el combate sanguinoso  
 daré mil setecientos rudos golpes:  
 con la sangre veréis mi acero rojo.  
 Los franceses son buenos, bravos luchan;  
 han de morir los sarracenos todos.»

## XCII

«¿Dónde está el deshonor?—dice Oliveros—.  
 Ahora, ahora contemplé de España  
 á los paganos; hinchén montes, valles,  
 y también las llanuras y las landas.  
 ¡Qué grandes son las huestes enemigas  
 y qué pequeña es nuestra compañía!»  
 «Tanto mejor, mi empuje ello acrecienta  
 —replicale Roldán—. A Dios no plazca,



ni á sus muy santos ángeles, que nunca  
 por mí de su valor amengüe Francia.  
 Antes, antes la muerte que el sonrojo.  
 Por que luchemos bien, el rey nos ama.»

## XCIII

Valeroso es Roldán, sabio Oliveros;  
 los dos son de extremada valentía.  
 Una vez á caballo y con sus armas,  
 morir prefieren á esquivar la liza.  
 Buenos los condes son: su hablar altivo.  
 Los paganos cabalgan con gran ira.  
 «Vedlos, Rolando—dícele Oliveros—  
 De nosotros miradlos casi encima;  
 cuán lejos Carlos. Si llamado hubieseis  
 con vuestro cuerno, el rey aquí estaría,  
 y libres del peligro nos halláramos.  
 Las fuerzas de allá abajo no son dignas  
 de reproche; mirad allí á los puertos  
 de Aspe, la retaguardia dolorida,  
 tal como hoy nunca más ha de mirarse.»  
 «No habléis tan locamente—Roldán grita—  
 ¡Maldito sea quien al pecho lleve  
 cobarde corazón! La planta fija,  
 mantengamos el puesto. ¡De nosotros  
 deben partir los golpes y la lidia!»

## XCIV

Cuando Roldán vislumbra la batalla,  
 al león y al leopardo en la fiereza  
 aventaja. Primero á sus soldados  
 y después á Oliveros interpela:

«No habléis así, mi amigo y camarada;  
Carlos, que sus franceses nos entrega,  
apartó veinte mil, que estáis mirando.  
Bien sabe que entre ellos no se encuentra  
cobarde alguno. Comportarse deben  
por el señor calores, fríos, penas,  
grandes, muy grandes males y dolores,  
y de la sangre y de la piel la pérdida.  
Combatid, Oliveros, con la lanza,  
y yo con Durendal, que el rey me diera.  
Si muero: Esta es la espada de un vasallo  
noble, podrá decir el que la tenga.»

## XCV

De otra parte, Turpín, el arzobispo,  
sube al corcel, y encúmbrese á un collado;  
este sermón dirige á los franceses:  
«Aquí, señores, nos dejara Carlos.  
Es nuestro rey: la vida le debemos.  
Está la cristiandad en extremado  
peligro: mantenedla. La batalla  
es cierta: ved enfrente á los contrarios.  
Confesad vuestras culpas, y clemencia  
implorad del Señor. Para sanaros  
los espíritus, quiero yo absolveros.  
Si morís, seréis mártires: ornados  
y prontos en la gloria tenéis sitios.  
Apéanse, arrodíllanse los francos.  
Los bendice Turpín, de Dios en nombre:  
«Por penitencia, herid á los paganos.»

## XCVI

De todos sus pecados, limpios, quitos,  
en pie se ponen, se alzan los franceses.  
Los bendijo Turpin, de Dios en nombre.  
Suben luego á sus rápidos corceles.  
Están cual caballeros arreados,  
todos dispuestos á la lucha vense.  
Roldán dice á su amigo: «Compañero,  
sabéis que es Ganelón el que nos vende;  
cuánto de plata y oro ha recibido.  
El rey, nuestro señor, vengarnos debe.  
Hizo Marsilio venta de nosotros;  
pues bien, el precio las espadas denle.»

## XCVII

A los puertos de España Roldán pasa,  
montado en *Veillantif*, corcel ligero.  
Sus armas son lucidas, convenientes.  
Lanza lleva en el puño, cuyo hierro  
se opone al firmamento, un estandarte  
todo blanco se enlaza en el extremo;  
las franjas de oro tocan en sus manos.  
Roldán tiene gentil, gallardo cuerpo,  
y tiene el rostro claro, sonriente.  
Marcha sobre sus pasos Oliveros.  
«Este es el campeón», claman los francos  
señalando á Roldán, quien mira fiero  
á los paganos, pero humilde y dulce  
á los suyos. Cortés, les dice luego:

«Señores, id despacio. Los paganos á buscar el martirio aquí vinieron. ¡Oh, cuán rico botín será cogido hoy por nosotros! Nunca tan excelso lo logró un rey francés.» Estas palabras pronunciadas, se encuentran los ejércitos.

## XCVIII

«No os curéis de hablar; no habéis querido llamar con vuestro cuerno—dice entonces Oliveros—; la ayuda del rey Carlos menos habréis de echar. Merecedores de censura no son él y los suyos, pues nada saben. Cabalgad, barones, ahora, cual podáis; de ningún modo cedáis el campo. Del Señor en nombre, en dos cosas pensad tan solamente: en dar y recibir tremendos golpes. De Carlos no olvidemos la divisa.» De los francos así claman las voces: «*Monjoie*». Comprendería quien lo oyese qué cosa es el valor. Luego, al galope parten, ¡con qué furor! Dan espolazos por marchar más deprisa, más veloces. Y—¿qué otra cosa hicieran?—acometen al enemigo. El miedo no conocen los sarracenos. Francos y paganos traban la lid, en formidable choque.

*La pelea*

## XCIX

Aëlroth, el sobrino de Marsilio,  
cabalga ante el ejército contrario;  
con buenas armas, en corcel ligero.  
¡Cuánta injuria el infiel dice á los francos!  
«Felones, á luchar vais con nosotros;  
quien os debió guardar os ha entregado.  
Vuestro rey es un loco, que en los puertos  
os deja: hoy perderá su diestro brazo  
el monarca y su honor la dulce Francia.  
Nuestro país sosiego tendrá, en cambio.»  
Roldán lo escucha—¡oh Dios, qué dolor fiero!—;  
con espuelas de oro da al caballo;  
con todo su vigor, un golpe rudo  
el conde descargó sobre el pagano.  
El escudo rompió y la loriga,  
en su cuerpo la espada ha sepultado;  
le parte el pecho, rómpele los huesos,  
le separa del dorso el espinazo,  
y con la lanza arráncale el espíritu.  
Vacila al golpe el cuerpo, y del caballo  
cae muerto, conducido por la lanza;  
el cuello infiel en dos está cortado.  
Roldán de hablar no cesa: «Miserable,  
parte, y aprende que el excelso Carlos  
nunca amó la traición y no está loco.  
Obró como valiente al encargarnos  
que los puertos guardásemos. Su gloria  
no ha de perder hoy Francia. Herid, mis francos,  
los primeros herid. La razón nuestra  
es y de estos glotones el agravio.

## C

El duque Fausseron está presente  
al suceso: es hermano de Marsilio.  
De Datán y Abirón posee la tierra.  
No hay bajo el cielo un hombre más inicuo  
ni más felón. Su frente, entre los ojos,  
medirá medió pie. De su sobrino  
al ver la muerte, de dolor se pasma;  
deja la multitud, y el apellido  
lanza de los infieles, y á los francos,  
de furor transportado, así les dijo:  
«Hoy el honor se perderá de Francia.»  
Lo oye Oliveros, y de rabia henchido,  
con las espuelas de oro á su caballo  
espolea, y le asesta un golpe digno  
de un barón, el escudo le destroza,  
la loriga le ha roto y le ha metido  
los paños de la enseña dentro el cuerpo.  
Del arzón le ha arrojado sobre el limo,  
al golpe de la lanza. Al contemplarlo  
en tierra, estas palabras dice al mísero:  
«De amenazas, cobarde, no hago cuenta.  
Herid, francos, herid: pronto vencidos  
los infieles serán.» Y luego clama:  
«¡*Monjoie! ¡Monjoie!*», del rey este es el grito.

## CI

Allí el rey Corsablis, de Berbería  
venido, remotísima comarca,  
á los paganos habla de este modo:  
«Fácilmente podemos la batalla

sostener. ¡Son tan pocos los franceses!  
Aquellos que delante nos aguardan  
son desdeñables; ni uno ha de escaparse.  
Carlos en su favor no puede nada.  
Hoy es el día en que hallarán la muerte.»  
Turpin, el arzobispo, sus palabras  
oye; debajo el cielo á ningún hombre  
como á este infiel detesta; con las áureas  
espuelas pica al bruto, y al pagano  
un tremebundo golpe le descarga,  
el escudo le rompe, la loriga  
le hace jirones, clávale la lanza.  
Vacila al rudo golpe el sarraceno,  
cae muerto, abatido por el asta.  
Mira á tierra, al glotón yerto contempla  
Turpin; no obstante, de esta suerte le habla:  
«Vos mentisteis, cobarde; Carlomagno,  
mi señor, siempre ha sido nuestra guarda.  
No han deseo de huir nuestros franceses.  
Los vuestros detendrán aquí su planta:  
á vos, infiel, espera muerte nueva.  
Herid, que nadie olvide esta palabra;  
merced á Dios, es nuestro el primer golpe.»  
Por tenerse en el campo, «¡*Monjoie!*» clama.

## CII

A Malprime de Brigal, Guerin ha herido;  
por su escudo excelente nadie diera  
ya un denario. La bloca cristalina  
quebróse, y la mitad cayó por tierra.  
La loriga horadada hasta la carne,  
Guerin le sepultó su lanza buena.  
De un golpe cae el pagano por el suelo.  
Y Satanás el alma se le lleva.

## CIII

Gerier, el amigo de Guerin, le rompe  
el escudo y loriga al almirante:  
le hunde en el corazón su buena lanza,  
que el cuerpo le pasó de parte á parte.  
Por aquélla abatido, cae á tierra.  
Dice Oliveros: «Bravo fué el combate.»

## CIV

Sanson, el duque, á un general ataca,  
y le quiebra el escudo, que se adorna  
con florones. No vale la loriga:  
hígado, corazón, pulmón le corta.  
Y (laméntese ó no) le abate muerto.  
«Buen golpe de barón», Turpin pregona.

## CV

Anséis deja marchar á su caballo,  
y á Turgis de Tortosa le acomete.  
El escudo le rompe, so la bloca  
dorada, y las dos telas que guarnecen  
la loriga. En el cuerpo le hunde el hierro  
del asta, que en la carne desaparece.  
Con la lanza le arroja muerto á tierra.  
Diz Roldán: «Este golpe es de un valiente.»



## CVI

Engelier de Burdeos pica al bruto,  
y las riendas le deja en abandono,  
y á Escremis de Valtierra el suspendido  
escudo rompe, pártelo en mil trozos;  
so la bloca, le rompe la loriga,  
y en el pecho le hiere, entre los hombros.  
Muerto, su lanza del arzón le abate,  
y dice así: «Perdidos estáis todos.»

## CVII

Othon hiere á Estorgant, hombre pagano,  
le hiere sobre el cuero del escudo:  
le arranca los colores rojo y blanco  
que en él lucen; le rasga, sobre el muslo,  
la loriga, y sepúltale en el cuerpo  
la cortadora lanza: de su bruto  
corredor cae muerto. Othon exclama:  
«De la muerte no os libra hombre ninguno.»

## CVIII

Engelier á Estramaris rompe el escudo,  
le parte en mil pedazos la loriga,  
le hunde en el cuerpo la afilada lanza,  
y muerto, entre mil suyos, le derriba.  
De los Pares paganos, que eran doce,

ya diez murieron en la cruda liza;  
no restan mas que dos: ya solamente  
Chernuble y Margaris quedan con vida.

## CLX

Margaris es osado caballero,  
hermoso, fuerte, rápido; á su bruto  
espolea, á Oliveros le acomete.  
So la bloca, quebrántale el escudo,  
con el hierro le arranca la defensa  
del costado: Dios guárdale, ni un punto  
tócale el golpe, le rozó la lanza  
la carne, mas en ella entrar no pudo.  
Avanza Margaris, libre de estorbo,  
y suena el cuerno, por juntar los suyos.

## CX

Espantable es la lid, maravillosa  
refriega. De su vida no se cura  
Roldán; golpea con la lanza, en tanto  
que no se quiebra entre las manos suyas;  
mas á los quince golpes se ha partido.  
Coge su espada Durendal desnuda,  
espolea al caballo, y se dirige  
contra Chernuble. Su yelmo, do fulguran  
carbunclos, al infiel rompe en mil piezas,  
la cofia y los cabellos corta y cruza;  
y le parte los ojos y el semblante,  
la loriga, de mallas muy menudas,  
y el cuerpo, hasta la silla, que recubren

planchas de oro. Al caballo le sepulta  
la espada toda y parte el espinazo,  
sin cuidarse de hallar la coyuntura.  
Caballero y caballo muertos caen  
sobre el césped tupido. «Tú, sin duda,  
fuiste mal inspirado aquí viniendo  
—le dice—. De Mahoma ayuda alguna,  
mísero, te vendrá. No ciertamente  
ganará un tal glotón aquesta pugna.»

## CXI

Roldán recorre el campo de batalla,  
llevando á Durendal del puño diestro,  
que bien divide y corta; en los paganos  
hizo matanza colosal. ¡Si un muerto  
mirarais á Roldán echar sobre otro,  
y la sangre bermeja henchir el suelo!  
El conde todo en sangre está teñido,  
bermeja es su loriga y son bermejós  
sus brazos y sus hombros y las crines  
del corcel. No descuidase Oliveros  
en herir, y tampoco de censura  
dignos los Pares son. En el ejército  
de Francia todos hieren, todos matan.  
Pásmanse, muertos son los sarracenos.  
«¡Vivan nuestros barones!—Turpin dice—.  
¡*Monjoie!* ¡*Monjoie!* es el grito del rey nuestro.»

## CXII

Corre el campo Oliveros en su bruto;  
la madera quebrósele del asta;

en el puño un pedazo tiene sólo,  
 con él á Mausseron al punto ataca.  
 El escudo le quiebra, de florones  
 y oro cubierto, de las cuencas lanza  
 los ojos, y el cerebro del pagano  
 tira á los pies. De la enemiga raza  
 á setecientos derribó por tierra.  
 A Turgis y Estorgous luego los mata;  
 pero esta vez, hasta su mismo puño,  
 en pedazos quebrósele la lanza.  
 «¿Qué hacéis, amigo?—grítale Rolando—.  
 No precisa un bastón en tal batalla,  
 sino hierro y acero; pero ¿en dónde  
 está Hauteclair, vuestra cortante espada?  
 De oro es su arriaz y de cristal el pomo.»  
 Oliveros le diz: «Para sacarla  
 no dispongo de tiempo: me urge mucho  
 combatir á las huestes adversarias.»

## CXIII

Mi señor Oliveros ha sacado  
 su espada, cual Roldán se lo pidiese,  
 y cual buen caballero, se la muestra.  
 A un pagano con ella al punto hiere  
 —Justin de Val-Ferrée tiene por nombre—.  
 La cabeza en dos trozos se la hiende;  
 le corta el cuerpo, la loriga ornada  
 y la silla, do piedras y oro vense,  
 y también al corcel el espinazo.  
 Caballero y caballo al prado verde  
 abate muertos. «De hoy en adelante  
 os querré como á hermano, tiernamente  
 —diz Roldán—. Por aquesto el rey nos ama.»  
 «¡Monjoie!», doquiera se oye el grito este.

## CXIV

He aquí al conde Guerin en su caballo  
*Sorel* y á Gerier, su buen amigo,  
sobre *Passe-Cerf*. Les sueltan los rendajes,  
los espolean con ardor, y unidos  
van contra Timozel; uno el escudo  
y el otro la loriga le han rompido.  
Le quiebran sus dos lanzas en el cuerpo  
y en medio de un fangal le abaten rígido,  
muerto. No sé decir, ni lo he escuchado,  
cuál de entrambos obró más pronto y vivo...  
De manos de Engelier, el de Burdeos,  
fué muerto Espreveris; el arzobispo  
quitó la vida á Siglorel, un mago  
que en el infierno había ya vivido,  
á do Jove y el diablo lo llevaran.  
«Este es un gran felón», Turpin ha dicho.  
«Pereció el miserable—diz Rolando—.  
Yo amo estos golpes, Oliveros mío.»

## CXV

La batalla ha llegado á ser muy ruda:  
franceses y paganos bien se baten;  
unos atacan, otros se defienden.  
¡Cuánta lanza quebrada, tinta en sangre!  
¡Cuánto pendón y enseña desgarrados!  
¡Qué de jóvenes muertos! A sus madres  
no tornarán á ver, ni á sus mujeres,  
ni á cuantos ya pasaron Roncesvalles.  
Ha de gemir, ha de dolerse Carlos;

mas ¡ay! que no tendrán favor de nadie.  
Les hizo Ganelón un mal servicio  
el día en que á los suyos, miserable,  
los vendió; mas los miembros y la vida,  
descuartizado, en Aix, perdió más tarde;  
con él treinta parientes: á ninguno  
de la muerte dejóseles librasen.

## CXVI

Almaris, con su gente, por un paso  
maravilloso, angosto, presto acude  
junto á Gautier, que guarda los estrechos  
desfiladeros todos que conducen  
á España. «¡Ah, Ganelón, el alevoso,  
Ganelón, nos vendiste!», Gautier ruge

## CXVII

Sesenta mil paganos conduciendo,  
Almaris ha venido sobre el monte.  
Ellos, fieros, atacan á los francos;  
con ira les asestan grandes golpes.  
Los vencen, los destrozan y los matan.  
Cual ninguno colérico se pone  
Gautier, la espada empuña, contra el pecho  
su escudo oprime, y al contrario corre,  
á su primera fila. Un mal saludo  
les hace y junto á ellos queda inmoble.

## CXVIII

No bien Gautier se junta á los paganos,  
á derecha y á izquierda, á un tiempo mismo  
por todas partes raudos le acometen.  
Le rompen la loriga, que ha perdido  
el bordado; le quiebran el escudo;  
su cuerpo cuatro hierros agudísimos  
de lanza le atraviesan; más no puede,  
cuatro veces desmaya; le es preciso,  
quiera ó no quiera, abandonar el campo.  
Como pudo, del monte ha descendido,  
y así llama á Roldán: «Llegaos pronto  
en mi auxilio, barón, pronto en mi auxilio.»

## CXIX

En Roncesvalles es maravillosa  
la batalla: Rolando y Oliveros  
hieren con gran valor; el arzobispo  
da millares de golpes; no hacen menos  
los doce Pares. Todos los franceses  
luchan en plena lid. Mueren por cientos,  
por miles, los paganos. Quien no huye,  
no escapa de la muerte: en el encuentro,  
quieran ó no, la vida pierden todos.  
Su defensa mejor allí perdieron  
los franceses: sus lanzas cortadoras,  
los gonfalones blancos y bermejos  
y azules; están rotas sus espadas.  
¡Allí cuántos valientes perecieron!

No verán á sus padres ni familias  
jamás, ni al rey, que aguarda tras los puertos.

---

En Francia hay tempestad maravillosa:  
qué huracán, cuánta lluvia, cuánto trueno  
y granizo, los rayos son frecuentes:  
un terremoto es. Desde el excelso  
San Miguel du Péril hasta Colonia,  
y desde Besançon al mismo puerto  
de Wisant, no hay ciudad cuyas murallas  
no se agrieten. Tinieblas en gran cuento  
ocultaron el sol á mediodía.  
Tan sólo hay luz cuando se hiende el cielo.  
Se espantan los que ven prodigios tales.  
Muchos dicen: «He aquí del mundo el término,  
es la consumación y fin del siglo.»  
No, ciertamente, no lo saben ellos,  
á no dudar, se engañan: por la muerte  
del caudillo Roldán es el gran duelo.

## CXX

Grandes son los prodigios, espantosa  
la tempestad; mil signos evidentes  
hay en Francia, á partir del mediodía  
hasta la hora de vísperas; se ciernen  
grandes tinieblas; bruna está la noche.  
Ni la luna ni el sol su luz esplenden.  
Cuantos ven estas cosas morir piensan;  
tal dolor, en verdad, debe tenerse  
cuando aquel que de todos es la guía  
va á morir. Jamás hubo quien valiese  
lo que él en la tierra, para reinos  
conquistar y vencer á los infieles.



## CXXI

La batalla es terrible, formidable.  
Nuestros francos golpean, sin reposo,  
con cortantes espadas. Ni un acero  
deja de verse por la sangre rojo.  
«¡*Monjoie!*—claman—¡*Monjoie!*», este es el nombre  
de la famosa enseña. Huyen medrosos  
por toda la comarca los paganos,  
seguidos de franceses, hijos todos  
de la tierra cristiana. Ahora aquéllos  
bien miran que el combate es muy sañoso.

## CXXII

Los paganos, la rabia y la tristeza  
dentro del alma, el campo ya abandonan,  
seguidos por los francos, que el alcance  
darles quisieran. La llanura toda  
de combatientes llena ver podríais.  
¡Cuántos infieles en la tierra herbosa!  
¡Cuántas blancas lorigas relucientes!  
¡Cuánta lanza quebrada y seña rota!  
Ganaron los franceses esta pugna;  
mas ¡ay! cuál va á crecerles la congoja.  
Carlos su orgullo perderá y defensa,  
caerá Francia en desdicha lastimosa.

## CXXIII

Con gana y rudamente lucha el franco;  
de los paganos mueren multitudes,

de los cien mil no hay dos que sobrevivan.  
«Bravos los nuestros son—Turpin aduce—;  
no tiene tales hombres rey alguno.  
Diz la gesta de Francia: Por costumbre  
y derecho, hombres bravos nuestros reyes  
tienen.» Ved por el campo cuál discurren  
en busca de los suyos. Claro indicio  
de su duelo, á sus ojos llanto acude,  
por el amor que tienen á sus padres.  
Con sus gentes Marsilio ahora surge.

## CXXIV

Es el conde Roldán buen caballero,  
y lo mismo Oliveros y los Pares;  
son de gran valentía los franceses,  
á los paganos vencen y deshacen.  
Excepto Margaris, que se ha evadido,  
ni uno de los cien mil pudo salvarse.  
No merece reproches porque huyera  
Margaris; sobre el campo muestras grandes  
puede enseñar de su valor. Su cuerpo  
cuatro lanzas pasaron. El rey parte  
á la vertiente que hacia España mira,  
y á Marsilio le cuenta todo el lance.

## CXXV

Parte el rey Margaris, sin compañía.  
Su lanza está quebrada y horadado  
todo el escudo tiene: so la bloca,  
á lo más medio pie tendrá de largo.

La espada está bermeja por la sangre,  
y rota la loriga. Le pasaron  
á él mismo cuatro lanzas. De este modo  
vuelve de la batalla, donde ha dado  
tan recios golpes. ¡Oh Señor, si hubiese  
nacido un tal varón entre cristianos!  
Cuenta lo sucedido al rey Marsilio,  
y echándose á sus plantas: «A caballo,  
á caballo, señor—así le dice—.  
A los franceses hallaréis cansados  
de herir y atormentar á vuestros hombres.  
Sus lanzas heridoras se quebraron;  
la mitad, por lo menos, están muertos  
y los restantes débiles y lasos;  
los más, heridos, con su sangre rojos;  
para guardarse, de armas están faltos.  
Vengaréis, sin fatiga, nuestros hombres,  
es muy fácil vencer á los cristianos.»  
A Roldán y Oliveros los franceses  
llaman: «Los doce Pares, ayudadnos.»  
Responde el arzobispo, antes que todos:  
«Hombres de Dios, tan fieros cual gallardos,  
hoy serán coronadas vuestras frentes  
y alcanzaréis el Paraíso santo.»  
Gran piedad y dolor hay entre ellos,  
lloran por los amigos adorados,  
se dan un postrer beso mutuamente,  
por caridad. «Ahora á los caballos  
—grita Roldán—; mirad al rey Marsilio,  
que llega con cien mil de sus paganos.»

## CXXVI

Avanza por un valle el rey Marsilio,  
á la cabeza de su enorme ejército,

en veinte grandes cuerpos ordenado.  
El oro y pedrerías de los yelmos,  
las lanzas, con sus vivos gonfalones,  
escudos y lorigas lucen bellos,  
bajo el sol. Siete mil clarines llaman  
á la lucha. ¡Doquiera cuánto estruendo!  
«Oliveros, mi amigo, hermano mío  
—diz Roldán—, ha jurado el traicionero  
Ganelón nuestra muerte; bien visible  
es su maldad; pero el señor rey nuestro  
ha de tomar venganza incomparable.  
Nosotros atroz lucha sostendremos:  
pues jamás se habrá visto tal batalla.  
Yo lucharé con Durendal, mi acero,  
y vos con Hauteclaire, la espada vuestra  
que ya llevamos por tan varios suelos.  
Cuánta y cuánta victoria nos lograron.  
Burladora canción no merecemos.»

## CXXVII

Cuando los francos ven á los infieles  
recubrir la campaña en todas partes,  
en su ayuda y defensa al punto llaman  
á Roldán, Oliveros y los Pares.  
Dice Turpin, entonces, de esta suerte:  
«Fuera, señores, el pensar cobarde,  
en el nombre de Dios, no huyáis, no sea  
que canciones satíricas os canten  
los valientes. Mejor es combatiendo  
hallar la muerte. Cuando el día pase,  
no viviremos ya: cosa es segura  
que vamos á morir. Mas yo garante  
salgo de que hallaréis el Paraíso  
abierto, y que muy cerca de los ángeles

y santos lograréis tomar asiento.»  
Al oírlo, los francos se rehacen,  
gallardos, fieros. Pican sus corceles;  
claman: «¡*Monjoie, Monjoie!*» con voz tonante.

## CXXVIII

El rey Marsilio es hombre muy malvado.  
«Escuchadme—á los suyos así dice—:  
Roldán es de un poder maravilloso,  
el vencerlo ha de ser cosa difícil.  
No serán dos batallas suficientes.  
Si en ello consentís, es preferible  
dar tres. Al punto ataquen diez columnas;  
pero las diez restantes no hostilicen,  
queden conmigo. Hoy Francia en la deshonra  
ha de caer, y Carlos, infelice,  
perderá su poder.» Marsilio, entonces,  
da á Grandoigne una enseña—con que guie  
á su gente—, que en oro está bordada.  
«De rey os doy el mando», así le dice.

## CXXIX

El rey Marsilio quédase en la altura,  
en tanto que Grandoigne del monte baja:  
fijan su gonfalon tres clavos de oro.  
«A caballo, barones», así clama.  
Mil cuernos suenan, suenan claramente.  
«¿Qué hemos de hacer, Dios Padre?—en angustiadas  
voces dicen los francos—. ¡Ah! maldito  
el día en que fijamos la mirada

en el vil Ganelón, que nos traiciona.  
Tengamos, Pares, vuestra ayuda brava.»  
Replica el arzobispo: «Caballeros,  
gran honra lograréis esta jornada:  
de Dios recibiréis flores, coronas,  
allá en el Paraíso, entre las almas  
gloriosas; no entrarán allí cobardes.»  
«Haremos todos cual queréis—exclaman  
los francos—; moriremos, no felones  
seremos para Dios.» Con las doradas  
espuelas á sus brutos ya zahieren,  
y sobre los malditos se abalanzan.

## CXXX

Su ejército en dos parte el rey pagano,  
y ritiene consigo á diez columnas;  
parten los otros á empeñar la liza.  
«¡Dios!—exclaman los francos—es segura  
la nuestra perdición. Los doce Pares,  
¿qué va á ser de ellos?» Antes que ninguna,  
la voz del arzobispo así responde:  
«De Dios sois los amigos, hoy, sin duda,  
mis buenos caballeros, es el día  
en que con flores y coronas muchas  
seréis ornados; en las santas flores  
del Paraíso tomaréis holgura.  
Mas allí no entrará ningún cobarde.»  
«No debemos—los francos aseguran—  
faltar allí. Si Dios así lo quiere,  
no le contradiremos. A la pugna  
contra el infiel vayamos. Somos pocos;  
mas ardidez tenemos y bravura.»  
Espolean, y vanse al enemigo.  
Francos y sarracenos traban lucha.

## CXXXI

Presente está un pagano, que es el dueño  
de toda una mitad de Zaragoza,  
Climorin, que carece de alma grande.  
El las promesas recibió alevosas  
del conde Ganelón; para su amigo  
mostrarse, le besó sobre la boca.  
Y aún le ha dado su espada y su carbunco.  
«Quiero cubrir—exclama—de deshonra  
al gran país de Francia y aun quitarle  
al mismo Carlomagno su corona.»  
Está subido en *Barbamouche*, caballo  
más que gavián raudo y voladora  
golondrina, abandónale el rendaje,  
y á Engelier de Gasuña ataca y topa.  
Loriga, escudo, nada le ha valido:  
el pagano su lanza cortadora  
le hunde en el cuerpo, pásale la punta  
de un lado al otro. A tierra le derroca,  
por la lanzada muerto. «Aquestas gentes  
son buenas de vencer. Herid, ahora,  
y sus filas romper.» Dicen los francos:  
«¡Perder un hombre tal, es triste cosa!»

## CXXXII

Roldán, entonces, dícele á Oliveros:  
«Mirad á Engelier muerto, camarada;  
caballero más bravo no teníamos.»  
«De vengarle concédame la gracia  
Dios», replica Oliveros, y espolea  
á su corcel; entre sus manos, cárdena

tiene á Hauteclair, atácale al pagano,  
 en el cuerpo le hiere, al corcel mata.  
 Le asesta el golpe, el sarraceno cae,  
 y los demonios llévanse su alma.  
 Mató luego á Alphaïen; cortó la testa  
 á Escabali, desarzonó de Arabia  
 á siete guerreadores, que ya nunca  
 buenos serán para empeñar batalla.  
 «Airado está, en verdad, mi compañero  
 —diz Roldán—; hoy conquista gloria y fama.  
 ¡Por tales golpes nos adora Carlos!»  
 «Herid, francos, herid», después exclama.

## CXXXIII

Allí está Valdabrun, que fué padrino  
 de Marsilio al armarse caballero.  
 Cuatrocientos navíos él posee;  
 es de todo marino el amo y dueño.  
 Por traición conquistara, en otros días,  
 Jerusalén, y profanara el templo  
 de Salomón. Ante las pilas, crudo,  
 mató al Patriarca. El es quien del perverso  
 Ganelón recibiera las promesas,  
 quien le dió mil monedas y su acero.  
*Graminonde* su corcel tiene por nombre,  
 un halcón no es tan rápido. Colérico,  
 con agudas espuelas le zahiere,  
 y va contra Sanson, duque soberbio.  
 Rompe al franco el escudo, con las mallas  
 de la loriga, métele en el cuerpo  
 del gonfalón los cabos, y le abate  
 sin vida. «Uno tras otro, seréis muertos.  
 Herid, y triunfaréis», clama; y los francos:  
 «Dios, qué ilustre barón perdido habemos.»



## CXXXIV

Quando miró Roldán al duque muerto,  
el gran dolor comprenderéis que tuvo.  
Acució á su caballo, é impetuoso,  
con su espada, mejor que el oro puro,  
sobre el yelmo, cargado de oro y piedras,  
asestó á Valdabrun un golpe rudo.  
La testa le cortó, loriga y cuerpo,  
la silla, de oro y piedras, y del bruto  
la espalda. En fin, se alabe ó se censure,  
mató á entrambos. «¡Qué atroz nuestro infortunio»,  
clama el infiel. «Os odio—diz Rolando—;  
no os asiste el derecho, sí el orgullo.»

## CXXXV

Un africano, de Africa llegado,  
hijo del rey Malquid, se halla presente.  
Llámase Malquidant. Sus armas de oro  
más que ningunas bajo el sol esplenden.  
Cabalga en *Tant-Perdu*; caballo alguno  
vencer á *Tant-Perdu* corriendo puede.  
Le hostiga Malquidant con las espuelas  
aguzadas, y á Anséis en medio hiere  
del escudo, al que arranca los colores  
rojo y azul. De la loriga hiende  
los calzones. El hierro y la madera  
de la lanza en el cuerpo desaparecen  
de Anséis: su vida acaba, muerto cae.  
«Hombre infeliz», exclaman los franceses.

## CXXXVI

Va y viene por el campo de batalla  
 Turpin; jamás un clérigo de misa  
 hizo tales proezas con su cuerpo.  
 «Dios te confunda—al sarraceno grita—  
 al que mi ánima llora, tú mataste.»  
 Turpin, entonces, al corcel hostiga,  
 y hiera á Malquidant sobre el escudo  
 de Toledo; en la hierba lo derriba,  
 rígido, muerto. «Hiera bravamente  
 nuestro arzobispo», los franceses gritar.

## CXXXVII

Grandoigne, por otra parte, hombre pagano,  
 hijo del rey Capuel de Capadocia,  
 á su caballo, que *Marmoire* se llama  
 —no es tan rápida el ave voladora—,  
 suelta el rendaje, y vivo le espolea,  
 y con ardor contra Guerin se arroja.  
 Con golpe recio rompele el escudo  
 al franco, y la loriga le destroza,  
 y el gonfalón azul le hunde en el cuerpo.  
 Cae sin vida Guerin, sobre una roca.  
 Grandoigne mata después al camarada  
 de Guerin, á Gerier; según los topa,  
 á Antoine, Guyon y Berengier da muerte.  
 A Austoire, ilustre duque, que atesora  
 grandes bienes y es dueño sobre el Ródano  
 de Valence, da la muerte. Se alborozan  
 los paganos. «Los nuestros van cayendo»,  
 exclaman los franceses, con congoja.

## CXXXVIII

Roldán lleva en el puño, tinta en sangre,  
á Durendal, que blande por doquiera.  
Ha oído los sollozos de los francos:  
partirse quiere el corazón de pena.  
«¡Dios—exclama—te colme con sus males!  
Al que mataste pagarás, por fuerza,  
bien caro.» Acucia al bruto, que se crece,  
y, triunfe ó no, á Grandoinne raudo se acuesta.

## CXXXIX

Grandoinne es un guerrero muy prudente,  
é intrépido y osado en la batalla.  
Se topa con Roldán en su camino:  
y aunque jamás lo viera, sin dudanza  
lo reconoce, por el fiero rostro,  
gentil cuerpo, apostura y la mirada.  
Mira su acero rojo, y el espanto  
siente que se apodera de su alma:  
quiere huir, ¡no le vale! Rudo golpe  
Roldán le asesta: el yelmo le traspasa,  
hasta el nasal; narices, boca, dientes.  
corta en dos; en dos corta cuerpo y mallas  
de la loriga, en dos ambos faldones,  
todos de argento, de la silla áurea,  
y corta en dos la grupa del caballo.  
En fin, corcel y caballero mata.  
Los españoles gritan doloridos.  
«Bien hiere el campeón», los francos claman.

## CXL

Vivo y maravilloso es el combate.  
Los francos con vigor y rabia hieren;  
cortan puños y dorsos y costados,  
y hasta las carnes los vestidos hienden.  
¡Oh Dios! ¡en dos cortadas, cuántas testas,  
qué de lorigas rotas! En la verde  
hierba la clara sangre forma arroyos.  
«Ya no es posible sostenernos fuertes.  
¡Grande Francia, Mahoma te maldiga!  
De todos, es tu pueblo el más valiente»,  
exclaman los paganos. Gritan todos:  
«Ven, Marsilio, tu ayuda nos esfuerce.»

## CXLI

Maravillosa, inmensa es la batalla.  
Con sus lanzas bien hieren los franceses.  
Allí puede asistirse á un grande duelo,  
y millares de hombres pueden verse  
heridos ó sin vida. El uno yace  
sobre el otro. La espalda al cielo vuelven  
unos y sobre el dorso otros reposan.  
Vagan por la campiña mil corceles,  
arrastrando las riendas, que á lo largo  
caen del petral. Más tiempo sostenerse  
no logran los paganos; de la liza,  
quieran ó no, se apartan. Vivamente,  
los francos, á do se halla el rey Marsilio,  
los siguen, sin cesar, dándoles muerte.

## CXLII

Hiere Roldán cual rudo caballero,  
y los suyos, sin tregua ni descanso.  
¡Oh Dios, cómo cabalgan los franceses!  
Al trote y al galope, á los paganos  
persiguiendo, de sangre hasta la cinta  
van rojos, y torcidos y quebrados  
sus aceros están; para guardarse  
no tienen otras armas ni reparos.  
Rememoran sus cuernos y clarines,  
y al hacerlo se sienten esforzados.  
«Maldito sea el día en que vinimos  
á los puertos: nosotros todo el daño  
llevaremos», exclaman los infieles.  
Tornan la espalda, y záfanse del campo,  
del francés, que los hiere. Hasta Marsilio  
de los hombres sin vida llega el rastro.

## CXLIII

Ve Marsilio el destrozo de los suyos;  
hace sonar sus cuernos y trompetas;  
monta á caballo, luego, con sus tropas.  
El sarraceno Abime va á la cabeza:  
no hay felón que le iguale, pues cargado  
de maldades y crímenes se encuentra.  
No cree en Jesús, el Hijo de la Virgen;  
lo mismo que la pez, su carne es negra;  
prefiere la traición y la perfidia  
á todo el oro que Galicia encierra.  
Nadie le vió jugar ni sonreirse,  
hasta el delirio su bravura lleva;

por esto le idolatra el rey pagano,  
 conduce su Dragón, el que congrega  
 y reúne á los suyos. Bien le odia  
 Turpin, quien tiene sed, desque lo viera,  
 de matarle. Tranquilo, así discurre:  
 «Es un hereje. Nunca la perversa  
 cobardía yo amé, ni á los cobardes.  
 La muerte á no atacarle prefiriera.»

## CXLIV

El combate comienza el arzobispo;  
 sube al caballo que á Grossaille quitara,  
 un rey danés, á quien Turpin dió muerte.  
 El caballo es ligero, son sus patas  
 prietas, los pies bien hechos, corto el muslo,  
 largos los flancos y la grupa ancha,  
 subido el espinazo y bien formado  
 el cuello hasta el final. La cola es blanca  
 rubia es la crin, muy cortas las orejas  
 y la altiva cabeza leonada.  
 No hay corcel que le sea comparable.  
 Le acucia el arzobispo y, con audacia,  
 las riendas aflojándole y el freno  
 dorado, contra Abíme, raudo, se lanza.  
 Le hiere en el escudo, realzado  
 con piedras finas, amatistas claras,  
 topacios y carbunclos como el fuego;  
 de Galafre, el pagano lo tomara,  
 y á aquél, en Val-Métas, dióselo el diablo.  
 Turpin le hiere, sin cesar le alcanza;  
 tras un golpe, de Abíme el rico escudo  
 no vale ni un dinero. Le traspasa  
 Turpin al sarraceno todo el cuerpo,  
 y sin vida le abate en la campaña.

«¡*Monjoie!*», dice. Este grito es del rey Carlos.  
«Esto es bravura—los franceses claman—.  
Bien defiende su cruz este arzobispo.  
Que así el rey tenga muchos, á Dios plazca.»

## CXLV

Roldán, el conde, dícele á Oliveros:  
«¿Lo que á mí, camarada, no os parece?  
Es caballero ilustre el arzobispo.  
Otro mejor el cielo no sostiene.  
¡Qué bien lucha con lanza y con venablo!»  
Oliveros replica: «Ayuda démosle.»  
Tornan á combatir, á estas palabras,  
los francos. Son los golpes duros, fuertes,  
y es la lid empeñada. Los cristianos  
extremado dolor allí padecen.

## CXLVI

Han perdido sus armas los franceses;  
mas trescientas espadas aun conservan.  
En los lúcidos yelmos todavía  
hieren una vez y otra. ¡Cuántas testas  
por la mitad hendidas! ¡Destrozada  
cuánta loriga! Rostros, manos, piernas  
cortan, rajan. «Los francos nos destrozan.  
No cure de su vida quien no tenga  
valor para luchar. ¡Buen rey, ayuda!»  
Así á Marsilio sus paganos ruegan.  
Marsilio los escucha, y así clama:  
«Destruyate Mahoma, oh grande tierra  
de Francia, pues tu pueblo venció al mío.

¿Aún asaz ciudades de las nuestras  
no tiene Carlos, de canosa barba?  
Tomó á Constantinopla por la fuerza,  
Roma, Pulla, Calabria y la potente  
Sajonia. Antes la muerte, que nos vean  
huir los francos; nadie en su persona  
piense, mas sí en herir. Toda su fuerza  
perdería el rey Carlos si muriese  
Roldán; si vive, piérdese la nuestra.»

## CXLVII

Los felones paganos con sus lanzas  
hieren en los escudos y los yelmos,  
que relucen al sol; sólo se escucha  
el ruido de las armas. Hasta el cielo  
suben las rojas chispas. ¡Qué de arroyos  
corren de sangre henchidos y de sesos!  
Siente en el corazón grande congoja  
Roldán al ver morir á tantos buenos  
capitanes. Acuérdase de Francia,  
la dulce tierra, y de su tío excelso,  
el rey Carlos, y quiera ó que no quiera,  
turban su corazón tales recuerdos.

## CXLVIII

Entra el conde Roldán en la refriega,  
y no cesa de herir. Tiene desnuda  
en la diestra su espada, rompe yelmos,  
atraviesa lorigas, corta, amputa  
cuerpos, cabezas, puños. Fiero abate  
á cientos, que preciaban de bravura.



## CXLIX

Asalta á los infieles y los bate  
rudamente Oliveros, de otro lado.  
Desenvaina á Hanteclair, que tanto quiere:  
fuera de Durendal, so el cielo claro,  
no hay espada mejor. La tiene el conde  
en su puño, y con ella lucha bravo.  
«¡Dios!—exclamó Roldán—¡qué buen guerrero!  
¡Eh! noble conde, fiel y denodado,  
hoy tendrá fin nuestra amistad, por siempre  
hoy nos separaremos. El rey Carlos  
no ha de vernos ya más. Nunca en la dulce  
Francia habrán de llorar duelo tamaño.  
Por nosotros en todo monasterio  
rogarán, por nosotros todo franco  
rezará. Nuestras almas han de verse  
en la gloria.» Oliveros le ha escuchado;  
espolea á su bruto, y de la liza  
al través, aproximase á Rolando.  
«Por aquí, compañero—así se dicen—;  
si place á Dios, unidos perezcamos.»

## CL

¡Quién golpear, herir con sus espadas  
á Roldán y Oliveros juntos viesel  
Con la lanza combate el arzobispo.  
Se sabe cuántos hombres allí mueren.  
Su número en las cartas y en la gesta  
se dice: cuatro mil. A los franceses  
bien les fué en los primeros cuatro asaltos;  
mas el quinto, fatal, terrible fuéles;

todos los caballeros de la Francia murieron. A sesenta únicamente reserva Dios. Mas éstos que quedaron, su vida, santo Dios, ¡cuán cara venden!

### *El cuerno*

#### CLI

La pérdida Roldán ve de lo suyos, y así dice: «Mi caro compañero, gentil señor, á quien Jesús bendiga, veis que yacen en tierra tantos buenos: dolámonos de Francia, bella y dulce, que hoy pierde estos varones tan excelsos. ¡Oh! ¿cómo no acudís, Carlos, amigo? ¿Cómo mandarle nuevas, Oliveros, mi hermano?» «No lo sé—replica aqueste—. ¡Antes que huir, la muerte yo prefiero!»

#### CLII

«Voy á tocar mi cuerno—dice el conde—; lo escuchará, desde los puertos, Carlos. Desharán los franceses su camino.» Dice Oliveros: «Vergonzoso caso sería que á los vuestros sonrojara con eterna mancilla y menoscabo. No quisisteis tocar cuando lo dije, hora yo no lo apruebo. No es de un bravo llamar cuando se está todo sangriento.» «Verdad—dice Roldán—, bien he bregado.»

## CLIII

«Empeñada es la lid; tocaré el cuerno;  
ha de escucharlo el rey», exclama el conde.  
«Aqueso no es valor—dice su amigo—.  
Yo lo propuse, pero vos, entonces,  
no quisisteis. Si el rey aquí estuviera,  
daño no sufriríamos. Reproches  
no merecen el rey ni sus soldados.  
Por aquesta mi barba, que yo torne  
á ver á Alda, mi hermana, que yo os juro  
que nunca entre sus brazos habréis goce.»

## CLIV

«¿Por qué guardáis rencor?», dice Rolando  
Y Oliveros así: «Vuestra es la falta.  
El valor no es igual que la demencia;  
y es mejor la mesura que la saña.  
A estos francos mató vuestra locura;  
servir ya no podremos al monarca.  
Si me hubieseis creído, aquí estaría  
Carlos, nuestro señor, y esta batalla  
la hubiésemos ganado; el rey Marsilio  
preso ó muerto se viera. Vuestra audacia  
nos ha sido, Roldán, asaz funesta;  
ya nunca podrá, amigo, esperar nada  
de vos nuestro rey Carlos, que es el hombre  
más grande que en la tierra se levanta,  
hasta el Juicio otro igual no podrá verse.  
Vos moriréis, y en la deshonra Francia  
ha de hundirse. Por siempre, aqúeste día

acabará nuestra leal compañía.  
 La atroz separación será hacia el véspero.»  
 Llanto, uno por otro, ambos derraman.

## CLV

Oye el buen arzobispo su disputa.  
 Con las espuelas de oro á su caballo  
 pica, se les acerca, y los reprende:  
 «Señores, yo os conjuro y os demando  
 por Dios no os disgustéis de tal manera.  
 Mirad á los franceses: sentenciados  
 están todos á muerte. Vuestro cuerno  
 ya no lo han menester. Muy lejos Carlos  
 encuéntrase; en venir tardará mucho.  
 Mas, no obstante, mejor es el tocarlo.  
 El rey vendrá, venganza lograremos;  
 no tornarán gozosos los paganos.  
 Nos hallarán sin vida y hechos trozos  
 los nuestros, al bajar de sus caballos;  
 recogerán las testas y los cuerpos;  
 y dentro de sarcófagos llevados  
 seremos en acémilas. De lástima,  
 verterán por nosotros triste llanto.  
 Después, de monasterios á la entrada  
 nos darán sepultura. No de pasto  
 serviremos á perros, lobos, puercos.»  
 «Decís muy bien», respóndele Rolando.

## CLVI

«Debéis tocar el cuerno. Carlomagno  
 lo escuchará: los puertos pasa ahora.  
 Su enorme hueste deshará el camino.

Muertos, en piezas, nos verán sus tropas,  
mas nos han de vengar, dando la muerte  
á los paganos, en la lid sañosa.  
Se llevarán, reunidos, nuestros cuerpos.  
Comernos no podrán en nuestras fosas  
los jabalís, los perros y los lobos.»  
Y Roldán: «Bien hablasteis» corrobora.

## CLVII

Pone Roldán su cuerno entre los labios,  
lo aprieta, y con aliento poderoso  
le hace sonar; las cumbres son muy altas,  
y el sonido se extiende, en el contorno  
de treinta leguas óyese su eco.  
Lo escucha Carlomagno, lo oye todo  
su ejército. «Han trabado la batalla  
mis hombres», dice el rey. «Si fuera otro  
—clama el vil Ganelón—quien esto dice,  
se debiera tratar de mentiroso.»

## CLVIII

Con muy grande dolor, ansia y congoja,  
finalmente Roldán su cuerno suena;  
rota tiene la sien, y de los labios  
la sangre, sin cesar, brota bermeja.  
¡Mas de su cuerno el son va muy distante!  
Lo escucha el rey, pasando las estrechas  
gargantas, lo oye Naines, lo oyen los francos.  
«Este es el cuerno de Roldán: no hubiera  
tocado á no encontrarse en brava lucha»,  
exclama el rey. «No existe tal pelea  
—replica Ganelón—. Sois viejo y cano;

mas de un niño estas frases se dijeran.  
Del grande, osado, fuerte y prodigioso  
Roldán el fiero orgullo y altiveza  
bien conocéis; que Dios le sufra tanto  
maravilla. Señor, sin orden vuestra,  
ya tomó á Nobles. Salieron los infieles  
de la ciudad; trabóse la contienda,  
y Roldán, con el filo de su espada,  
les dió muerte. En seguida, la pradera  
ensangrentada hizo se lavase,  
para que no quedaran ni las huellas.  
Por una sola liebre toca el cuerno  
todo un día Roldán. Sin duda juega  
ahora y ríe con los doce Pares.  
¿Alguien, debajo el cielo, se atreviera  
á combatirle? Cabalgad, sigamos.  
Aun está muy distante nuestra tierra.

## CLIX

Roldán tiene la boca ensangrentada  
y en la sien una herida muy profunda.  
Toca el cuerno con pena y gran congoja.  
Carlos y los franceses bien lo escuchan.  
«Este cuerno ha sonado largamente»,  
así Carlos exclama, y Naimés murmura:  
«Es Roldán, que allí abajo está sufriendo  
á mi juicio, hay trabada fiera lucha;  
el que finge con vos, traición le hizo.  
Señor, á vuestra casa dad ayuda,  
suene el grito de guerra; rey, armaos.  
Bien entendisteis de Roldán la angustia.»



CLX

El rey hace tocar todos los cuernos.  
Bajan los francos, se arman al instante  
con lorigas, con yelmos, con espadas  
de áureos pomos. Ostentan fuertes, grandes  
lanzas, con gonfalones rojos, blancos  
y azules; los escudos son brillantes.  
Montan en sus caballos los barones,  
los acucian, y en tanto que deshacen  
su camino, cruzando por los puertos,  
se dicen: «Si á Roldán viéramos antes  
de que muera, daremos rudos golpes  
á su lado.» Mas ¡ay! es tarde, tarde.

CLXI

La noche se aclaró, y el día vino.  
Lucen las armas bajo el sol ufano.  
Despiden llamas yelmos y lorigas,  
y los ricos escudos, que con ramos  
se engalanan fingidos, y las lanzas  
brillan también con gonfalón dorado.  
Cabalga el rey colérico, y muy tristes,  
de angustia henchidos, síguenle los francos.  
Todos derraman lágrimas ardientes;  
no hay uno que no tiemble por Rolando.

---

El rey mandó prender al alevoso  
Ganelón, y á las gentes le ha entregado  
de su cocina, y á su jefe dice:

«Guarda, Begon, á este hombre; cual bellaco y traidor considéralo; ha vendido mi casa». El cocinero entre las manos le pone de cien pinches, unos buenos, y otros no, que la barba y los mostachos le pelan. Cada uno cuatro golpes con el puño le asesta. Con sus palos y varas le apalean rudamente. Al cuello una cadena le han echado, y arrástranle cual oso. Por deshonra é ignominia le suben á un caballo de carga. De este modo han de guardarle, hasta el momento en que retorne Carlos.

## CLXII

¡Altos, enormes, negros son los montes!  
¡Qué raudos los torrentes! ¡Y los valles  
cuán profundos! Doquiera los clarines  
del rey Carlos contestan, atronantes,  
al cuerno de Roldán. El rey cabalga  
colérico. Con pena y furor grandes  
marchan los francos; gimen y sollozan,  
y á Dios le piden que á Rolando guarde,  
hasta que al campo de batalla lleguen.  
¡Lucharán á su lado cual gigantes!  
Mas ¡ay! ¿para qué es esto? Nada sirve.  
No llegarán á tiempo. ¡Es tarde, tarde!

## CLXIII

Cabalga el rey colérico; su barba  
desliza por la cota. Los barones  
franceses espolean sin reposo.



Todos están airados, porque entonces  
no se hallan con Roldán, que en tal instante  
lucha con los paganos españoles.  
Si él estuviese herido, ¿uno tan sólo  
sobreviviera á él? Sesenta hombres  
le cercan todavía. Rey, ni jefe,  
en tiempo alguno los mandó mejores.

## CLXIV

Con gran dolor y rabia dentro el pecho  
marcha el emperador, en tanto duran  
los puertos. «Ayudadme, Virgen santa  
—dice—. Por Ganelón muy grande angustia  
nos aflige. Se lee en antigua gesta  
que es de linaje vil: las imposturas  
y las traiciones fueron habituales  
en sus abuelos. Perpetraron una  
en Roma, asesinando al viejo César.  
Estos viles tendrán mal sepultura:  
perecerán en fuego y pena ardientes.  
Ganelón es traidor desde la cuna.  
Perdió á Roldán y confundió á los míos.  
El la frente, por cierto, me desnuda  
de la corona. Francia ya no tiene  
caballeros que guardenme de injurias.»  
Mesa su barba blanca, llora Carlos.  
«¡Oh desgraciados! ¡Qué dolor—murmuran  
los francos—á este mundo haber venido!»  
Bien hieren con la espuela; en tanto dura  
el paso de los puertos, dejan flojas  
las riendas. Cuando lleguen de la lucha  
sobre el campo, Roldán habrá vencido  
y á Marsilio y los suyos puesto en fuga.

*La derrota*

## CLXV

Roldán tiende su vista por los montes  
y por las landas. ¡Cuántos yacen muertos  
de los franceses! Lloro como noble:  
«De vosotros se apiade el Señor nuestro.  
¡El Paraíso otorgue á vuestras almas,  
y en santas flores les conceda asiento!  
Valientes cual vosotros nunca he visto.  
¡Tanto me habéis servido y tanto tiempo!  
¡Cuánta conquista hicisteis para Carlos!  
¡El rey os sustentó por el mal vuestro!  
Tú eres, tierra de Francia, un país dulce,  
mas hoy de tus barones más excelsos  
estás falta, por mí morir los miro,  
y ni salvar ni defenderlos puedo.  
Dios os proteja, Aquel que nunca miente.  
No os debo abandonar, buen Oliveros,  
mi hermano. Moriré, si no me matan,  
de dolor. ¡A la lucha retornemos!»

## CLXVI

Roldán escruta valles y montañas.  
¡Qué multitud de infieles allí mira!  
A Oliveros le dice estas razones:  
«Con los nuestros aquí demos la vida.»  
Roldán, el conde, la color demuda,  
«¡*Monjoiel*! ¡*Monjoiel*!», por cuatro veces grita.

Toca el cuerno, llamando á la pelea,  
á *Veillantif* acúciale con ira,  
y contra los paganos se dirige  
á herirlos, con la espada prevenida.

## CLXVII

Roldán vuelve al lugar de la batalla.  
Con Durendal, su espada, bien se bate.  
Parte en dos á Fandron du Puy de un golpe.  
A veinticuatro infieles arrogantes  
mata luego. Jamás hombre ninguno  
con tanto empeño procuró vengarse.  
Huyen ante Roldán los sarracenos,  
como el ciervo seguido por los canes.  
«Asaz bien combatis—Turpin exclama—.  
Conviene al caballero tal coraje,  
que lleve buen caballo y armas buenas,  
fuerte y fiero ha de ser en el combate,  
pues no vale, si no, cuatro dineros.  
Monje en un monasterio debe entrarse  
y orar por nuestras culpas de continuo.»  
«Herid—Roldán responde—, herid, no dadles  
cuartel.» Los francos vuelven á la lucha,  
pero sufren allí pérdidas grandes.

## CLXVIII

Quando se sabe que cuartel no existe,  
se lucha rudamente en la batalla:  
cual leones combaten los franceses.  
Marsilio en guisa de barón cabalga  
en *Gaignon*, su corcel, que es más ligero  
que halcón; con las espuelas lo desgarrá.

Contra Beuvon dirígesse, un cristiano  
señor de Beaune y de Dijon, le raja  
el escudo y le rompe la loriga.  
Sobre tierra, sin más, muerto le lanza.  
A Ivoire é Ivon, después, y al buen Gerardo  
de Rosellón, el rey Marsilio mata.  
No se encuentra Rolando muy distante.  
«Que el señor te maldiga—el conde clama—;  
mataste sin razón mis compañeros.  
Antes que nos partamos, con mi espada  
te heriré: sabrás hoy cuál es su nombre.»  
A herirle, como bueno, se adelanta;  
de un golpe solo arráncale la diestra.  
Y después la cabeza le separa  
al rubio Jurfaleu, que del pagano  
rey es el hijo. Los infieles claman:  
«Danos tu ayuda, dánosla, Mahoma.  
¡Oh dioses! ¡procuradnos la venganza  
contra Carlos, el rey! ¡Estos felones  
él sobre el suelo abandonó de España!  
Primero morirán que abandonarnos  
el campo.» «Huyamos presto, presto», exclaman.  
Huyen, al escucharlo, cien mil hombres.  
No han de volver: llamar es cosa vana.

## CLXIX

Perdió su puño diestro el rey Marsilio.  
El escudo por tierra entonce arroja,  
hiere con las espuelas aguzadas  
al caballo, las riendas le abandona,  
y huye hacia España. Veinte mil paganos  
le siguen en su huida presurosa;  
ni uno solo quedó sin ser herido.  
«Ha triunfado Roldán», todos pregonan.

## -CLXX

Mas esto ¿de qué vale? Huye Marsilio,  
pero su tío quédase, el califa,  
dueño de Alferne, Garmaille y de Cartago  
y de Etiopía, la región maldita.  
Este es el jefe de la raza negra,  
de gran nariz y orejas extendidas:  
de ella se ven cincuenta mil guerreros,  
que cabalgan, mostrando grande ira,  
el grito de armas del pagano lanzan.  
Dice Roldán: «Aquí, en aqueste día,  
martirio alcanzaremos. Yo no ignoro  
que escaso tiempo réstanos de vida.  
¡Malhaya aquel que caro no se venda!  
Herid, francos, herid con las bruñidas  
espadas, disputad la vida y muerte.  
Francia dulce no mírese caída  
en deshonor. Cuando llegare Carlos  
á este lugar, la atroz carnicería  
vea de los paganos: quince muertos  
suyos por un francés. El nos bendiga.»

*Muerte de Oliveros*

## CLXXI

Al ver Roldán á la maldita gente  
que á la tinta supera por lo bruna,  
y que sólo los dientes tiene blancos,  
exclama así: «No abrigo duda alguna,  
cierto sé que hallaremos hoy la muerte.»

Herid, francos; yo vuélvome á la lucha.»  
 Y Oliveros: «Mal haya el que sea tardo»  
 Los franceses atacan con bravura.

## CLXXII

Al ver que son tan pocos los franceses,  
 se confortan y llénanse de orgullo  
 los paganos. «No—dice el uno al otro—,  
 no es de ellos la razón.» Monta en un bruto  
 rojo el califa; con espuelas de oro  
 le punza. Por detrás, herirle pudo  
 á Oliveros, en medio de la espalda;  
 las mallas le rompió, sobre el robusto  
 cuerpo, de la loriga; todo el pecho  
 le atravesó la lanza. «Golpe rudo,  
 mortal—exclama—, ahora recibisteis.  
 Aquí el rey os dejó con mal discurso.  
 Nos hizo sinrazón: no ha de alabarse.  
 En vos vengo á los míos, por ser justo.»

## CLXXIII

De muerte herido siéntese Oliveros,  
 y pretende vengarse de seguida.  
 Blande á Hauteclair, de acero trabajado  
 con gran primor, y hiérole al califa  
 en el agudo yelmo, que oro exorna:  
 las piedras por el suelo desperdiga;  
 le corta la cabeza hasta los dientes;  
 muerto, de un golpe, á tierra lo derriba.  
 «Maldito infiel—exclama—, no aseguro

que nada pierda el rey en este día;  
mas sí que no podrás ante tu esposa,  
ni otra dama, en tu tierra haber la dicha  
de contar que tomaste ni un dinero,  
ni causado una pérdida crecida  
al rey, en mí ó en otro.» Luego exclama:  
«¡Socórreme, Roldán! ¡Roldán, me auxilia!»

## CLXXIV

De muerte herido el franco se conoce:  
toda venganza leve se le antoja.  
Buenos golpes reparte con su espada.  
Lucha cual buen barón. Lanzas y blocas,  
pies y puños y hombros y costados  
de caballeros, sin descanso, corta.  
Quien viese cuál desmiembra á los infieles  
y á un muerto sobre otro á tierra arroja,  
supiera lo que es un buen guerrero.  
De Carlomagno el grito rememora:  
«¡*Monjoie! ¡Monjoie!*», repite con voz alta.  
Llama á Roldán, su amigo, de esta forma:  
«Cabe mí colocaos, compañero,  
en aquesta jornada dolorosa  
nos veremos por siempre separados.»  
Uno en otro pensando, entrambos lloran.

## CLXXV

Roldán contempla el rostro de Oliveros,  
y pálido le ve, violado, lívido;  
su clara sangre brota de las llagas,  
y en la tierra ha formado un rojo río.

«Dios—exclama Roldán—, ¿qué haré yo ahora?  
 ¡Desgraciado valor fué el vuestro, amigo!  
 Un valiente cual vos nunca ha de verse.  
 Dulce país de Francia, desvalido  
 te vas á ver de tus mejores hombres,  
 deshecho habrá de ser tu poderío.  
 Recibirá el rey Carlos grande daño.»  
 Desmáyase Roldán no bien lo ha dicho.

## CLXXVI

¿Veis á Roldán en su corcel pasmado  
 y á Oliveros herido ya de muerte?  
 Tanta sangre derrama, que su vista  
 entúrbiase, y á un hombre ya no puede  
 reconocer, de lejos ni de cerca.  
 Topa al conde Roldán y le acomete,  
 le da un golpe terrible sobre el yelmo,  
 de oro y piedras ornado, en dos lo hiende,  
 hasta el nasal; no llega, por fortuna,  
 á la carne. Le mira, y dulcemente,  
 dícele así Roldán: «Mi camarada,  
 Oliveros, ¿hicisteis esto adrede?  
 Yo soy Roldán, aquel que os ama tanto.  
 No me retasteis, de ninguna suerte,  
 que yo sepa.» «Bien oigo las palabras;  
 pero veros mis ojos ya no pueden;  
 Dios os ve. Perdonad que os haya herido.»  
 «Ante Dios, os perdono muy alegre,  
 ningún mal recibí», Roldán responde.  
 A estas palabras, ambos, reverentes,  
 se inclinan. Se separan de tal modo,  
 con el amor que se tuvieron siempre.



## CLXXVII

Nota el ansia Oliveros de la muerte;  
giran sus ojos, ciégase su vista;  
pierde el oído, del corcel se apea,  
y sobre el haz del suelo se reclina.  
En alta voz, confiesa sus pecados,  
al cielo alza las palmas reunidas,  
pide á Dios le conceda el Paraíso  
y que á Carlos y á Francia los bendiga,  
y á Roldán, sobre todos los mortales.  
Párase el corazón, la frente inclina,  
y cae por tierra rígido su cuerpo.  
Muerto está el conde, feneció su vida.  
Roldán le llora. Nunca, sobre el mundo,  
de un hombre más doliente habréis noticia.

## CLXXVIII

Cuando á su amigo muerto lo contempla  
Roldán, el rostro vuelto hacia Levante,  
en lágrimas prorrumpe y en sollozos.  
Dulcemente se pone á lamentarle.  
«Mi compañero — dice —, tu bravura  
fué para tu desgracia. En amigable  
consorcio, cuántos años, cuántos días  
los dos pasamos. Nunca me agraviaste,  
jamás daño te hice. Tú ya muerto,  
dolor es que yo viva.» En este instante  
se desmaya el marqués sobre su bruto,  
llamado *Veillantif*. Por los brillantes  
estribos de oro quédase sujeto.  
Caerse no podrá, doquiera marche.

## CLXXIX

Apenas vuelve en sí Roldán, el conde,  
 apenas cura y torna del desmayo,  
 la magnitud percibe del desastre.  
 Perdidos, muertos hállanse los francos;  
 todos, excepto dos: el arzobispo  
 y Gautier. Descendió de un monte alto  
 éste, donde librara fiera lucha  
 con los de España, y muertos sus soldados  
 por los infieles, vióse constreñido  
 á escapar por los valles. A Rolando  
 favor y ayuda implora de esta suerte:  
 «Noble conde, guerrero fuerte y bravo,  
 ¿do estás? Presente tú, pavor no tengo.  
 Soy yo, soy yo, Gautier, quien ha tomado  
 Maëlgut, soy el sobrino del canoso  
 viejo Druon, soy Gautier, quien por su ánimo  
 se hizo merecedor de ser tu amigo.  
 Con tal furia luché con los paganos,  
 que está mi lanza rota, mi loriga  
 en jirones, mi escudo taladrado,  
 lo mismo que mi cuerpo, por lanzadas.  
 Voy á morir, pero vendíme caro.»  
 Le oye Roldán, á su corcel acucia,  
 y á donde está Gautier cabalga raudo.

## CLXXX

«Señor Gautier—le diz Roldán, el conde—,  
 con el infiel tuvisteis gran batalla;  
 sois un bravo, un valiente. Me llevasteis  
 mil caballeros, que á mi lado estaban.

Por esto yo os los pido; devolvédmelos:  
de ellos yo tengo necesaria falta.»  
Gautier responde: «Ni uno veréis vivo;  
los dejé en la crudísima campaña.  
¡A tantos sarracenos encontramos,  
cananeos, armenios, gente brava,  
los de Balise, soldados los mejores,  
y turcos y gigantes, de la Arabia  
sobre corceles rápidos. Trabamos  
con los paganos lid tan empeñada,  
que no podrá alabarse ni uno de ellos.  
Muertos, sesenta mil allá descansan.  
Asaz bien los aceros nos vengaron;  
mas ¡ay! todos los francos, todos faltan.  
Mi loriga está en piezas, tanta herida  
recibí en mis costados, que la clara  
sangre brota y descende por mil partes.  
A mi cuerpo las fuerzas desamparan,  
y me siento morir. Soy vuestro hombre,  
y vos, Roldán, mi defensor y guarda.  
No censuréis que huyera.» «No he de hacerlo.  
Pero en tanto viváis—Roldán exclama—,  
ayudadme.» Colérico, sudoso,  
doliente está Roldán. Divide y raja  
del brial, en dos partes, los faldones,  
y los costados de Gautier resguarda.

## CLXXXI

Henchido está Roldán de pena y rabia;  
á herir comienza en la tremenda lucha.  
Echa por tierra á veinticinco hispanos;  
Gautier y el arzobispo le secundan,  
matando á seis aquél y á cinco éste.  
«¡Oh, qué felones!—el infiel murmura—;  
cuidemos que no váyanse con vida.

¡Vergüenza al que consiéntales la fuga!  
 ¡A todo aquel que no ose acometerlos!»  
 Silbos y voces por doquier se escuchan,  
 por todas partes cercan á los francos.  
 ¡Dios, que nunca mintió, venga en su ayuda!

### *Carlomagno se aproxima*

#### CLXXXII

Muy fiero fué Roldán y muy ardido,  
 Gautier de l'Hum, notable caballero,  
 y un bravo el arzobispo, bien probado.  
 Mutuamente, se ayudan con su esfuerzo.  
 En empeñada lid á los infieles  
 acuchillan. A pie mil sarracenos  
 vense y cuarenta mil en sus caballos.  
 No osan aproximarse. Desde lejos  
 arrojan á los francos picas, lanzas,  
 dardos, flechas, venablos. Los primeros  
 tiros quitaron á Gautier la vida.  
 Taladrado el escudo, roto el yelmo  
 tiene Turpin, llagada la cabeza  
 y rota la loriga. Dentro el cuerpo  
 le entraron cuatro lanzas. Su caballo  
 debajo de él murió. Dolor tremendo  
 es que Turpin, el arzobispo, caiga.  
 ¡Los ayude el Glorioso, el Dios del cielo!

#### CLXXXIII

Al mirarse abatido el arzobispo,  
 y por cuatro lanzadas traspasado,

fiero se alza al momento. Con la vista busca á Roldán, y corre hasta encontrarlo, y le dice no más: «No fuí vencido; mientras vive no ríndese el que es bravo.» Saca su espada *Almace*, y en plena lucha arrójase, mil golpes asestando. A ninguno Turpin concede gracia, según más tarde comprobó el rey Carlos, quien halló cuatrocientos hombres muertos en su torno, los unos bien llagados, otros por la cintura divididos, y sin cabeza otros. Tal relato da la gesta y San *Gilles*, presente al hecho, San *Gilles*, por quien Dios hace mil milagros, escrito está de Laon en el cenobio. El que aquesto no sepa es un ignaro.

## CLXXXIV

Bien se bate Roldán, tiene empapado en sudor y ardoroso todo el cuerpo. ¡Qué gran dolor en la cabeza nota! Su sien, de haber tocado tanto el cuerno, siente que se le abre; sin embargo, quiere saber si Carlos va á su encuentro: suena la trompa, débil fué el sonido. Carlos lo escucha, párase al momento. «Mal, señores, nos va—dice á los suyos—; á Roldán, mi sobrino, hoy perderemos. Se ve por su llamada que de vida le queda poco. Si queréis á tiempo acudirle, acuciad á los caballos. ¡Sonad todas las trompas del ejército!» Suenan sesenta mil: retumba el monte, y responden los valles. Bien lo oyeron

los paganos. «Es Carlos, que se acerca»,  
se dicen, y de burlas no han deseo.

## CLXXXV

«Carlos retorna—claman los paganos—,  
de los franceses se oyen los clarines.  
Si él llega, ¡qué desastre será el nuestro!  
Tornará, si Rolando sobrevive,  
la guerra á comenzar; perdida á España  
veremos.» Cuatrocientos adalides,  
los mejores de todos, bien tocados  
con yelmos, un asalto fiero, horrible,  
contra Roldán emprenden. ¡Ay! el conde  
necesita un auxilio pronto y firme.

## CLXXXVI

Cuando Roldán los mira aproximarse,  
vigor más grande y fortaleza nota.  
No se habrá de rendir en tanto viva.  
Antes la muerte que la fuga. Monta  
su corcel *Veillantif*; con las espuelas  
de oro le acucia, y en la lid se arroja.  
Le acompaña Turpin. Los sarracenos  
«Huid, huid, amigos, sin demora  
—claman—; se oyen los cuernos de los francos  
Llega el potente Carlos, el rey torna.»

## CLXXXVII

Nunca estimó Roldán á los cobardes,  
jamás á los malvados, los altivos,  
y caballeros poco valerosos.  
Dirigióse á Turpin, y así le dijo:  
«Señor, estáis á pie, mas yo á caballo.  
Bajaré, por lo mucho que os estimo,  
á tierra; el bien y el mal repartiremos.  
Jamás, por hombre alguno, de mi auxilio  
os privaré. Volvamos al ataque  
contra el infiel. ¡Los golpes más mortíferos  
son los de Durendal!» «Mancilla eterna  
al que no hiera bien—el arzobispo  
dice—; tras esta lucha no habrá otras.  
Ya llega: ha de vengaros vuestro tío.»

## CLXXXVIII

«Por nuestro mal nacimos—los paganos  
claman—para dolor y desventura.  
El día nos llegó: señores, Pares,  
perdimos. Carlos torna con la turba  
de sus huestes. Se oyen las trompetas  
sonantes y el clamor también se escucha  
que forma el grito de «*Monjoiet*» Ninguno  
de Roldán el valor y arranque emula;  
ningún hombre carnal puede vencerle.  
Dejémosle do está: tan sólo á mucha  
distancia disparemos.» Así lo hacen.  
Le arrojan dardos, flechas, lanzas duras,  
venablos; le hacen el escudo astillas,

le rasgan la loriga y la desnudan  
de adornos: en el cuerpo no le tocan.  
Recibió su gentil cabalgadura  
treinta heridas: cae muerta. Los paganos  
solo y á pie le dejan en su fuga.

## CLXXXIX

Huyen los sarracenos espantados.  
«Roldán nos ha vencido—entre sí dicen—,  
el gran emperador viene á nosotros.  
Escuchad de los francos los clarines.  
Todo el que aguarde morirá en el campo.  
De Carlos á los pies cuántos gentiles  
monarcas se pusieron. Guarecernos  
nunca podrá Marsilio: es imposible.  
Perderemos la dulce y rica España,  
si el emir por nosotros no resiste.»

*La postrera bendición del arzobispo*

## CXC

Furiosos, iracundos, los paganos  
se dirigen á España fugitivos.  
Roldán darles alcance no pretende,  
pues *Veillantif* había sucumbido;  
ó de grado ó por fuerza, á pie quedóse.  
Se dirige á ayudar al arzobispo,  
le aparta la loriga, leve y blanca,  
le desenlaza el yelmo, de oro rico,



todo entero el brial le ha desgarrado,  
y con los trozos véndale festino  
las extensas heridas. Contra el pecho  
le aprieta. Sobre el césped verdecido  
le acuesta dulcemente. Con voz tierna,  
Roldán aqueste ruego entonces hizo:  
«¡Ah! dadme vuestro adiós, hombre gallardo,  
aquellos compañeros que quisimos  
con tanto amor, son muertos. Sobre el campo  
no debemos dejarlos: ahora mismo  
voy á buscar sus cuerpos, y en hilera  
los pondré frente á vos.» El arzobispo  
«Id—contesta—y volved en un instante.  
¡Gracias á Dios, el campo es vuestro y mío!»

## CXCI

Parte Roldán. Recorre todo el campo  
de la lid, valle y monte. Ve los cuerpos  
de Ivon é Ivoire, valientes camaradas,  
de Guerin y Gerier, su compañero,  
de Engelier, natural de la Gascuña,  
de Othon y Berenger, Gerardo, el viejo  
de Rosellón, Sanson y Anséis. Transporta,  
uno tras otro, á aquestos diez excelsos  
barones á do se halla el arzobispo,  
y en hilera á sus plantas los ha puesto.  
Turpin no puede contener su llanto;  
con la diestra bendícelos, diciendo:  
«Señores, mal os fué. Que Dios glorioso  
reciba vuestras almas en su seno,  
y allá en su Paraíso sobre flores  
santas las ponga. Angustia y grande duelo  
á mí mi propia muerte me produce:  
al gran emperador ya no he de verlo.»

## CXCII

Torna Roldán á recorrer el campo:  
bajo un pino, muy cerca de un silvestre  
rosal, encuentra el cuerpo de Oliveros;  
contra su corazón, estrechamente,  
lo aprieta; torna luego al arzobispo.  
Sobre un escudo al camarada extiende,  
junto á los otros Pares, los bendice  
Turpin á todos once y los absuelve.  
La piedad y el dolor con esto aumentan:  
«Oliveros, mi amigo armipotente,  
vos fuisteis hijo de Renier, el buen conde,  
quien la Marca de Génova tuviere.  
Para hacer mil pedazos un escudo  
y romper una lanza y de las fuertes  
mallas de una loriga hacer jirones,  
para dar á los buenos excelentes  
consejos y acabar con los cobardes,  
caballero no hubo como aqueste.»

## CXCIII

Roldán, mirando muertos á los Pares  
y al caro amigo, siente gran angustia  
dentro del alma, y á llorar se pone.  
Palidece su rostro y se demuda.  
Su dolor es tan fuerte, que no logra  
quedar en pie. Desmábase y la dura  
tierra mide su cuerpo. Turpin dice:  
«Barón, ¡grandes desdichas os torturan!»

## CXIV

Viendo Turpin al conde desmayado,  
siente un dolor cual nunca lo notara.  
Su mano diestra extiende y ase el cuerno.  
En Roncesvalles una vena de agua  
existe, y de ella quiere dar al conde.  
Hace un supremo esfuerzo, se levanta,  
y á ella, vacilando, se dirige,  
con cortos pasos. Mas tan débil se halla,  
que no logra avanzar, fuerzas no tiene,  
¡tanta sangre perdiera por las llagas!  
Antes de haber andado una fanega,  
todo vigor al arzobispo falta,  
cae de bruces al suelo, y de la muerte  
comienza á padecer las crudas ansias.

## CXCv

Vuelve el conde Roldán de su desmayo,  
se alza, mas ¡ay! ¡cuán dolorosa pena  
para él! Mira abajo, mira arriba,  
y próximo á los Pares, en la hierba  
mira al noble barón, al arzobispo,  
que á Dios representaba aquí en la tierra.  
Acúsase Turpin, mira á la altura,  
las manos une, al cielo las eleva,  
y pide á Dios le otorgue el Paraíso.  
Muerto es Turpin, murió como viviera,  
al servicio del rey. Contra el pagano  
sin cesar con su lanza y con sus bellas  
oraciones luchó obstinadamente.  
¡Su santa bendición Dios le conceda!

## CXCVI

Cuando muerto á Turpin Rolando mira,  
siente muy grande angustia: mayor sólo  
por Oliveros la sufrió. Así exclama,  
partiendo el corazón: «Ven presuroso,  
cabalga, rey de Francia. En Roncesvalles  
sufrimos grandes daños. Pero roto  
quedó el infiel ejército. Cuarenta  
hombres perdió por uno de nosotros.»

## CXCVII

Roldán mira á Turpin tendido en tierra.  
Fuera del cuerpo salen las entrañas,  
y los sesos por bajo de la frente.  
Entrecreza Roldán las manos blancas  
y bellas sobre el pecho del difunto.  
Y muy triste, al estilo de su patria,  
murmura esta oración: «¡Ah! gentil hombre,  
caballero de óptima prosapia,  
yo os remito á las manos del Glorioso,  
á quien nadie sirvió con mayor ansia  
que vos. Nunca se ha visto que un profeta,  
después de los apóstoles, más almas  
convirtiera que vos y más hiciese  
por su ley. De dolores vuestra ánima  
será exenta, y del santo Paraíso  
os han de ser las puertas franqueadas.»

*Muerte de Roldán*

## CXCVIII

Roldán siente la muerte ya cercana;  
por su oído los sesos se deslizan.  
Pide á Dios que á los Pares lleve al cielo;  
por sí al ángel Gabriel luego suplica.  
El cuerno ase (huyendo del reproche)  
y en otra mano Durendal asida,  
avanza más de un tiro de ballesta;  
entra en tierra de España; á una colina  
sube. Bajo dos árboles hermosos  
se ven de mármol cuatro graderías.  
En la hierba desplómase Rolando,  
se desmaya, la muerte se aproxima.

## CXCIX

Altos los montes son, altos los árboles.  
Allí de claro mármol cuatro bellas  
graderías se ven. Sobre el herboso  
suelo Roldán desmábase. Le acecha  
un pagano, que fíngese difunto,  
entre los otros. Cubre la bermeja  
sangre su cuerpo todo y su semblante.  
Se alza festino, y corre. Es de una extrema  
valentía, y es fuerte, y es hermoso.  
Lleno de orgullo y de mortal fiereza,  
ase á Roldán del cuerpo y de las armas.

«¡Vencido está Roldán—su voz atruena—,  
el sobrino de Carlos! Yo su acero  
á Arabia llevaré». Coge su diestra  
á Durendal, y tira de la barba  
al franco, quien lo siente y se despierta.

## CC

Nota Roldán el robo de la espada,  
los ojos abre, y dice solamente:  
«Tú no eres de los nuestros, que yo sepa.»  
Con la trompa que tuvo asida siempre,  
sobre el yelmo, que piedras y oro exornan,  
le asesta un golpe, que el acero hiende  
y la testa y los huesos del pagano,  
le salta los dos ojos, y potente,  
á sus plantas sin vida le derroca.  
«Cobarde, ¿quién te dió para ofenderme  
osadía bastante, justa ó injusta?  
Quien lo sepa, por loco ha de tenerte.  
El pabellón he hendido de mi trompa,  
cayó el oro y las piedras relucientes.»

## CCI

Roldán nótase preso por la muerte,  
se levanta y esfuerza en reanimarse:  
¡ay! su rostro carece de colores.  
A Durendal, desnuda, entonces ase:  
bruna roca frontera se descubre;  
diez golpes le asestó con ira grande.  
El hierro rechinó, mas no rompióse,



ni se melló. «Socórreme, al instante,  
Virgen Santa María—el conde dice—  
¡Oh mi espada gentil, qué crudos males!  
Cuando de vos me aleje no habré cura.  
¡Con vos gané tantísimos combates!  
¡Yo tomé muchos reinos dilatados,  
que hoy tiene el rey, de barba blanqueante!  
¡No os tuvo hombre que huyese! Mientras viva,  
no me seréis quitada. Os contemplasteis  
largo tiempo en la diestra de un valiente,  
que nunca tendrá en Francia semejante.»

## CCII

Hiere la gradería de sardónice  
Roldán. Rechina el hierro de la espada,  
mas no se parte ni se mella. Viendo  
el conde que no puede destrozarla,  
comienza á lamentarse de tal suerte:  
«¡Mi buena Durendal, lúcida y blanca!  
¡Cuán flameas al sol, cómo relumbra!  
Bien lo recuerdo: Carlomagno estaba  
de Maurienne en los valles, cuando un angel  
bajo del cielo, á quien su Dios mandara  
á un capitán donarte valeroso.  
Fué entonces cuando el noble y gran monarca  
la eñó á mi costado. Anjou, Maine, Flandes  
conquisté para él, Poitou, Bretaña,  
la libre Normandía, la Provenza,  
Lombardía, Baviera y Aquitania,  
Bulgaria, Rumania y la Polonia;  
á él Constantinopla se entregara,  
Sajonia sometióse á su mandado;  
también le conquisté á Escocia y á Irlanda,  
á Gales é Inglaterra, su dominio

particular. ¡Países y comarcas,  
cuántos yo conquisté, que Carlomagno  
hoy tiene, el rey de la canosa barba!  
Grande pena y dolor por este acero  
ahora sufro. ¡Antes que mi espada  
coja un infiel, acábeme la muerte!  
¡El Señor tal deshonra evite á Francia!»

## CCIII

Por la tercera vez Roldán golpea  
en una piedra bruna, y á su esfuerzo  
hundióla, cual decir yo no lograra.  
Rechinó, sin romperse, el fuerte acero,  
la espada remontóse hacia la altura.  
Que no puede romperla apercibiendo  
Roldán, así quejóse, dulcemente:  
«Durendal, santa y bella por extremo!  
Cuánta reliquia enciérrese en tu pomo,  
tu pomo áureo: un diente de San Pedro,  
sangre de San Basilio, y de la Virgen  
santa una prenda, y además, cabellos  
de San Dionisio, mi señor. No es justo  
que pases al poder de sarracenos:  
te deben de servir manos cristianas.  
Cuántas lides por ti llevé á buen término,  
y por ti cuántas tierras he tomado,  
que hoy al emperador tienen por dueño;  
ellas son el poder y la riqueza  
del rey de blanca barba. ¡A Dios excelso  
plegue que no te coja algún cobarde!  
¡Tal deshonra á la Francia evite el cielo!



## CCIV

Nota Roldán que aprésale la muerte,  
que al corazón le baja de la testa.  
Corre, para arrojarse bajo un pino.  
Y sobre el verde césped, faz en tierra,  
se tiende. Bajo sí pone la espada  
y la trompa, y revuelve la cabeza  
en contra los paganos, porque ansía  
que Carlomagno y sus valientes fuerzas  
digan: el noble conde halló la muerte  
como conquistador. Clama y confiesa  
su culpa, y la repite una vez y otra.  
Por sus pecados con fervor eleva  
su guante hacia los cielos, y los ángeles  
lo reciben, bajando con presteza.

## CCV

Nota Roldán su tiempo terminado,  
sobre una cumbre está, que á España mira;  
con una mano el pecho se golpea:  
«Perdone tu bondad las culpas mías,  
mis pecados, oh Dios, chicos y grandes,  
cuantos yo cometí, desde que á la vida  
llegué, hasta hoy, mi Dios, que fui llagado.»  
Así exclama Roldán. A Dios le brinda  
el guante de la diestra. Por el conde  
á la tierra los ángeles arriban.

## CCVI

Yace el conde Roldán debajo un pino;  
á la parte de España contemplando.

Se pone á recordar miles de cosas:  
las tierras que en su vida ha conquistado;  
á su familia y á la dulce Francia,  
y á quien debe el sustento, su rey Carlos,  
y á los francos que le eran tan devotos.  
No logra refrenar quejas y llanto.  
No queriendo olvidarse de sí mismo,  
perdón pide de nuevo, á Dios clamando:  
«Oh verdadero padre, vos que nunca  
mentisteis, vos, Señor, que al santo Lázaro  
tornasteis á animar, de entre los muertos,  
y á Daniel de leones ensañados  
libertasteis, salvad, salvad mi alma,  
guardadla de las penas y los daños  
que merecen las culpas de mi vida.»  
Á Dios el guante de su diestra mano  
tiende: Gabriel, arcángel, lo recibe.  
Roldán su testa apoya sobre el brazo.  
Muere el conde Roldán, las palmas juntas.  
Dios le manda un querube y á los santos  
Rafael y Gabriel, también con ellos  
San Miguel du Péril bajó de lo alto;  
entre todos el alma del buen conde  
al Paraíso llévanla sagrado.





## TERCERA PARTE

### LAS REPRESALIAS

#### *El castigo de los sarracenos*

CCVII

Roldán murió: el Señor tiene en su gloria su ánima... A Roncesvalles llega presto Carlomagno. No encuentra ni una vía, ni una senda, ni espacio por pequeño que sea, de una vara, de un pie sólo de tierra, que no esté de sarracenos ó de francos henchido. Así el rey clama: «¿Do estáis, gentil sobrino? ¿Do Oliveros, el conde? ¿Do Turpin, el arzobispo? ¿Do Guerin y Gerier, su compañero? ¿En dónde Othon? Y Berengier ¿en dónde? ¿E Ive é Ivoire, que tanto se quisieron?

¿Dónde Engelier el gascón? ¿En dónde el duque  
 Sanson y Anséis? ¿Y do Gerardo el viejo?  
 ¿Do están los doce Pares, que dejara  
 tras mí?» Nadie responde á estos acentos.  
 «¡Oh Dios!—prosigue—, justo es que me duela.  
 ¡No llegar á la lid desde el comienzo!»  
 Carlos mesa su barba enfurecido;  
 llora, y gimen también sus caballeros.  
 Veinte mil hombres sin sentido caen:  
 Naimés de grande piedad muéstrase lleno.

## CCVIII

Terrible es el dolor en Roncesvalles,  
 no hay un solo barón, no hay un soldado  
 que de piedad no lllore largamente.  
 Duélese de los hijos, los hermanos,  
 sobrinos, camaradas y señores;  
 caen por tierra muchos desmayados.  
 El duque Naimés, entonces, valeroso  
 habla el primero y dícele al rey Carlos:  
 «¿Veis, señor, á dos leguas de este sitio,  
 veis el polvo que elévase allí abajo,  
 de los grandes caminos? Es la inmensa  
 multitud del ejército pagano.  
 Cabalgad, mi señor, y vuestro duelo  
 vengad.» «Gran Dios—exclama Carlomagno—.  
 ¡Cuán lejos están ya!» «Justicia y honra,  
 señor, es lo que pido. Se han llevado  
 ellos la flor de nuestra dulce Francia.»  
 Ordena el rey, entonces, á Teobaldo  
 de Reims, á Gebouin, Milón, el conde,  
 y á Othon: «Partid, guardad todo este campo,  
 todos aquestos valles y montañas.

A los muertos, tendidos conservadlos;  
mas leones ni bestias se aproximen;  
ni tampoco escuderos, ni muchachos.  
Os prohibo que acérquese hombre alguno,  
hasta que Dios permita que volvamos.»  
Todos cuatro barones le replican  
dulcemente: «Rey justo y adorado,  
así lo hemos de hacer.» Con ellos quedan  
hasta mil caballeros de los francos.

## CCIX

Carlos manda se toquen los clarines;  
cabalga á la cabeza de su hueste;  
el rastro del infiel hallan los francos,  
y el seguimiento, férvidos, emprenden.  
Mas ve el rey que la noche se aproxima,  
y apéase en un prado herboso y verde;  
prostérnase y suplica al Señor santo  
que haga al sol en su marcha detenerse,  
á la noche esperar, crecer al día.  
Baja un ángel á Carlos, el que suele  
hablarle, y con premura así le ordena:  
«Cabalga, Carlos: el claror fulgente  
no te habrá de faltar. La flor de Francia  
perdiste; Dios lo sabe. Mas tú puedes  
vengarte ahora de la turba inicua.»  
Carlos lo escucha, á su caballo vuelve.

## CCX

Dios hizo por el rey un gran milagro;  
en los cielos el sol inmóvil queda.  
Huyen los sarracenos, los persiguen  
los franceses: alcance, al fin, les dieran  
en Val-Ténèbres: en lucha los rechazan  
á Zaragoza. Fieros les asestan  
rudos golpes, quitádoles la vida;  
les cortan los caminos y las sendas.  
Ante ellos discurre el río Ebro:  
el cauce es hondo y la corriente fiera.  
No hay un barco tan sólo, ni una balsa.  
El sarraceno, entonces, clama y ruega  
á Tervagant, á Apolo y á Mahoma  
que á prestarles ayuda, al punto, vengan.  
Se echan al río, y salvación no hallan.  
Los caballeros, porque mucho pesan,  
son llevados al fondo casi todos.  
A los demás el agua se los lleva.  
Los más afortunados ¡cuánta beben!  
Todos, todos, al cabo, allí se anegan.  
«Por vuestro mal visteis á Rolando  
—dicen los francos—, por desgracia vuestra.»

## CCXI

Cuando Carlos ve muertos los infieles,  
á todos, por el agua ó las heridas,  
cuando ve el gran botín de sus guerreros,  
del caballo descende y se reclina  
en tierra y rinde gracias á Dios santo.

Al tiempo en que se yergue, el sol no brilla.  
«De entregarnos al sueño es ya la hora:  
para emprender es tarde la partida.  
Están nuestros corceles agotados;  
libradles de los frenos y las sillas,  
permitid que en los prados se refresquen.»  
«Decís muy bien», los francos le replican.

## CCXII

Allí pone el gran rey su campamento.  
Entre el río y Valterne, todos se apean;  
á los caballos quítanles las sillas  
y los frenos dorados, y á la hierba  
mojada de los prados los conducen;  
más no pueden hacerlos. En la tierra  
cogen el sueño los que están cansados.  
No hace nadie esta noche centinela.

## CCXIII

En un prado acostóse Carlomagno;  
puso junto á la testa su gran lanza,  
pues no quiere tal noche desarmarse;  
vestida tiene una loriga blanca,  
de oro bordada, y enlazado el yelmo,  
de oro exornado, y cíñese la espada  
*Joyeuse*, que nunca tuvo semejante,  
que cada día treinta veces cambia  
de claridad. Ya oísteis muchas veces  
hablar de aquella lanza que pasara  
el costado, en la cruz, del Señor nuestro.

Su hierro el rey conserva, como gracia  
del Señor: incrustado está en el pomo  
de su acero: bondad y honra tamaña  
le dieron de *Joyeuse* el bello nombre:  
esto no han de olvidar las huestes francas:  
el grito de «*Monjoie*» de aquél sacaron,  
por ello nadie puede contrastarlas.

## CCXIV

La noche clara está, brilla la luna;  
Carlos se acuesta; de Roldán se duele,  
de Oliveros acuérdate angustiado,  
de los Pares y todos los franceses,  
que ensangrentados, muertos contemplara  
en Roncesvalles. Retener no puede  
el llanto y los sollozos. A Dios ruega  
salve sus almas. Laso el rey se siente,  
¡cuán grandes son sus penas! Agotado  
por ellas, Carlomagno, al fin se duerme.  
Todos los prados llenan los guerreros  
dormidos. Ni un corcel en pie se tiene;  
echado padece el que la hierba ansía.  
Quien conoce el dolor mucho aprendiere.

## CCXV

Por el dolor rendido, el rey se duerme.  
Dios manda á San Gabriel, con el encargo  
de que sirva de guarda al gran monarca.  
Pasó toda la noche el ángel santo  
junto al rey, y entre sueños, le predice



una gran lid que librarán los francos:  
de tal visión mostró el grave sentido.  
Al alto cielo mira Carlomagno,  
y observa heladas, truenos, huracanes,  
espantosas tormentas, preparados  
mira fuegos y llamas: de improviso  
sobre su gente todo se ha volcado.  
Arden las lanzas de pomar y fresno,  
se abrasan los escudos, exornados  
con bocas de oro, quíebanse las astas;  
las lorigas rechinan y los altos  
yelmos. ¡Cuánto dolor para las gentes  
del rey! Sobre ellos osos y leopardos,  
para hacerlos su presa y su comida,  
se arrojan, y unos monstruos como diablos,  
víboras y serpientes y dragones  
y más de treinta mil grifos airados.  
A los franceses todos precipítanse,  
y ellos claman: «¡Ayuda, ayuda, Carlos!»  
Siente el emperador piedad y angustia:  
quiere acudir: estórbalo un obstáculo:  
del fondo de una selva se abalanza  
sobre él un león feroz, airado,  
horrible; por el cuerpo al rey apresa;  
los dos luchan, cogidos por los brazos.  
¿Cuál vence? ¿Cuál sucumbe? No se sabe.  
El gran emperador no ha despertado.

## CCXVI

Tras este sueño, Carlos tiene otro.  
Sueña que en Aix, sobre una gradería,  
se halla, teniendo á un oso con cadena  
doble. Súbitamente se divisan  
otros treinta, que salen de los bosques

de las Ardenas. Hablan y se explican  
 cual hombres. «Devolvédnoslo—le dicen—;  
 retenerle más tiempo es injusticia.  
 Es nuestro padre, ayuda le debemos.»  
 Desde el palacio, entonces, se aproxima  
 corriendo un galgo, que, en la verde hierba,  
 sobre el oso mayor se precipita,  
 en medio de los otros. Ve el rey Carlos  
 maravillosa lucha. Y no adivina  
 cuál vence. Esto al barón le muestra el ángel.  
 Duerme el gran rey hasta el luciente día.

## CCXVII

Marsilio, huyendo, arriba á Zaragoza  
 Cabe un olivo, del corcel descende;  
 la espada entrega, el yelmo y la loriga;  
 triste, hace lecho de la hierba verde.  
 Perdió la diestra mano; tanta sangre  
 brota, que, al cabo, el rey se desvanece.  
 Ante él, Braminonde, su esposa, grita  
 y llora y se lamenta tiernamente.  
 Más de veinte mil hombres allí jùntanse;  
 todos á Francia y Carlos escarnecen.  
 Su dios Apolo se halla en una gruta:  
 sobre él se precipitan crudamente,  
 le denuestan, diciendo: «¡Eh! dios malvado,  
 ¿por qué nos causas deshonor cual éste?  
 ¿Por qué dejas confúndase al rey nuestro?  
 Mal pagas, mal, á los que sirven fieles.»  
 QUITAN al dios el cetro y la corona;  
 por las manos, de un poste le suspenden;  
 bajo sus plantas, échanle por tierra;  
 con bastones le tunden fieramente,  
 y dividen en trozos. Su carbunco

Tervagan en aquesta ocasión pierde.  
A Mahoma le arrojan en un foso,  
y en él le pisotean y le muerden  
los puercos y los perros. Nunca, nunca  
tal vergüenza los dioses padecieren.

## CCXVIII

El rey volvió, por fin, de su desmayo,  
y á su cámara dijo le llevasen,  
la cual adornan letras y colores.  
En lágrimas la reina se deshace,  
se arranca los cabellos, y repite:  
«¡Desgraciada!» Y después, más recio, añade:  
«¡Oh Zaragoza, mírote privada  
de tu señor y rey tan arrogante!  
Sí, nuestros dioses son unos felones:  
nos negaron su ayuda en el combate.  
Será el emir cobarde, si no lucha  
con esa raza de valor bastante  
para no preocuparse por su vida,  
con esa fiera gente.» ¡Qué coraje,  
cuánta temeridad en el monarca  
de la barba canosa! No ha de darse  
á la fuga jamás en la contienda.  
Gran pena es que no exista quien le mate.

## CCXIX

Carlos, por su poder, siete años plenos  
moró en España. Conquistó castillos  
y ciudades. El rey de los paganos

se mostró cuidadoso: sellar hizo  
cartas en que el socorro reclamaba  
de Baligant, que estaba en el Egipto,  
y era un emir anciano, muy anciano,  
que conociera á Homero y á Virgilio.  
Pidió á este gran señor que socorriese  
á Zaragoza, pues si no, de Cristo  
la ley recibiría sacrosanta,  
renunciando á sus dioses, á los ídolos  
que adoraba, y con Carlos pactaría.  
Mucho tiempo tardó, tardó muchísimo  
Baligant en saberlo, pues moraba  
tan lejos. A los pueblos mandó aviso  
de sus cuarenta reinos, convocándolos;  
hizo aprestar galeras y navíos  
de guerra, esquifes, naves. En el puerto  
de Alejandría húbolos reunido,  
y entrególos al mar, el mes de Mayo,  
en el día primero del estío.

## CCXX

¡Oh cuán grande es la flota del pagano!  
¡Oh qué bien marcha, muévase y gobierna!  
Faroles y carbunclos se divisan  
sobre los palos y las altas vergas;  
tal claridad aquéllos de sí arrojan,  
que está más bello el mar en noche plena.  
Al punto que le dan á España vista,  
todo el país iluminado queda.  
La noticia recibe el rey Marsilio:  
le dicen que el emir entró en su tierra,  
al frente de un ejército, cual nunca  
otro mejor habrá, y á su cabeza  
con aquél marchan diez y siete reyes.

Dios, la Paternidad santa proteja  
á Carlomagno: librará bien pronto  
una cruel descomunal contienda.

## CCXXI

No se detiene la pagana flota.  
Deja el mar, y penetra el agua dulce,  
detrás queda Marbrise, y Marbronse queda:  
toda la escuadra por el Ebro sube.  
Encima de las vergas y los mástiles  
¡qué de linternas y carbunclos lucen!  
Iluminan la noche. En aquel día  
en Zaragoza páranse los buques.

## CCXXII

Claro es el día, el sol es muy brillante.  
Baligant sus navíos abandona;  
Espanelis camina á su derecha;  
diez y siete monarcas son su escolta;  
los condes y los duques no se sabe  
cuántos son. De un laurel cabe la sombra,  
en medio un campo, tienden sobre el suelo  
albo tapiz de seda; en él colocan  
una ebúrnea butaca, do se sienta  
Baligant el pagano, en tanto forman  
en pie los suyos. Habla antes que nadie,  
y dice: «Oídme, gente valerosa,  
mis francos caballeros. El rey Carlos  
no llevará alimentos á su boca  
sin mi permiso. Me hace cruda guerra

en España: pues bien, á Francia hermosa  
quiero ir á atacarle, ni un momento  
me detendré en mi vida, hasta la hora  
en que le mire muerto ó so mis plantas.»  
Su guante diestro en la rodilla choca.

## CCXXIII

Baligant ratifica lo que ha dicho:  
por cuanto oro existe bajo el cielo,  
no dejará de ir á Aix, do Carlos  
tiene su corte. Aprueban tal acuerdo  
los paganos, y aun se lo aconsejan.  
Llama, entonces, á dos de sus guerreros,  
Clarifan y Clarien, y así les dice:  
«El rey Maltraïen fuera padre vuestro,  
y amigo de llevar las embajadas.  
Marchad á Zaragoza, yo lo quiero.  
Anunciad de mi parte al rey Marsilio  
que á socorrerle contra Carlos vengo:  
si á éste hallo, ¡qué lucha! Aqueste guante  
bordado de oro sobre el puño diestro  
colocadle, y también al rey Marsilio  
este bastón llevadle de oro hecho.  
Después que venga y présteme homenaje,  
á Francia contra Carlos iré presto.  
Si á mis pies no se tiende, y pide gracia,  
y á abandonar su fe se niega terco,  
le arrancaré al rey Carlos la corona.»  
Claman: «Bien dicho, bien» los sarracenos

## CCXXIV

«Y ahora, á los caballos, mis barones  
—dice el emir—; el uno el guante lleve  
y otro el bastón.» Responden los legados:  
«Caro señor, lo haremos de tal suerte.»  
Van tan raudos, que pronto á Zaragoza  
llegan; pasan diez puertas, cuatro puentes,  
las calles donde vive el vecindario.  
Cuando al lugar se acercan eminente  
de la ciudad, escuchan un gran ruido  
del lado del alcázar. Es de infieles  
una gran multitud, que llora y grita  
con gran dolor y de sus dioses quéjase  
Mahoma y Tervagan, y aun de Apolo,  
del que auxilio ninguno recibieren.  
«¿Qué será de nosotros? ¡Desgraciados!  
—claman—. El deshonor y el mal crueles  
nos afligen. Perdimos á Marsilio,  
á quien Roldán la diestra desprendiere.  
El blondo Jurfaleu perdió la vida.  
Toda España caerá en sus manos fuertes.»  
Llegan en este punto los legados,  
junto á la gradería ambos descenden.

## CCXXV

Los mensajeros dejan sus caballos  
de un olivo á la sombra. Por las riendas  
los toman los infieles. Recogidas  
sus capas, son llevados á la regia  
morada los legados, que saludan

cortésmente á Marsilio, cuando entran en su estancia, que cubre rica bóveda; con malvado saludo así se expresan: «Que Apolo, nuestro dueño, que Mahoma, nuestro señor, y Tervagan protejan al rey Marsilio y á su esposa guarden.» «¿Qué locura decís?—clama la reina—. No son mas que cobardes nuestros dioses que en Roncesvalles obra mala hicieran, dejaron perecer los nuestros todos; y faltaron al rey en la contienda do perdió el diestro puño, que Rolando, el conde poderoso, le partiera. Carlos tendrá bien pronto á toda España en su poder. ¡Ay, triste! ¡ay suerte adversa! ¿Qué porvenir me aguarda? ¡Ay, miserable! ¿Y no habrá alguno que matarme quiera?»

## CCXXVI

«No habléis tanto, señora—Clarien dice—. Somos los mensajeros del pagano Baligant, que salvar al rey afirma. He aquí el bastón y el guante que ha mandado. En el río tenemos cuatro miles de transportes, esquifes, buques rápidos, barcas, ¿quién contará nuestros navíos? Del emir el poder es extremado y los bienes. Irá á luchar á Francia con su rey. Quiere ver á Carlomagno pedir gracia á sus pies, ó si no, muerto.» «No irán tan bien las cosas. A los francos más cerca encontraréis—la reina dice—. En este suelo llevan siete años. Su rey es un varón osado y vero;



morir prefiere á abandonar el campo.  
Los reyes de la tierra cual chiquillos  
son para él: á nadie teme Carlos.»

## CCXXVII

«Todo aquesto dejad—dice Marsilio—.  
A mí, señores, es preciso hablarme.  
Veis mi angustia mortal. Hijo no tengo,  
ni hija, ni herederos. Ayer tarde  
uno solo que había lo mataron.  
Decid á mi señor que á visitarme  
venga. El tiene derechos sobre España;  
se la daré, si quiere. Que se encargue  
sólo de defenderla de los francos.  
Contra Carlos consejos puedo darle,  
quien quizá antes de un mes esté vencido.  
De Zaragoza le daréis las llaves  
y decidle que hará bien en creerme.»  
Responden ellos: «La verdad hablasteis.»

## CCXXVIII

«El rey francés mis hombres ha matado;  
puesto en ruina mi tierra—diz Marsilio—,  
violado y hecho piezas mis ciudades.  
Ahora, con los suyos, sobre el río  
acampa, á siete leguas de nosotros,  
que yo conté. Su ejército á este sitio  
conduzca Baligant y á los cristianos  
encontrará. Al emir así decidlo  
de mi parte, y que apréstese á la lucha,

que Carlomagno aceptará de fijo.»  
 De Zaragoza entrégales las llaves  
 el rey á los legados. Su permiso  
 le piden, le saludan reverentes.  
 Tras esto, los legados han partido.

## CCXXIX

Montaron á caballo, y prestamente,  
 los mensajeros la ciudad dejaron.  
 Al emir, admirados, se presentan,  
 y le entregan las llaves que portaban.  
 Diz Baligant: «Decidme lo que hallasteis.  
 ¿En dónde está Marsilio, al que os mandara?»  
 «Está herido de muerte—Clarien dice—.  
 Queriendo Carlos retornar á Francia  
 la dulce, ayer atravesó los puertos.  
 Por gran honra, de noble retaguardia  
 se hizo seguir, en ella iba Rolando,  
 sobrino suyo, al cual acompañaban  
 Oliveros, los Pares todos doce,  
 veinte mil caballeros. La batalla  
 les presentó Marsilio, varón fuerte.  
 Roldán y el rey se encuentran: con su espada  
 le da aquél á Marsilio un rudo golpe  
 y la mano derecha le separa.  
 Después mató á su hijo, bien querido,  
 y á todos los barones que llevaba.  
 Sostenerse no puede, huye Marsilio,  
 y Carlos le persigue sin tardanza.  
 Socorred á Marsilio, á vos lo implora,  
 y todo el reino os cederá de España.»  
 Queda el emir suspenso, y casi pierde  
 el juicio, ¡tal dolor punza su alma!

## CCXXX

«Señor—dice Clarien—, una contienda  
hubo ayer espantosa en Roncesvalles;  
murió en ella Roldán, murió Oliveros,  
y los que amaba el rey, los doce Pares.  
Murieron, además, veinte mil francos.  
Mas Marsilio sin diestra se quedare,  
y Carlos vivamente le ha seguido.  
No hubo caballeros que librasen:  
en esta tierra, ó muertos ó anegados  
todos han sido. Acampan en la margen  
del Ebro los franceses; de nosotros  
se encuentran bien cercanos, mas no obstante,  
si queréis, ha de ser su retirada  
para ellos fatal.» Al punto álzase  
Baligant de su asiento, la alegría  
en el pecho le bulle, y arrogante,  
fiera es su mirada. «Mis varones  
—exclama—, más retardos no embaracen.  
Los bajeles dejad, montad los brutos;  
si el viejo Carlomagno no escapare,  
hoy vengaré á Marsilio: del rey franco  
tendrá la testa, que su mano pague.»

## CCXXXI

Abandonan sus buques los infieles  
de Arabia, y en sus mulas y caballos  
montan, cabalgan. ¿Qué mejor hicieran?  
Cuando el emir contéplalos marchando,  
llama á su amigo Gemalfn, y dice:  
«Que conduzcas mi hueste yo te encargo.»

Baligant su corcel obscuro monta;  
 cuatro duques le van acompañando.  
 Sin detenerse, á Zaragoza llega.  
 Desciende Baligant de su caballo  
 al pie de una marmórea gradería.  
 Cuatro condes le ayudan, sujetando  
 el estribo. El emir remonta aquélla  
 hasta el alcázar. Braminonde, con raudó  
 andar, marcha á su encuentro, y así dice:  
 «¡Desgraciada! ¡Cuán misero mi estado!  
 ¡A mi señor perdí con gran deshonra!  
 ¡Le hirió de muerte y le afrentó Rolando!»  
 Cae á los pies del emir, quien la levanta.  
 En la cámara, tristes, entran ambos.

## CCXXXII

Apenas ve al emir el rey Marsilio,  
 llama á dos españoles sarracenos.  
 «Cogedme en brazos, levantadme», clama.  
 Toma, entonces, un guante en el siniestro  
 puño, y «Señor emir, mi tierra toda  
 —le dice—en este instante yo os entrego;  
 á Zaragoza y cuanto de ella pende.  
 Yo me perdí, también perdí á mi pueblo.»  
 Le responde el emir: «Duéleme mucho.  
 Me es imposible hablaros por más tiempo,  
 pues Carlos, bien lo sé, no ha de aguardarme;  
 mas sí la lúa que me dais acepto.»  
 Llorando su dolor, deja el palacio,  
 por las gradas de mármol descendiendo,  
 el emir; monta el bruto, lo espolea  
 con afán; raudó llégase á su ejército,  
 lanzando á cada poco aqueste grito:  
 «Huye el francés, avante, sarracenos.»

## CCXXXIII

Desde que el sol saliera, á la alborada,  
el rey Carlos el sueño ha sacudido;  
San Gabriel, á quien Dios le confiare,  
sobre él ha trazado el santo signo,  
llevándole la diestra. El rey se yergue  
y abandona sus armas. Asimismo  
todos su caballeros las dejaron.  
Montan en sus corceles, por caminos  
largos y largas rutas, prestamente,  
cabalgan. ¿A do van? A ver el sitio  
donde tuvo lugar la gran derrota,  
á Roncesvalles, do la lid se hizo.

## CCXXXIV

A Roncesvalles Carlomagno ha vuelto.  
Mirando los cadáveres, comienza  
triste á llorar. «Señores, id despacio,  
marchar ante vosotros yo quisiera,  
por ver si hallo á Roldán, sobrino mío.  
Un día, en Aix yo estando, en anua fiesta  
mis buenos escuderos se alababan  
de sus lides, sus hórridas contiendas,  
y yo escuché que de Roldán decían  
que si en suelo enemigo pereciera,  
se hallaría su cuerpo ante los cuerpos  
de sus hombres y Pares, y que vuelta  
al suelo extraño viérase su cara,  
que conquistando, en fin, la vida diera.»  
A un tiro de bastón ante los suyos  
va Carlos, á un montículo se eleva.

## CCXXXV

Buscando á su sobrino encuentra un prado  
el rey, lleno de hierbas y de flores,  
bermejas con la sangre de los suyos.  
Conmovióse y lloró Carlos entonces.  
Sube el rey á lo alto, so dos árboles;  
y del sobrino adivinó los golpes  
en tres pedruscos. En la hierba verde  
de Roldán el cadáver reconoce.  
No tanto se pasmó, como se aíra,  
desciende del corcel, rápido corre  
al cadáver, lo estrecha entre sus brazos,  
y sobre él, dolorido, desmayóse.

## CCXXXVI

Vuelve el emperador de su desmayo.  
Naines y el conde Acelin le han socorrido,  
con Thierry y con Geoffroy, hermano de éste.  
Toman al rey, lo apoyan contra un pino.  
Mira Carlos á tierra, ve el cadáver;  
dulcemente se queja: «Amigo mío,  
¡que Dios te haya otorgado su clemencia!  
Jamás entre los hombres parecido  
caballero se vió, que dispusiese  
y acabase combates tan magníficos.  
Ya mi gloria declina.» Se desmaya  
Carlomagno; evitarlo no ha podido.

## CCXXXVII

El rey Carlos volvió de su desmayo.  
 Cuatro de sus barones le sostienen  
 por las manos. Escruta el suelo y mira  
 á Roldán, que colores ya no tiene,  
 mas sí gallardo el aire. Extraviados  
 están sus ojos, nieblas los envuelven.  
 Así, con fe y amor, Carlos se queja:  
 «Roldán, amigo, que el Señor asiente  
 tu alma en santas flores, en el cielo,  
 con los santos. ¿Por qué preciso fuere  
 que vinieras á España? No habrá un día  
 en que por ti no sufra. En lo presente,  
 perdidos son mi gozo y fortaleza.  
 No habrá ya quien mi reino sostuviere;  
 bajo el cielo no tengo un solo amigo;  
 como él no hay quien valga en mis parientes.»  
 Con las manos arranca sus cabellos,  
 sobre el cadáver los sentidos pierde.  
 Cien mil francos gran pena entonces sufren.  
 Todos derraman lágrimas ardientes.

## CCXXXVIII

«Roldán, amigo, he de volverme á Francia,  
 y cuando en mi ciudad de Laon me halle,  
 y vengan hombres de distintos reinos  
 y «¿do está el conde capitán?» demanden,  
 yo les responderé: «Murió en España».  
 En gran dolor mi reino, en adelante,  
 se ha de ver, no es posible que ni un día  
 deje yo de gemir, ni lamentarme.»

## CCXXXIX

«Roldán, amigo, osado, joven, bello,  
 cuando en Aix yo me encuentre, en mi capilla,  
 muchos de ti me pedirán las nuevas;  
 las que dijere yo serán cruelsimas,  
 de gran dolor. Aquel que conquistara  
 tanta tierra, Roldán, perdió la vida.  
 Contra mí habrán de alzarse los sajones  
 búlgaros y otros pueblos, los de Hungría,  
 los de Roma, la Pulla, la Calabria,  
 y Califerne y el Africa y Sicilia.  
 Mis penas crecerán y mi tormento.  
 ¿Quién podrá conducir la hueste mía,  
 muerto aquel que iba siempre á su cabeza?  
 Mi dulce Francia huérfana se mira.  
 Yo no quisiera ser. ¡Tanto es mi duelo!  
 Con sus manos la barba martiriza,  
 se arranca los cabellos. Desmayados  
 cien mil franceses caen en la campiña.

## CCXL

«Roldán, amigo, feneció tu vida.  
 ¡More en el Paraíso la tu alma!  
 Aquel que te dió muerte ha deshonrado  
 nuestro dulce país. Tan extremada  
 es mi pena, que más vivir no ansío.  
 Por mí, muerta contéplase mi casa.  
 Quiera Dios, de la Virgen hijo santo,  
 que primero que llegue yo á la entrada  
 de los puertos de Cizre, del cuerpo mío



encuéntrese partida ya mi ánima,  
y se junte á las almas de los míos,  
y á su carne mi carne.» De su barba  
tira el emperador, lloran sus ojos.  
«El rey Carlos bien sufre», Naimés exclama.

## CCXLI

Dice Geoffroy de Anjou: «Señor rey nuestro,  
no dejas vencer por tanta angustia.  
Mandad buscar los nuestros en el campo,  
por los de España muertos en la lucha.  
A un osario mandad se los transporte.»  
«Vuestra trompa sonad», el rey murmura.

## CCXLII

Geoffroy tocó la trompa. Los franceses  
se apean, de su rey obedeciendo  
la orden. Los cadáveres que encuentran  
de sus amigos llevan al momento  
á un osario. De obispos y de abades  
hay una multitud en el ejército,  
y canónigos, monjes, tonsurados,  
que absuelven y bendicen á los muertos.  
Después, con todo amor, á los cadáveres  
los regalan con mirra y con incienso,  
que hacen quemar. Sepúltanlos con honra  
y los dejan. ¿Qué más hacer pudieron?

## CCXLIII

Los cuerpos de Rolando y Oliveros  
y Turpin custodiar Carlos ordena.  
Ante él manda abrirlos; se colocan  
sus corazones sobre rica seda;  
y luego en blancos féretros de mármol.  
Los tres cuerpos levantan de la tierra,  
y en cueros sepultáronlos de ciervo.  
A los tres guerreadores, con pimienta  
y con vino, primero, los lavaron.  
A Gebouin y Thitaud les encomienda  
Carlomagno y á Othon, marqués, y al conde  
Milon: «Los llevaréis en tres carretas.»  
Los cuerpos con esmero van tapados  
de Lajazzo con sábana sedaña.

## CCXLIV

Después que sepultara á sus barones,  
salvo los tres que á Blaye llevarse quiere,  
Carlomagno á partir se disponía,  
cuando de los paganos aparece  
la vanguardia. Sepáranse de ella  
dos mensajeros, que de aquesta suerte,  
en nombre del emir, nuncian la lucha:  
«Rey orgulloso, ya escapar no puedes.  
Sobre tus huellas Baligant cabalga;  
trae de la Arabia innumerables huestes:  
hoy se verá si tú eres denodado.»  
Mesa su barba el rey de los franceses,  
su dolor recordando y el desastre

que en Roncesvalles, en la lid, sufriere.  
Después, una mirada por su ejército  
fiera arroja, y con voz muy alta y fuerte  
así exclama: «¡A caballo, mis barones!  
¡Francos, al arma, al arma, á los corceles!»

## CCXLV

El primero en armarse es Carlomagno:  
con premura, se viste la loriga,  
ata el yelmo, *Joyeuse*, su espada, ciñe,  
que no menos que el sol relumbra y brilla.  
Cuelga al cuello un escudo de Gironda,  
su lanza hecha en Blandonne empuña aína,  
y monta en *Trecendur*, bruto excelente,  
que allá en los vados conquistado había  
de Marsonne, cuando al noble de Narbona  
llamado Malpalin quitó la vida.  
Le suelta el rey las riendas y le acucia.  
Treinta mil hombres galopar le miran.  
Ora á Nuestro Señor, ora al Apóstol  
de Roma. Esta plegaria concluída,  
no teme ser vencido. «La corona  
merece un hombre tal», los francos gritan.

## CCXLVI

Por todo el valle, apéanse los francos.  
Cien mil hombres arréanse y preparan.  
¡Cuán bien las armaduras les asientan!  
Los brutos son veloces, y las armas  
muy bellas. Tocan en los ricos yelmos

los gonfalones. Con destreza rara,  
suben en los corceles; si se topan  
con los paganos, cierta es la batalla.  
Mirando el rey tan bellos continentes,  
á Jossieran de la Provenza llama  
y de Mayenes á Anthelme y á Naimés, el duque:  
«¿Quién con tales soldados confianza  
no ha de tener? Sería gran locura  
desesperar. O ceden los de Arabia,  
ó caramente pagarán la vida  
de Roldán.» «Dios lo quiera», Naimés exclama.

## CCXLVII

Carlos á Guinemant así le dice,  
y á Rabel: «Yo deseo, mis barones,  
que ocupéis el lugar de mi sobrino  
y Oliveros. La espada el uno porte  
y el cuerno el otro. Al frente de mis tropas  
marchad; quince mil francos, todos jóvenes,  
os acompañen, de los más valientes.  
Con Gebouin y Laurent por conductores,  
otros quince mil francos detrás vayan.  
El conde Jossieran y Naimés disponen  
los dos cuerpos de ejército al instante.  
¡Qué gran batalla habrá, cuando se topen  
con el contrario! ¡Allí con las espadas  
cortadoras darán tremendos golpes!

## CCXLVIII

Estas son las columnas delanteras  
de los francos. Tras ellas marcha otra,

formada con varones de Baviera,  
treinta mil caballeros. De la rota  
no habrán estos de huir. Debajo el cielo,  
á ningún pueblo tanto el rey adora,  
excepto los franceses, de naciones  
conquistadores. Mandará estas tropas  
el conde Ogier, el danés, el valeroso.  
Es, en verdad, la compañía hermosa.

## CCXLIX

Ya tres cuerpos de ejército el rey tiene.  
El duque Naimés el cuarto constituye  
con ardidos varones de las marcas  
de Alemania. Según todos concluyen,  
son, por lo menos, veinte mil. Muy buenas  
son las armas y bestias que conducen.  
Primero morirán que retirarse  
de la batalla. Mándalos el duque  
de Tracia, Hermann: aqúeste antes la vida  
dará que de cobarde se le acuse.

## CCL

El duque Naimés y Josseran, el conde,  
con los normandos la columna quinta  
forman. Veinte mil hombres, según dicen  
todos, la constituyen. Buenas, ricas  
son las armas, veloces los caballos.  
Por no rendirse, entregarán la vida  
los normandos: no hay raza bajo el cielo  
que les iguale en mantener la liza.

Ricardo el viejo marcha á su cabeza;  
bien ha de herir su espada afiladísima.

## CCLI

Es de bretones la columna sexta;  
cuarenta mil serán los que la forman.  
En guisa de barones ellos marchan.  
Sobre las lanzas las enseñas flotan.  
Es Eudes su señor. Este á Teobaldo  
de Reims y á Othon por jefes les otorga  
y al conde Nivelon, y así les dice  
á los tres: «Conducid á la victoria  
á mi pueblo; os lo fío.» «Vuestras órdenes  
—responden— cumpliremos sin demora.»

## CCLII

Ya tiene seis columnas Carlomagno,  
y la séptima Naimés la constituye,  
con los señores de Poitou y de Auvernia;  
cuarenta mil guerreros tal vez sume.  
Los brutos buenos son, bellas las armas.  
Allí en un valle están, sobre una cumbre,  
los bendice el rey Carlos con la diestra:  
Josseran y Gaucelme á éstos conducen.

## CCLIII

El cuerpo octavo el duque Naimés lo forma  
con señores de Flandes y de Frisia:

serán cuarenta mil ó más guerreros.  
No, en verdad, dejarán éstos la liza.  
«Bien harán mi servicio», Carlomagno  
dijo. Raimbaud y Aimon el de Galicia  
llevarán al combate á aqueste cuerpo,  
conforme á la leal caballería.

## CCLIV

El duque Naimes formó el noveno cuerpo,  
por Josseran, el conde, secundado;  
lo forman borgoñones, loreneses.  
Bien pueden ser cincuenta mil. Atado  
llevan el yelmo, visten la loriga,  
ciñen espada, penden los doblados  
escudos de los cuellos. Corto el fuste  
es de las fuertes lanzas. Si el contrario  
la lid acepta, lucharán valientes.  
Thierry, duque de Argona, los va mandando.

## CCLV

Los señores de Francia constituyen  
la décima columna, los primeros  
capitanes franceses, cien mil hombres.  
Gallarda es su figura, bravo el gesto,  
gris la cabeza, albísima la barba.  
Visten dobles lorigas, sus aceros  
son de Francia ó de España, sus escudos  
por signos reconócense diversos.  
Hasta las uñas vístense con mallas,  
fuertes las lanzas son, duro su extremo.

Montan en los caballos y el combate  
 apellidan; «*Monjoiel*», claman. Con ellos  
 va Carlomagno. La oriflama porta  
 Geoffroy de Anjou, la cual, pues de San Pedro  
 era la enseña, se llamó Romana.  
 Mas ora de Monjoie el nombre dieron.

## CCLVI

Baja el emperador de su caballo,  
 y se prosterna sobre el césped verde;  
 luego torna los ojos al sol nuevo,  
 y así á Nuestro Señor ruega ferviente:  
 «Vera Paternidad, hoy sé mi guarda.  
 A Jonás Tú sacástele del vientre  
 de la ballena que húbole tragado;  
 Tú al monarca de Nínive y su gente,  
 con su ciudad entera, perdonaste;  
 por Ti libró Daniel de horrible muerte,  
 cuando á un foso le echaron con leones;  
 Tú en el horno voraz los tres donceles  
 preservaste. Tu amor hoy no me olvide  
 y tu bondad permita que yo venga,  
 si te place, á Rolando, mi sobrino.»  
 Carlos termina su oración, se yergue,  
 hace en su rostro el signo poderoso,  
 y monta al veloz bruto. Le sostiene  
 Jossieran el estribo y Naimés, el duque.  
 Ase la lanza cortadora, aprehende  
 el escudo. Su cuerpo es muy gallardo  
 y es apuesto y hermoso. El continente  
 bello es, su semblante claro brilla.  
 Avanza el rey; sobre el corcel se tiene  
 muy firme. Los clarines por delante  
 y por detrás resuenan; mas los vence



á todos y domina el son del cuerno.  
Por Roldán lloran todos los franceses.

## CCLVII

Cabalga gentilmente Carlomagno;  
su barba flota encima la loriga;  
por su amor, otro tanto todos hacen:  
este el signo será que los distinga.  
Pasan montañas, pasan altas rocas,  
valles profundos y terribles simas.  
Dejan los puertos y la tierra inculta,  
por la española Marca ya caminan,  
hacen alto en mitad de una llanura...  
Ve volver Baligant á sus espías,  
comunícale un sirio este mensaje:  
«Carlos, el orgulloso rey, arriba.  
No le habrán de faltar sus fieros hombres.  
Batalla habréis, armaos.» «Feliz noticia  
para los bravos—Baligant exclama—.  
El clarín á mis gentes se la diga.»

## CCLVIII

Por todo el campo entonces los tambores  
suenan, los cuernos, las trompetas claras;  
á armarse principiaron los paganos;  
no quiere Baligant que haya tardanza.  
Con bordados se viste una loriga;  
de oro y piedras cubierto, el yelmo enlaza;  
ciñe al lado siniestro el fuerte acero.  
Un nombre dió, en su orgullo, á aquesta espada

—imitando el que lleva la de Carlos, de la que oyerá hablar—. *Précieuse* se llama, y este nombre le sirve en el combate de grito, que repiten sus mesnadas.

Cuelga á su cuello un ancho, grande escudo: la bloca es de oro y sus orillas se hallan con piedras guarnecidas; la correa con un lienzo de seda está forrada, lleno de rosetones. Después ase Baligant á Malté, su fuerte lanza, cuyo fuste es tan grueso como un mazo, y cuyo solo hierro fuera carga bastante para un mulo. Después de esto, el emir Baligant al bruto salta.

Marcule, de allende el mar, tuvo el estribo.

Tiene el emir la horcajadura vasta; flancos gráciles, anchos los costados, pecho fuerte, figura torneada, hombros muy grandes, el semblante fiero, cabellos rizos y la vista clara;

él es tan blanco como flor de estío;

de su valor mil pruebas tiene dadas.

¡Oh Dios, qué buen varón, de ser cristiano!

Espolea al corcel, y brota y mana viva sangre del flanco de la bestia;

galopa Baligant, un foso pasa,

que unos cincuenta pies acaso mida.

«Bien sabrá defender éste sus Marcas.

El francés que luchar con él quisiera ha de morir, hiciere lo que haga

—claman los suyos—. Carlos es un loco al no cederle á Baligant la plaza.»

## CCLIX

Tiene el aire el emir de varón vero.  
Su barba es blanca como flor. Es hombre,  
entre todos los suyos, muy prudente,  
terrible y fiero muéstrase en el choque  
de la lucha. Malprime caballeresco  
es, grande y fuerte; en él se reconocen  
sus abuelos. «Señor, partamos—dice—.  
¿Veremos al rey Carlos?» «Sí—responde  
su padre Baligant—. Es un valiente,  
en muchas gestas se le rinde honores,  
mas no tiene á Roldán. Contra nosotros  
no habrá poder que sostenerle logre.»

## CCLX

«Gentil hijo Malprime, el buen vasallo  
Roldán ayer muriera en el combate,  
y con él Oliveros, el valiente,  
y, amados por su rey, los doce Pares,  
y veinte mil franceses asimismo.  
A los demás no aprecio en solo un guante.  
Carlos ha vuelto; el sirio, mi enviado,  
de esta noticia acaba de enterarme,  
y dice que ha formado diez columnas  
inmensas. El que toca en este instante  
el cuerno y el que toca la trompeta  
son dos bravos; cabalgan con donaire  
ante todos, les siguen quince miles  
de escuderos, que Carlos llama «infantes»,  
y otros quince mil van detrás de ellos,

que herirán fieramente.» Así á su padre le responde Malprime: «El primer golpe concededme, señor, tal gracia dadme.»

## CCLXI

«Gentil hijo Malprime, cuanto pidieréis, desde este punto, concedido queda; marchad, pues, á asaltar á los cristianos. Torleu vaya con vos, el rey de Persia, y Dapamort, de los *leutis* monarca. Si el orgullo de Carlos consiguierais matar y enmudecer á aquesa trompa, que con sonido vencedor resuena, de mi reino una parte os cedería, de Val-Marquis á Cheriant.» Malprime contesta: «Gracias, señor.» Retírase, y admite el don: del rey Fleuri fué aquesa tierra; no ha de verla Malprime, nunca en su mano la tendrá, ni investido será de ella.

## CCLXII

Cabalga Baligant entre sus tropas, Malprime, agigantado, va siguiéndolo, con Torleu y Dapamort. Parten en treinta grandes columnas el enorme ejército. ¡Tantos y tantos son los combatientes! El más débil de todos estos cuerpos lo integrarán cincuenta mil soldados. Gente de Butentrot forma el primero: de allí fué Judas, que vendió por oro á Dios. Componen el segundo cuerpo

los *misnes*, de gran cabeza, y de espinazo como el de jabalí de cerdas lleno. La tercera columna forman nubios y *blos*; la cuarta toda es de guerreros esclavones y *bruns*; forman la quinta los sorbres y los *sors*; moros y armenios la sexta constituyen, y la séptima hombres de Jericó; la octava, negros; la novena, los *gros*, y, en fin, la última, soldados de Balide-le-Forte, un pueblo que nunca quiso el bien. Jura con rabia el emir por la gloria y por el cuerpo de Mahoma: «Cual loco Carlomagno adelanta, al combate llegaremos, si él no lo rehusa, la corona de oro en su frente habrá de echar de menos.»

## CCLXIII

Más columnas disponen los paganos, otras diez. Constituyen la primera los cananeos, de Val-Fui venidos; la segunda los turcos, y los persas la siguiente. En la cuarta, con los últimos, marchan los *pinceneis*; la quinta integran avaros y *soltras*, y la siguiente los *ormalois* y *englis*; forman la séptima la gente de Samuel; la octava hombres de Prusia, y esclavones la novena; la última formóse con la gente venida de Occiant, raza proterva, que no sirve al Señor, de hombres más viles noticia no tendréis. Su piel es recia, cual hierro: cota y yelmo son ociosos; bravos, felones son en la contienda.

## CCLXIV

Otros diez cuerpos el emir dispuso.  
De Malprouse los gigantes ha ordenado  
en el primero; en el segundo, hunos;  
en el tercero, húngaros. El cuarto  
con gente de Baldise-le-Longue compone.  
A los de Val-Peineuse ha colocado  
en el quinto; en el sexto á los guerreros  
de Joie y Maruse. El séptimo los tracios  
y los *leus* constituyen; el siguiente  
los de Argoilles; el noveno los soldados  
de Clairbonne, y el postrero los barbudos  
de Val-Fonde, del Señor siempre contrarios.  
Tales, según las crónicas de Francia,  
son las treinta columnas del pagano.  
Grande es su hueste, do el clarín resuena.  
Avanzan los infieles como bravos.

## CCLXV

El emir—tan potente como rico—  
manda que su Dragón y el estandarte  
de Tervagan y de Mahoma vayan  
precediéndole, juntos con la imagen  
de Apolo, dios felón. En torno suyo,  
diez cananeos marchan. Con tonante  
voz, así dice: «Aquel que por los dioses  
quiera ser preservado, rece y guarde  
su ley, con sacrificio.» Los paganos  
bajaron las cabezas, los brillantes  
yelmos inclinan. Claman los franceses:

LA CANCIÓN DE ROLDÁN



«Os espera la muerte, miserables.  
¡Hoy sin honra y vencidos os miremos!  
Hoy al emperador quiera guardarle  
Nuestro Señor; que sea una victoria  
para el gran Carlomagno este combate.»

CCLXVI

El emir Baligant es hombre sabio;  
así dice á los reyes y á su hijo:  
«Señores, cabalgad ante mi ejército,  
conducir mis columnas os confío;  
yo, retendré tres cuerpos, los mejores:  
uno de turcos, otro constituido  
con *ormalois*, y el otro con gigantes  
de Malprouse. Guardarán los lados míos  
los de Occiant: con Carlos y sus francos  
lucharán. Y si aquél justa conmigo,  
le arrancaré del busto la cabeza:  
esto merece: téngalo entendido.»

CCLXVII

Grandes las huestes son, los batallones  
espléndidos. Ni monte, ni colina,  
ni un valle, ni una selva, un árbol solo  
no hay entre los contrarios, que les sirva  
para ocultarse. El campo es valle abierto,  
todos se ven. «A los caballos—grita  
Baligant—. Mis paganos, á la lucha.»  
Lleva Amboire d'Oliferne la enseña erguida.  
«¡*Précieusel*!», exclaman todos los paganos.

«Que hoy el Señor os pierda», les replican los francos. Una vez y otra claman: «¡*Monjoie! ¡Monjoie!*» con voces potentísimas. Manda Carlos resuenen los clarines, y la trompa que á todos los domina. Dice el infiel: «Gentiles son los francos. Terrible y ruda lid habrá este día.»

## CCLXVIII

Vasto es el llano y el país es vasto; grandes las huestes son allí juntadas. De los yelmos relumbra el oro y piedras, y brillan los escudos, y las lanzas con las señas al cabo, y las lorigas con bordados. Escúchanse las claras voces de las trompetas, y del cuerno el prolongado son. Entonces llama el emir á su hermano, que la tierra tiene hasta Valsevrée, siendo monarca de Floredée. Le muestra las columnas de Carlos, y le dice: «¿Veis de Francia, la loada, el orgullo, hermano mío Canabeu, y cómo Carlos fiero marcha? Sus guerreros barbudos le rodean: por la loriga extiéndese su barba, de tan blanco color que bien parece ser de nieve caída sobre escarcha. Tendremos una lid ruda y terrible; ellos bien hieren con espada y lanza; será un combate como nunca visto.» Entonces Baligant, á más distancia de un tiro de bastón adelantándose, esta arenga dirige á sus mesnadas: «¡Adelante, paganos, adelante!



Yo os mostraré el camino.» Blande el asta entonces el emir, revuelve el hierro, y hacia do está el rey Carlos amenaza.

## CCLXIX

Viendo al emir el rey de los franceses, sus señas, su Dragón y su estandarte; viendo que cubre toda la comarca el ejército inmenso de los árabes, fuera del sitio donde él se encuentra, alto exclama: «Soldados admirables sois, guerreros franceses. ¡Cuántas luchas no habéis librado! Ahora á los cobardes y felones paganos veis enfrente. Ni un dinero su ley ora les vale. Señores, muchos son, pero ¿qué importa? El que atacarlos quiera, en el instante sígame. Voy á ellos.» Pica Carlos al bruto: cuatro saltos da en el aire. «¡Oh, cuán bravo es el rey!—claman los francos—. Marchad, señor, no ha de faltaros nadie.»

## CCLXX

Es claro el día, el sol es refulgente. Bellos son los ejércitos y enormes. Las primeras columnas ya combaten. Rabel y Guinemant, entrambos condes, sueltan las riendas á sus raudos brutos, los espolean. Lánzanse al galope los francos; con sus lanzas cortadoras principian á asestar terribles golpes.

## CCLXXI

Rabel es un valiente caballero.  
Con las espuelas de oro pica al bruto  
y va á herir á Torleu, señor de Persia:  
no resisten el golpe ni el escudo  
ni la loriga, el hierro pasa el cuerpo.  
En una breña muerto cae, al punto,  
Torleu. «Dios nos ayude—clama el franco—  
No faltemos al rey, su pleito es justo.»

## CCLXXII

Al rey de los *leutis* ataca el conde  
Guinemant: el escudo le ha partido,  
con las flores pintadas, la loriga  
le hace jirones, le introduce íntegro  
el franco el gonfalon dentro del cuerpo.  
Llore ó se ría, el rey cae muerto, rígido.  
Viendo este golpe, los franceses claman:  
«Herid, herid, barones, presto, vivo;  
Carlos contra el infiel tiene el derecho.  
Este es de Dios el verdadero juicio.»

## CCLXXIII

Sobre un blanco corcel Malprime cabalga.  
Lánzase en medio del contrario ejército.  
El hiere y torna á herir con grandes golpes,  
sobre un muerto abatido cae otro muerto.

Exclama Baligant: «Oh, mis barones á quienes sustenté tan largo tiempo, ved cómo á Carlos busca el hijo mío, qué de guerreros reta. Yo no puedo amar mejor soldado. A socorrerle marchad de vuestras lanzas con el hierro.» Al oírlo, adelantan los paganos, dan fuertes golpes, rudo es el encuentro, maravilloso, eterno es el combate, ni antes ni después tuvo parejo.

## CCLXXIV

Las huestes son inmensas, son osadas las columnas, combátense ya todas.  
¡A maravilla hieren los paganos!  
¡Dios, qué de lanzas en dos trozos rotas!  
¡Cuánto escudo y loriga piezas hechos!  
De muertos erizada vese toda la tierra, está la hierba de los campos, süave y verde, por la sangre roja.  
Otra vez el emir llama á los suyos:  
«Herid á los cristianos, sin demora, barones míos.» La batalla es ruda;  
lid tan encarnizada y ardorosa  
ni antes ni después hubo. A los que lidian los podrá separar la muerte sola.

## CCLXXV

Llama á los suyos Baligant, y dice:  
«Vinisteis para herir, herid sañosos.  
De mí recibiréis bellas mujeres.

Yo os daré tierras, feudos y tesoros.»  
«Herir debemos», claman los paganos.  
Dando terribles golpes, pierden todos  
sus lanzas; en el punto se desnudan  
cien mil aceros. Rudo, doloroso  
es el combate. Los allí presentes  
vera batalla vieron con sus ojos.

## CCLXXVI

Carlos dice á los suyos: «Mis barones,  
en quienes yo confío, á quienes amo;  
por mí empeñado habéis tantas batallas,  
cogido reinos, reyes destronado.  
La soldada que os debo reconozco.  
Tierras, dinero, formen el salario,  
y aún mi cuerpo mismo; mas ahora  
vuestros hijos vengad, vuestros hermanos  
y herederos, que ayer en Roncesvalles  
murieran; no olvidéis contra el pagano  
que me asiste el derecho.» Los franceses  
responden: «Es verdad.» Tiene el rey Carlos  
con él veinte mil hombres, que le empeñan  
su fe, cual uno solo. A Carlomagno  
nunca abandonarán, ni ante la angustia  
ni la muerte. Sus lanzas, denodados,  
juegan, hieren después con los aceros.  
El combate de angustia está preñado.

## CCLXXVII

Malprime cabalga en medio la refriega,  
grande daño le ha hecho al enemigo;

el duque Naimés le mira fieramente,  
de un golpe vigoroso, atroz, le ha herido.  
El cuero del escudo y los bordados  
de la loriga arranca. El amarillo  
gonfalon introdúcele en el cuerpo.  
Entre otros setecientos le ha abatido.

## CCLXXVIII

Canabeu, hermano del emir, entonces,  
con las espuelas á su bruto hiere;  
de pomo de cristal, saca su espada,  
y al duque el yelmo, rápido, le hiende:  
destrozó una mitad, el filo agudo  
cinco lazos cortó, que lo retienen.  
El almofar al duque no preserva,  
la cofia hasta la carne rota vese:  
un jirón cae al suelo. Fué terrible  
el golpe, el duque confundido quédase;  
sin la ayuda de Dios caído hubiera;  
coge el cuello del bruto, y se sostiene:  
si el pagano le asesta un nuevo golpe,  
sin duda recibiera cruda muerte  
este noble vasallo. Mas entonces  
llega el emperador á socorrerle.

## CCLXXIX

¡Qué de angustias el duque está sufriendo!  
El pagano va á herirle sin demora.  
«Por vuestro mal le heristeis, miserable»,  
Carlos dice, y valiente, se le arroja.

Contra el pecho quebrántale el escudo,  
 junto á la barba, la loriga rota  
 quedó. Le pasa el cuerpo con su lanza  
 muerto cayó: la silla queda sola.

## CCLXXX

Muy grande fué el dolor de Carlomagno  
 al ver al duque herido y que la sangre  
 clara corría por la hierba verde.

Un buen consejo al duque entonces dale:  
 «Gentil Naimés, cabalgad aquí á mi lado.

El que os pusiera en riesgo, miserable,  
 murió. Mi lanza atravesóle el cuerpo.»

«Bien lo creo, señor; merced tan grande,  
 si vivo, he de pagaros», le responde

el duque. Marchan desde aquel instante,  
 por fe y amor, el uno junto al otro.

Van veinte mil franceses escoltándoles.

Todos ellos se arrojan á la lucha,  
 hieren, asestan golpes formidables.

## CCLXXXI

Cabalga Baligant por todo el campo:  
 su gran lanza cortante tiene al puño.

Al conde Guinemant raudo acomete,  
 contra el pecho le rompe el blanco escudo.

De la loriga rasga las perneras,

le parte los costados, y del bruto

veloz le abate, falto de la vida.

Mata á Laurent y Gebouin al punto;

luego á Ricardo el viejo, soberano  
de Normandía. «Acero, cual ninguno  
bravo, es *Précieuse*—exclaman los infieles—.  
Herid, tenemos defensor seguro.»

## CCLXXXII

¡Quién ver pudiera á los guerreros árabes,  
á los de Occiant, Argoilles y Bascle en lucha!  
Bien hieren, buenos botes dan de lanza;  
mas los francos del campo no se mudan.  
Muchos mueren de uno y otro lado,  
hasta la noche la batalla es ruda.  
Muchas pérdidas sufren los franceses.  
¡Cuánto dolor mientras la luz perdura!

## CCLXXXIII

Muy bien hieren los francos y los árabes.  
El hierro y la madera de las lanzas  
se parten. ¡Quién mirara tanto escudo  
roto! ¡Quién los crujidos escuchara  
de las blancas lorigas y los yelmos  
dar contra los escudos! En la llana  
quien mirase morir á los guerreros,  
dando bramidos de dolor, lograra  
saber lo que es un duelo semejante.  
Ruda de soportar es la batalla;  
el emir Baligant invoca á Apolo,  
Tervagan y Mahoma. Tal exclama:  
«Mucho y bien os serví, señores dioses.  
Imágenes prometo haceros áureas,

si ora me socorréis contra el rey Carlos.»  
Su amigo Gemalfin noticias malas  
le trae, se le presenta, y así dice:  
«Adversa es para vos esta jornada,  
señor. Habéis perdido á vuestro hijo,  
á vuestro hermano Canabeu mataran:  
dos francos venturosos los vencieron;  
pienso que uno fué Carlos, pues mostraba  
el aire de un marqués, su cuerpo enorme  
era y cual flor de Abril blanca su barba.»  
Entonces el emir inclina el yelmo,  
deja que el rostro sobre el pecho caiga;  
tan grande es su dolor, que cree morirse.  
A Jangleu de ultramar al punto llama.

## CCLXXXIV

«Jangleu, avanzad. Vos sois muy valeroso  
—dice el emir—, vuestro saber es grande.  
Siempre he seguido yo vuestros consejos.  
¿Qué os parecen los francos, qué los árabes?  
¿Quedaré por nosotros hoy el campo?»  
«Estáis muerto—aquél dícele al instante—;  
no os pueden defender ya vuestros dioses.  
Carlos es fiero, bravos y pujantes  
sus hombres. Nunca raza vi cual ésta  
para luchar. Llamad gigantes, árabes,  
turcos, *enfrons*, á los de Occiant, y al punto  
haced lo que precisa ejecutarse.»



## CCLXXXV

Su barba, blanca como flor de espino,  
deja el emir por fuera la loriga:  
no se podrá celar, llegue el que llegue;  
una clara trompeta al labio aplica,  
la toca con vigor, le oyen los suyos.  
Entonces, sobre el campo de la liza,  
junta sus fuerzas, los de Argoilles, cual perros  
ladran, los de Occiant braman, relinchan.  
Luego, cual locos, buscan á los francos.  
Adonde están los más se precipitan,  
rompen, parten en dos la franca hueste;  
en este ataque á siete mil derriban.

## CCLXXXVI

El conde Ogier no sabe qué es el miedo.  
Jamás mejor soldado revistióse  
loriga. Al ver las filas de los francos  
deshechas, llama á Jossesan, el conde,  
á Geoffroy y á Thierry, de Argona duque.  
Al rey fiero le dice: «A vuestros hombres  
contemplad cómo matan los paganos.  
No place á Dios que vuestra frente porte  
la corona ya más, si no dais ora,  
por vengar vuestro honor, muy rudos golpes.»  
Nadie ni una palabra ha respondido;  
mas todos espolean los veloces  
corceles, aflojándoles las riendas.  
Herirán al pagano do le topen.

## CCLXXXVII

Hiere muy bien allí Carlos el grande,  
 Ogier el danés y Naimés lo mismo hieren,  
 y Geoffroy, que la enseña del rey porta.  
 Al denuedo de Ogier ninguno vence.  
 Pica al corcel, aflójale las riendas,  
 y sobre aquel pagano que sostiene  
 el Dragón se abalanza, de tal arte,  
 que á un tiempo mismo por el suelo tiende  
 el Dragón y la enseña. Cuando mira  
 Baligant derribado de tal suerte  
 su gonfalon y mira de Mahoma  
 el estandarte que guardián no tiene,  
 comienza á ver que á Carlos el derecho  
 y la injusticia á él le pertenece.  
 Los paganos de Arabia menos bravos  
 se muestran. Carlos llama á sus franceses:  
 «Contestadme, por Dios, barones míos,  
 ¿me ayudaréis?» Responden prestamente:  
 «Preguntarlo es injuria: el que no hiera  
 de todo corazón, ¡maldito fuere!»

## CCLXXXVIII

El día pasa, el véspero se llega;  
 juegan sus armas francos y paganos.  
 Aquellos que las huestes condujeron  
 á la lid son ardidos, no olvidaron  
 los gritos de armas. El emir repite:  
 «¡Précieusel» «¡Monjoiel», repite Carlomagno.

Conócense uno á otro por las voces  
claras, sonoras. En mitad del campo  
tópanse. El uno sobre el otro lánzase  
y tremebundos golpes se dan ambos.  
Golpean con las lanzas los escudos  
de rosetones, pártelos por bajo  
de la bloca espaciosa, y las perneras  
de la loriga dejan en pedazos.  
Mas al cuerpo no hiere el rudo golpe.  
Rasgáronse las cinchas y saltaron  
las sillas de los brutos; los dos reyes  
caen por el suelo; se levantan raudos,  
y ardidamente sacan las espadas.  
No podrá terminarse este extremado  
duelo, no tendrá fin sin que la muerte  
encuentre un hombre sobre el mismo campo.

## CCLXXXIX

Es un rey bravo el de la dulce Francia;  
mas no le teme Baligant, ni ceja.  
«Tú á mi hijo has matado—aqueste dice—  
y has invadido, sin razón, mi tierra;  
sé mi vasallo, y la tendrás en feudo.»  
Con las espadas nudas en las diestras,  
fieros golpes se dan en los escudos:  
el cuero desgarróse y la madera,  
que era doble, cayéronse los clavos,  
las bocas se quedaron piezas hechas.  
Cuerpo á cuerpo, golpean las lorigas;  
los claros yelmos vívidos flamean.  
Así no puede terminar el duelo,  
sin que uno su injusticia admita plena.

## CCXC

«Piénsalo, Carlos, bien—Baligant dice—  
 y el perdón te decide á demandarme.  
 Yo sé que tú mataste al hijo mío;  
 que quieres, sin razón, arrebatarme  
 mi tierra. En feudo yo te la concedo,  
 sé mi vasallo desde aquí á Levante.»  
 «Fuera gran deshonor—le grita Carlos—;  
 paz ni amor á un infiel no habré de darle;  
 recibe tú la ley que Dios nos diera;  
 hazte cristiano, y te amaré, al instante,  
 si tú sirves al rey omnipotente,  
 si crees.» «Son las palabras que me hablaste  
 bien torpes—dice aquél—. Morir prefiero  
 de la espada so el filo penetrante.»

## CCXCI

Dotado está el emir de fuerza enorme.  
 Hiere al emperador en el bruñido  
 yelmo y sobre la testa lo destroza;  
 la espada en los cabellos se hace sitio,  
 y lleva de la carne más de un palmo:  
 el hueso denudado allí se ha visto.  
 Vacila Carlos, de caer á punto;  
 mas no le quiere muerto ni vencido  
 Nuestro Señor. Desciende allí á su lado  
 San Gabriel: «¿Qué haces tú, gran rey?», le ha dicho.

## CCXCII

Escuchando del ángel la voz santa,  
cobró Carlos valor, morir no teme;  
la fuerza y los sentidos le retornan;  
al emir con su acero franco hiere;  
le rompe el yelmo, que ornan pedrerías,  
le parte la cabeza, libres vense  
los sesos, en dos trozos el semblante,  
hasta la barba, encanecida, hiende.  
Le abate muerto, sin remedio alguno.  
Luego, para que puedan conocerle,  
clama: «¡*Monjoie!*» Se acerca al escucharlo  
el duque Naimés: á *Trecendur* aprehende,  
y allí mismo el monarca otra vez monta.  
A la fuga se han dado los infieles;  
no quiso Dios tuviéranse más tiempo;  
lo que pedían logran los franceses.

## CCXCIII

Dios lo ha querido, huyeron los paganos.  
Carlos y sus franceses los persiguen.  
«Consolad vuestros pechos, vuestras ansias  
satisfaced, vengad lo que sufristeis  
—clama el rey—: hoy he visto á vuestros ojos  
llorar.» «Preciso es», los francos dicen.  
Todos dan fuertes golpes, según pueden.  
De los que huyen bien pocos serán libres.

## CCXCIV

Muy grande es el calor, el polvo se alza.  
A los paganos que huyen, muy de cerca  
los siguen los franceses. Este alcance  
dura hasta Zaragoza. Está la reina  
Braminonde de su torre en lo más alto.  
Canónigos y clérigos la cercan:  
son de la ley malvada que aborrece  
el Señor, tonsuradas sus cabezas  
no están, ni tienen órdenes algunas.  
Ve de los suyos Braminonde la pérdida,  
al rey Marsilio corre, y esto avisa:  
«Vencida ha sido, oh rey, la gente nuestra;  
con deshonra el emir ha sido muerto.»  
Lo oye, hacia el muro tórnase, se cela  
la faz, lloran sus ojos, y al fin, muere  
Marsilio de dolor. Como se encuentra  
so el peso del pecado, los vivaces  
demonios de su alma se apoderan.

## CCXCV

Muertos ó en fuga se hallan los paganos;  
Carlos venció en la lid. De Zaragoza  
la puerta está abatida. Más defensa  
no ha de hacer la ciudad; él no lo ignora;  
la ocupa con su ejército triunfante,  
que, por fuerza, esta noche allí reposa.  
Fiero está nuestro rey de blanca barba.  
Braminonde le entregó las llaves todas,  
diez grandes y cincuenta más pequeñas.  
¡Trabaja bien aquel que Dios conforta!

## -CCXCVI-

Finó el día, la noche aparecióse;  
la luna es clara, brillan los luceros;  
Carlomagno es señor de Zaragoza.  
Mil francos, sus mandatos atendiendo,  
recorren la ciudad, en las mezquitas  
y sinagogas entran; con los hierros  
de mazos y hachas hacen mil pedazos  
á Mahoma y los ídolos. Ni restos  
quedan de falsedad y brujería.  
En Dios cree Carlomagno, y su deseo  
es servirle; bendicen los obispos  
el agua; traen al santo baptisterio  
á los paganos. Si el querer de Carlos  
alguno rehusare, será muerto,  
suspendido ó quemado. De esta forma,  
más de cien mil el agua recibieron:  
veros cristianos son de aquesta suerte;  
pero la reina no, que en cautiverio  
fué á Francia dulce: quiere convertirla  
por amor Carlomagno, éste es su anhelo.

## CCXCVII

Pasa la noche, viene el claro día,  
de la ciudad guarnece Carlomagno  
las torres; que por él la guarden fieles  
manda á mil caballeros esforzados.  
Sube en su bruto, y síguenle sus hombres,  
á Braminonde, cautiva, transportando:  
hacerle bien tan sólo el rey desea.

Henchidos de alegría, enajenados  
de orgulloso placer van los franceses;  
violentos, por Narbona atravesaron.  
Llega el rey á Burdeos, ciudad grande,  
y allí su trompa deposita Carlos,  
llena de oro y de escudos, sobre el rico  
altar de Severino, el varón santo;  
los romeros allí pueden aun verla.  
Pasa el Gironda el rey en grandes barcos;  
el cuerpo de Roldán á Blaye conduce  
y el del noble Oliveros y el del sabio  
y valiente Turpin. Los tres señores  
depositaron en sepulcros blancos,  
en Saint-Romain, do yacen todavía.  
A Dios, por vez postrera, y á los santos  
nombres los encomiendan los franceses.  
Por valles y por montes levantados  
el rey cabalga, y llega, sin pararse,  
á Aix; en su escalinata ha desmontado.  
No bien llega á su alcázar altanero,  
llama á sus jueces, loreneses, bávaros,  
sajones, borgoñones, alemanes,  
frisonos, potevinos y normandos  
y bretones, de Francia los mejores.  
De Ganelón la causa ha comenzado.



*El castigo de Ganelón*

## CCXCVIII

De España ha retornado Carlomagno:  
viene á Aix, la mejor ciudad de Francia;  
sube al palacio, en el salón penetra.  
Acércasele Alda, hermosa dama,  
y dice al rey: «¿En dónde está Rolando,  
el capitán, que por mujer jurara  
tomarme?» El rey, henchido de amargura,  
de dolor, llora y mésase la barba.  
Así responde: «Me pedís las nuevas  
de un hombre muerto, amiga, cara hermana,  
yo sabré reemplazarle: á Luis, mi hijo,  
os daré, ¿quién mejor? El de mis Marcas  
será dueño.» Alda, bella, le responde:  
«Lo que decís extraño. A Dios no plazca,  
ni á sus santos, ni ángeles, que, muerto  
Rolando, viva yo.» Le desampara  
el color, y á los pies de Carlomagno  
cae; sin vida se encuentra. De su alma  
piedad tenga el Señor. Los caballeros  
francos su muerte lloran lastimada.

## CCXCIX

Alda, bella, marchó á su acabamiento.  
Su muerte por desmayo Carlos toma.  
Siente grande piedad, llanto derrama.

Por las manos la coge, la incorpora:  
 mas su cabeza cae sobre los hombros.  
 Cuando, por fin, el rey muerta la nota,  
 llama á cuatro condesas, y les manda  
 que á un monasterio llévenla de monjas  
 y velen su cadáver hasta el día.  
 Después de esto, con grande ceremonia,  
 junto á un altar sepulcro se le ha dado.  
 El rey todo lo hizo con gran honra.

## CCC

En Aix se encuentra Carlos de regreso:  
 Ganelón aherrojado está, el vil conde.  
 En la ciudad, delante del palacio,  
 dos siervos amarráronle en un poste.  
 Con correas de piel de ciervo le atan  
 las manos, le apalean con bastones  
 y yugos. No merece otra soldada;  
 y así el proceso aguarda entre dolores.

## CCCI

Dice la antigua gesta que el rey Carlos  
 llamó á hombres de todos sus dominios,  
 que de Aix en la capilla se reunieron.  
 Fué una gran fiesta, un día fué magnífico,  
 fué el del santo Silvestre, según dicen.  
 Dió comienzo la causa del que hizo  
 la gran traición, de quien tendréis las nuevas.  
 Que ante él lo conduzcan Carlo ha dicho.

## CCCII

«Señores—el rey dice—, mis barones,  
juzgadme á Ganelón según derecho.  
El conmigo, en mi hueste, fuera á España;  
él me robó á cien mil de mis guerreros;  
á Roldán, que jamás veréis ya, nunca,  
y á su cortés y bravo compañero:  
por el oro vendió á los doce Pares.»  
«Verdad es—dice el conde—; si lo niego,  
maldito sea. Mas Roldán perjuicio  
grande me hizo en oro y en dinero.  
Su pérdida busqué, quise su muerte,  
por esta causa. Mas rechazo que esto  
constituya traición.» Y le replican  
los franceses: «Tendremos el Consejo.»

## CCCIII

Allí está Ganelón, de pie ante Carlos;  
tiene el cuerpo gentil y el rostro tiene  
bien colorado; si leal él fuera,  
de barón su semblante pareciere.  
Mira en redor, y ve á sus juzgadores  
y á los francos. Con él treinta parientes  
se hallan. La voz eleva, y así clama:  
«Por Dios, oid, barones. Yo en la hueste  
de Carlomagno estaba, y le servía  
con fe y amor, cuando Rolando siente  
por mí un odio mortal, y me condena  
á morir, á pasar muy cruda muerte.  
Fuí de legado junto al rey Marsilio,

y si escapé, á mi maña se debiere.  
Desafié á Roldán, el esforzado,  
y á Oliveros y á todos sus valientes  
camaradas. El rey y estos señores  
del desafio los testigos fueren.  
No fué traición aquesto, fué venganza.»  
«¡Al Consejo!», responden los franceses.

## CCCIV

Cuando ve Ganelón que su proceso  
va á comenzar, á sus parientes hace  
reunirse: á los demás uno domina,  
llamado Pinabel, que hablar bien sabe  
y explicar sus razones; las sus armas  
defiende gentilmente en el combate.  
Le dice Ganelón al castellano  
de Sorence, Pinabel: «Vos arrancadme  
de la deshonra y de la muerte: sólo  
en vos yo fío.» Aquél dice, al instante:  
«Tendréis un defensor. Al primer franco  
que os condene prometo, cuando me halle  
luchando junto á él, do Carlos nuestro  
nos hiciere batirnos, que he de darle  
un mentís con el hierro de mi espada.»  
El conde Ganelón á sus pies cae.

## CCCV

Los bávaros entraron al Consejo,  
con los sajones, francos, potevinos  
y normandos; los *thiois* y los alemanes

en gran número están. Los más benignos,  
los menos irritados, son de Auvernia  
los barones: calmarlos ha podido  
Pinabel. Entre sí: «Dejemos—dicen—  
esto; el proceso déjese, y unidos  
le pidamos al rey que haga esta gracia  
á Ganelón, que con amor, sumiso,  
le servirá desde hoy. Roldán ha muerto,  
ya nunca le veréis. Oro, crecido  
caudal, no logrará que á vos retorne.  
Grande locura fuera un desafío.»  
Salvo el hermano de Geoffroy, nombrado  
Thierry, todos se muestran convencidos.

## CCCVI

A Carlomagno tornan los barones.  
«Señor, os imploramos—así dicen—  
que al conde Ganelón tengáis por quito.  
De hoy más veréis que con amor os sirve.  
Dejad que viva; cierto, es gentil hombre.  
Roldán murió, tornarle es imposible  
por todo el oro, nunca lo veremos.»  
«No sois mas que felones», el rey dice.

## CCCVII

Viendo el rey que le faltan todos ellos,  
inclina la cabeza, y abrumado  
de dolor, á sí propio infeliz llama.  
Se adelanta un guerrero: Thierry, hermano  
es de Geoffroy de Anjou. Gentil y grácil

tiene el cuerpo Thierry, esbelto y magro;  
 es de negros cabellos y ojos brunos;  
 no es de gran estatura, ni muy bajo.  
 Así le dice al rey, con cortesía:  
 «No os desoléis, señor, noble y gallardo  
 no ignoráis que fielmente os he servido  
 y que debo entender, pues alcanzaron  
 tal derecho los míos, en la causa.  
 Sea cual fuere la culpa de Rolando  
 respecto á Ganelón, vuestro servicio  
 debió valer de protección y amparo.  
 A Roldán traicionó el cobarde conde.  
 En mal trance metióse perjurando,  
 ante vos. A morir yo le condeno  
 en la horca, y después sea arrojado  
 á los canes su cuerpo. Tal castigo  
 se le dé, cual traidor. Si algún cercano  
 pariente suyo intenta desmentirme,  
 con la espada que cifo á mi costado  
 estoy dispuesto á sostener mi juicio.»  
 «Ahora hablasteis bien», dicen los francos.

## CCCVIII

Pinabel hacia Carlos se adelanta.  
 Es grande, fuerte, rápido y ardido;  
 muere aquel que recibe un golpe suyo.  
 «Este es vuestro Consejo—al rey le dijo—.  
 Mandad, señor, que cese este tumulto.  
 Thierry concluye de enunciar su juicio:  
 yo le desmiento, y combatirle quiero.»  
 El guante de la diestra, a questo dicho,  
 pone en el puño de Thierry. El monarca  
 «Bien—dice—, mas rehenes necesito.»  
 Treinta parientes de caución le sirven

á Pinabel. «Rehenes asimismo  
yo daré», dice el rey. A aquellos treinta  
guarda hasta ver el pleito concluído.

## CCCIX

Thierry, viendo ya próxima la lucha,  
á Carlos le presenta el diestro guante.  
Carlos por él suministró rehenes;  
y cuatro bancos que se pongan hace,  
do se sientan los bravos luchadores;  
que el pleito es regular todos juzgaren.  
Ogier lo reguló. Los contendientes  
piden armas y brutos de combate.

## CCCX

Pinabel y Thierry se confesaron,  
dispuestos ya á la lid, y recibieran  
perdón y bendición, oyen la misa  
y comulgan, y dejan para iglesias  
grandes limosnas. Vuelven ante Carlos;  
y en los pies se calzaron las espuelas;  
luego, se visten sus lorigas blancas,  
fuertes y leves, y atan en la testa  
los claros yelmos; las espadas ciñen,  
de puño de oro; los escudos cuelgan,  
partidos en cuarteles, á los cuellos;  
asen la aguda lanza con la diestra,  
y en los brutos veloces ambos montan.  
Cien mil guerreros lloran y demuestran,  
por Roldán, de Thierry piedad muy grande.  
Sólo Dios sabe el fin de la contienda.

## CCCXI

Al pie de Aix se extiende una llanura  
muy vasta. Ambos barones allí lidian.  
Valientes son los dos, su rabia es grande.  
Veloces sus caballos se aproximan,  
los espolean, suéltanles las riendas;  
todo el vigor juntando, herirse ansían.  
Rajan, parten en piezas los escudos,  
desgarran las lorigas y las cinchas.  
Las monturas se vuelcan, caen los bravos.  
Lloran cien mil guerreros que los miran.

## CCCXII

Fueron á tierra entrambos caballeros:  
sobre las plantas pronto se han erguido.  
Es fuerte Pinabel, ligero, rápido.  
Brutos no tienen ya. Se buscan, vivos,  
con las espadas, de arriaces de oro,  
golpean en los yelmos de continuo.  
Rudos golpes les dan, para quebrarlos.  
Los guerreros franceses, afligidos,  
se lamentan muy mucho. Carlos clama:  
«Oh Dios, do está el derecho descubridnos.»

## CCCXIII

Exclama Pinabel: «Thierry, desdícete.  
En tu vasallo fiel me constituye;



toma de mis tesoros cuanto quieras;  
pero consigue tú que el rey reanude  
su amistad con el conde.» «Ni pensarlo  
quiero—Thierry replícale—. Me abrumo  
el deshonor si acepto. Entre nosotros  
el Señor, nuestro Dios, hoy se pronuncie.»

## CCCXIV

«Tú eres, Pinabel, un varón vero  
—dice Thierry—, tú eres fuerte y grande.  
Tu cuerpo es modelado, te conocen  
por tu mucho desnudo tus iguales.  
Deja la lid, te amistaré con Carlos.  
En Ganelón habrá de ejecutarse  
tal justicia que nunca más se oiga  
de él hablar.» «Al Señor esto no place  
—responde Pinabel—. A mis parientes  
yo quiero defender; nunca delante  
de hombre mortal recularé. Primero  
morir que hacerme digno de este ultraje.»  
Recomienzan entrambos en los yelmos,  
exornados con oro, á golpearse  
con las espadas; brota fuego vivo,  
que llega al cielo. Es cosa irrealizable  
poderlos separar: aqúeste duelo,  
sin una muerte no podrá acabarse.

## CCCXV

Pinabel de Sorence es hombre bravo.  
En el escudo provenzal ha herido

á Thierry, brota el fuego: arde la hierba.  
La punta de su acero á su enemigo  
presenta; y le divide todo el yelmo  
sobre la frente, en medio ha descendido  
del rostro; está sangrienta la mejilla  
diestra, y se halla en jirones, hasta el sitio  
que toca el vientre, la loriga. Guarda  
el Señor á Thierry: sacólo vivo.

## CCCXVI

Ve Thierry que en el rostro está llagado;  
por la herbosa pradera va la sangre.  
Hiere al contrario en el bruñido yelmo,  
y, hasta el nasal, en dos porciones parte.  
Los sesos se esparcieron por la tierra.  
Con su acero, Thierry muerto lo abate.  
Este golpe termina la batalla.  
«Un milagro hizo Dios. Colgado acabe  
Ganelón, justo es—claman los francos—,  
y aquellos que por él se pronunciaren.»

## CCCXVII

Es Thierry vencedor. Llega el rey Carlos:  
cuatro de sus barones le acompañan.  
Son Guillermo de Blaye y Naines, el duque,  
Geoffroy d'Anjou y Ogier de Dinamarca.  
A Thierry toma el rey entre los brazos,  
y con su grande y rica piel de marta  
le enjuga el rostro, y luego se la pone  
encima de los hombros: el monarca

se viste otra. Lenta y suavemente,  
al caballero triunfador desarman.  
En una mula arábiga le montan;  
así vuelve el barón, gozosa su alma.  
Arriba á Aix, desciende do el suplicio  
del traidor y los suyos se prepara.

## CCCXVIII

Carlos llama á sus condes y á sus duques.  
«Decidme, ¿qué he de hacer con los rehenes  
que guardo, que vinieron al proceso  
por Ganelón y de caución sirvieren  
á Pinabel?» «Que mueran, mueran todos»,  
claman los franços. Carlos á un teniente  
suyo llama, Basbrun. «A aquese árbol  
maldecido—le dice—á todos cuelguen.  
Por esta barba de canoso pelo,  
si uno escapa, ¡ay de ti! tendrás la muerte.»  
«¿Algo más debo hacer?», Basbrun responde.  
Con cien siervos lleva violentamente  
á los treinta, que pronto están ahorcados.  
Así el felón perdióse y sus parientes.

## CCCXIX

Los bávaros se fueron y alemanes,  
potevinos, bretones y normandos.  
Aún más que los restantes, los franceses  
piensan que en un suplicio extraordinario  
Ganelón morir debe. Cuatro brutos  
se hacen adelantar. Atan las manos

y los pies al traidor. Son muy veloces  
los brutos, y salvajes. Encargados  
de dirigirlos marchan sendos siervos  
delante de ellos. En mitad del campo  
distinguese á una yegua. ¡Á qué espantoso  
fin Ganelón se encuentra destinado!  
Cruelmente distendidos son sus nervios;  
y los miembros del tronco separados.  
La clara sangre por la hierba verde  
arroyos forma. Muere cual bellaco,  
cobardemente, Ganelón. No es justo  
que al traidor alabarse le sea dado.

## CCCXX

El rey, ejecutado ya el castigo,  
á los obispos alemanes llama,  
bávaros y franceses, y les dice:  
«En mi palacio guardo una preciada  
cautiva; ejemplos buenos y sermones  
ya ha escuchado, desea ser cristiana,  
creer en Dios. Yo os mando que el bautismo  
le administréis, para que Dios su alma  
salve.» «Lo haremos—los obispos dicen—.  
Señalad por madrinas nobles damas.»  
Gran multitud congregase en los baños  
de Aix, do con el nombre de Juliana  
bautízase á la reina. Ha recibido  
la ley de Cristo, libre de ignorancia.

FIN DE LA CANCIÓN

## CCCXXI

Quando ya la justicia estuvo hecha  
y calmada de Carlos la gran ira,  
cuando por él la reina era cristiana  
y, puesto el sol, la noche era venida,  
se acostó de su estancia so la cúpula  
el rey Carlos. Cumpliendo orden divina,  
así le dice San Gabriel: «Reúne  
de tu Imperio las fuerzas en seguida,  
ve á la tierra de Bire, ve raudamente,  
y, en Imphe, al rey Vivien, Carlos, auxilia.  
Ve á la ciudad que cercan los paganos,  
á donde te reclaman y apellidan  
los cristianos.» El rey de buena gana  
quisiera no emprender esta partida.  
«Dios—clama de esta suerte—, cuán penosa  
mi vida es.» Su barba martiriza,  
su blanca barba, y llora de sus ojos...

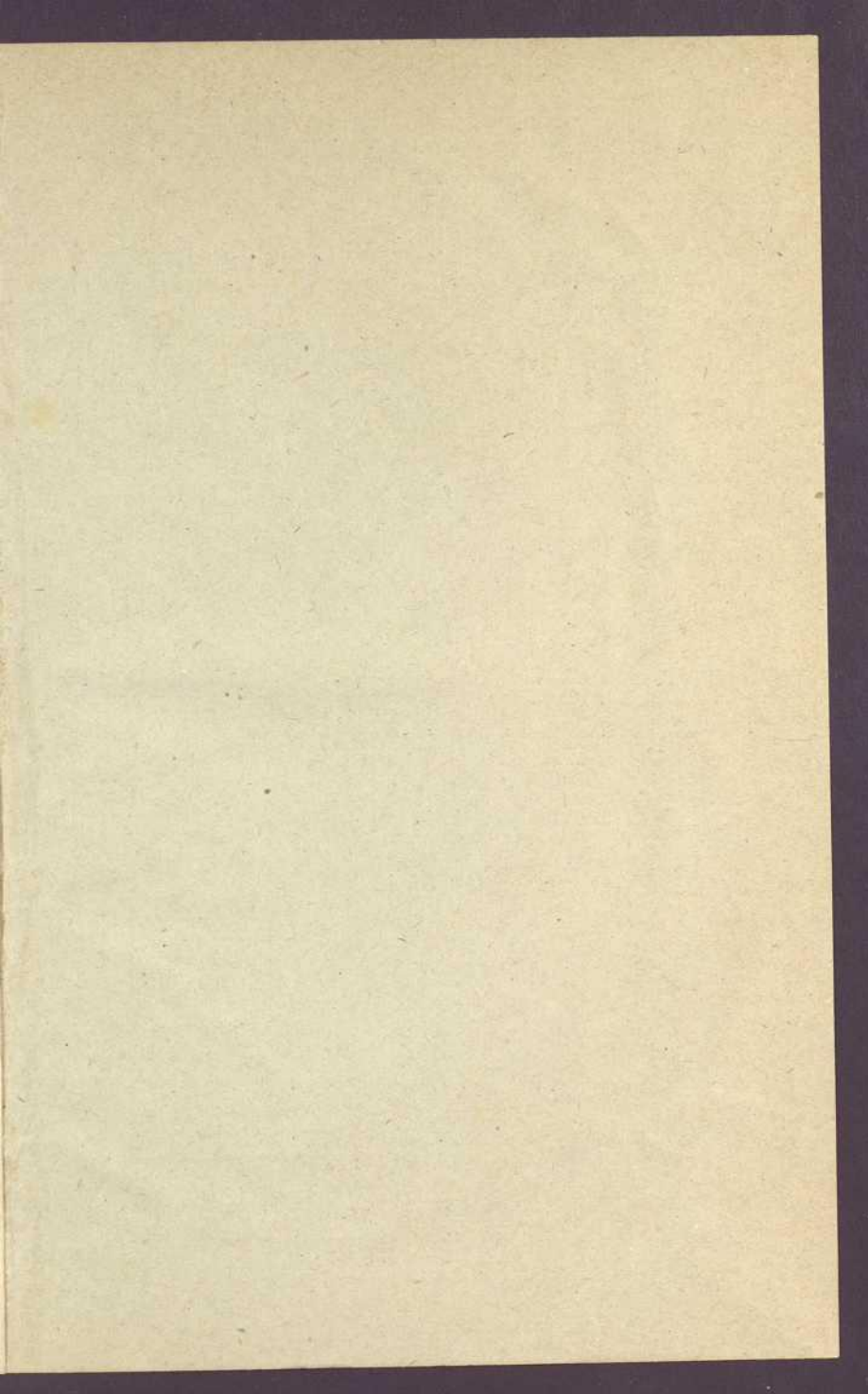
---

Aquí la gesta de Touroude termina.

FIN

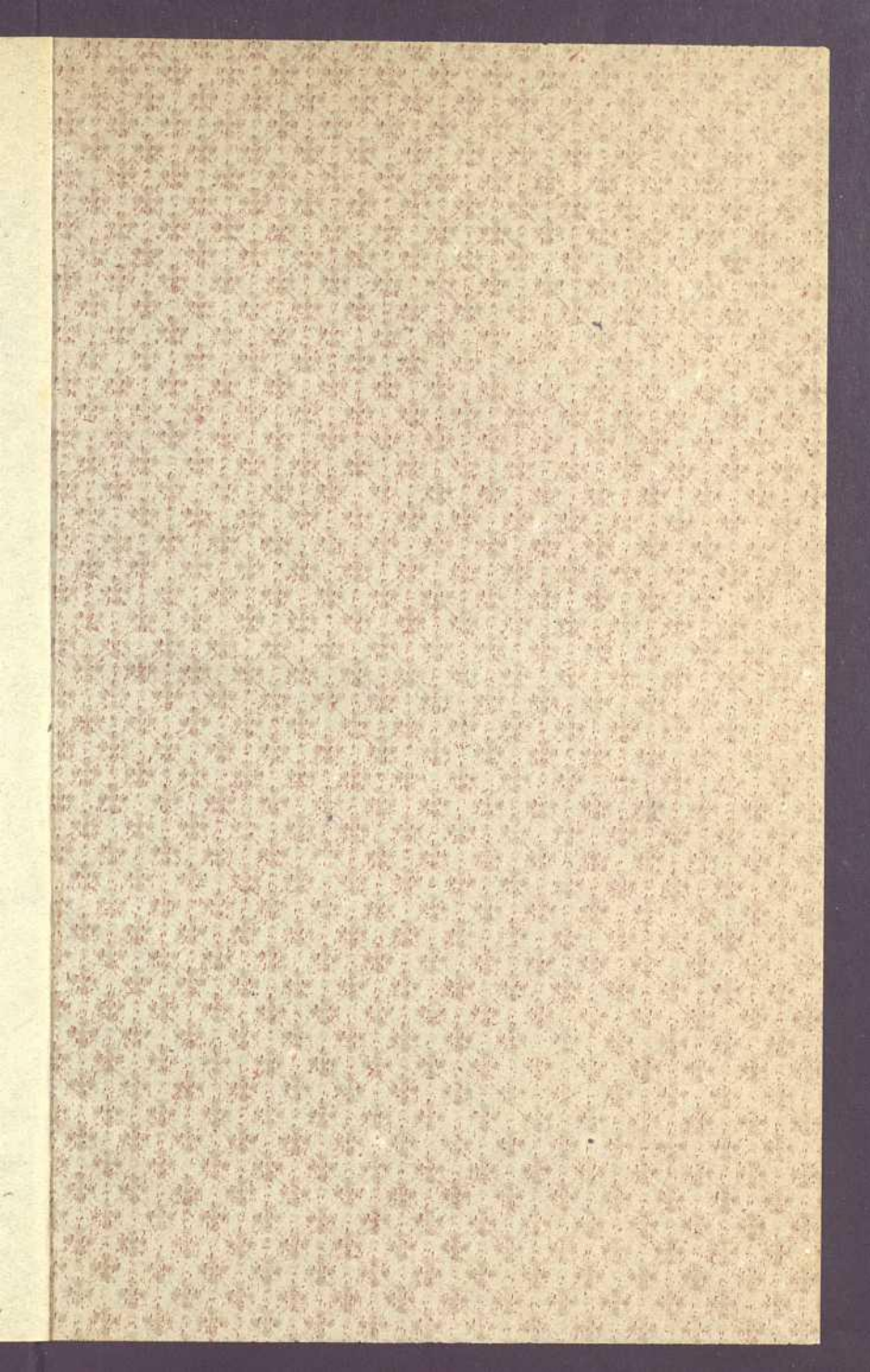


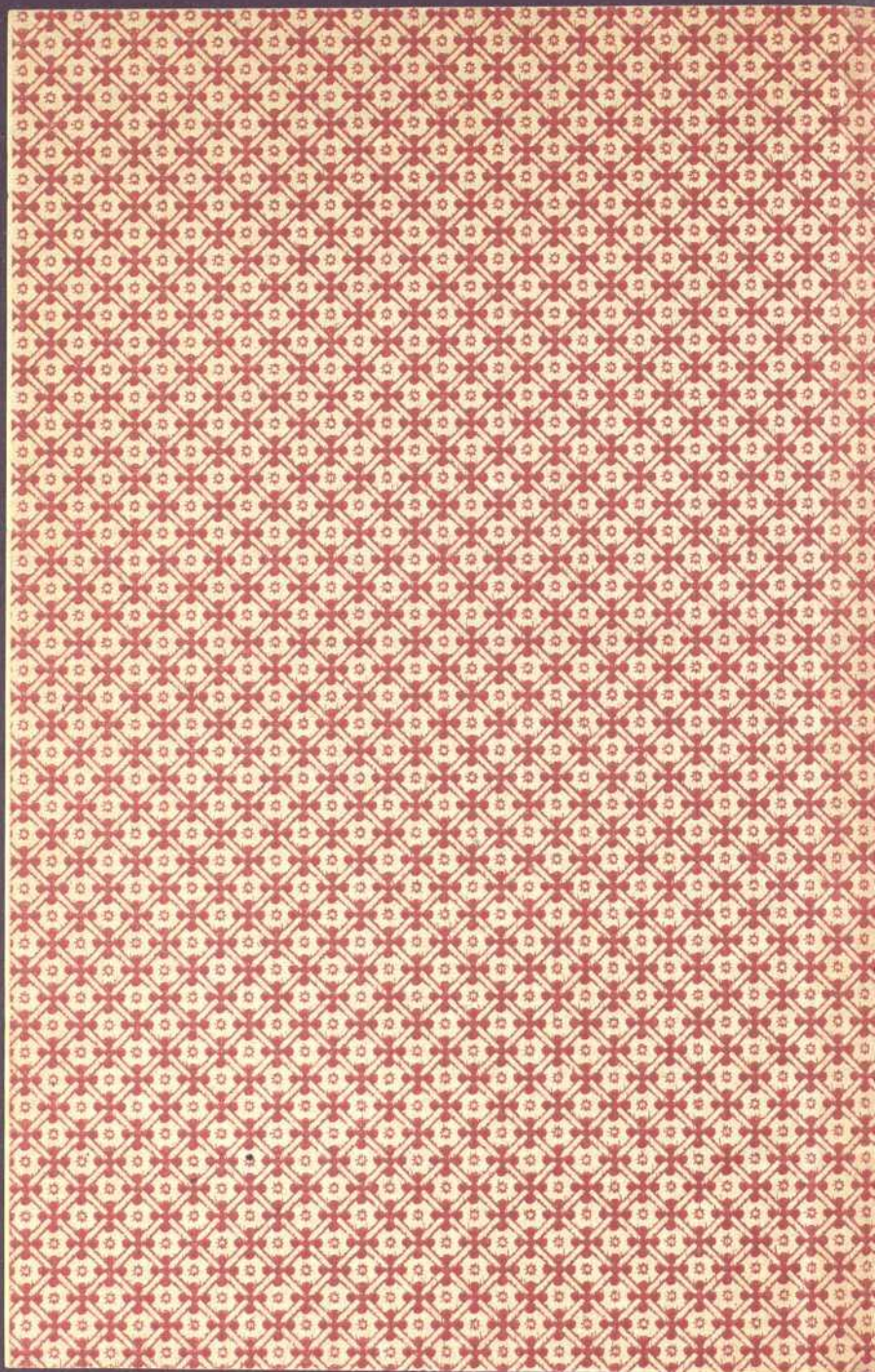


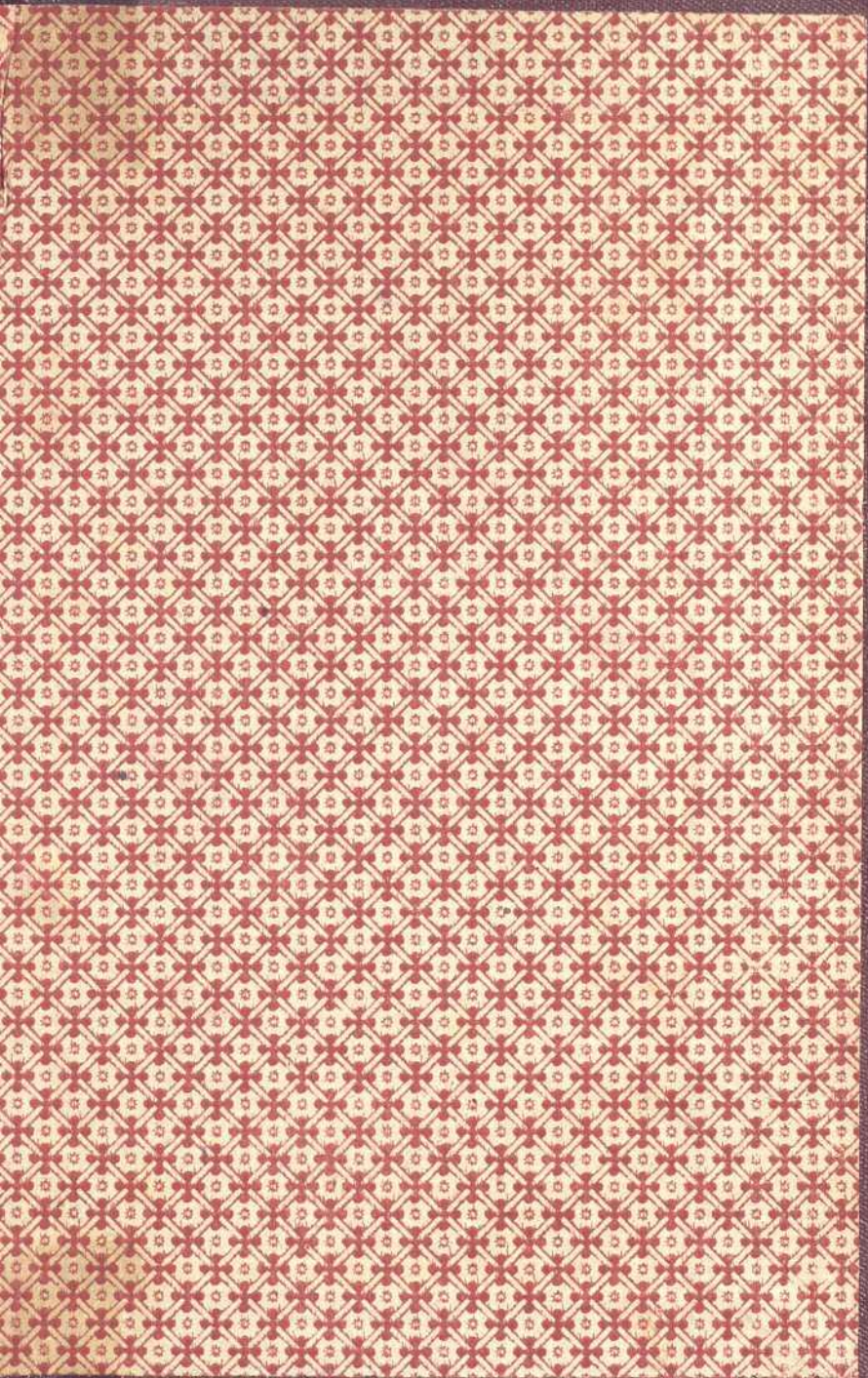


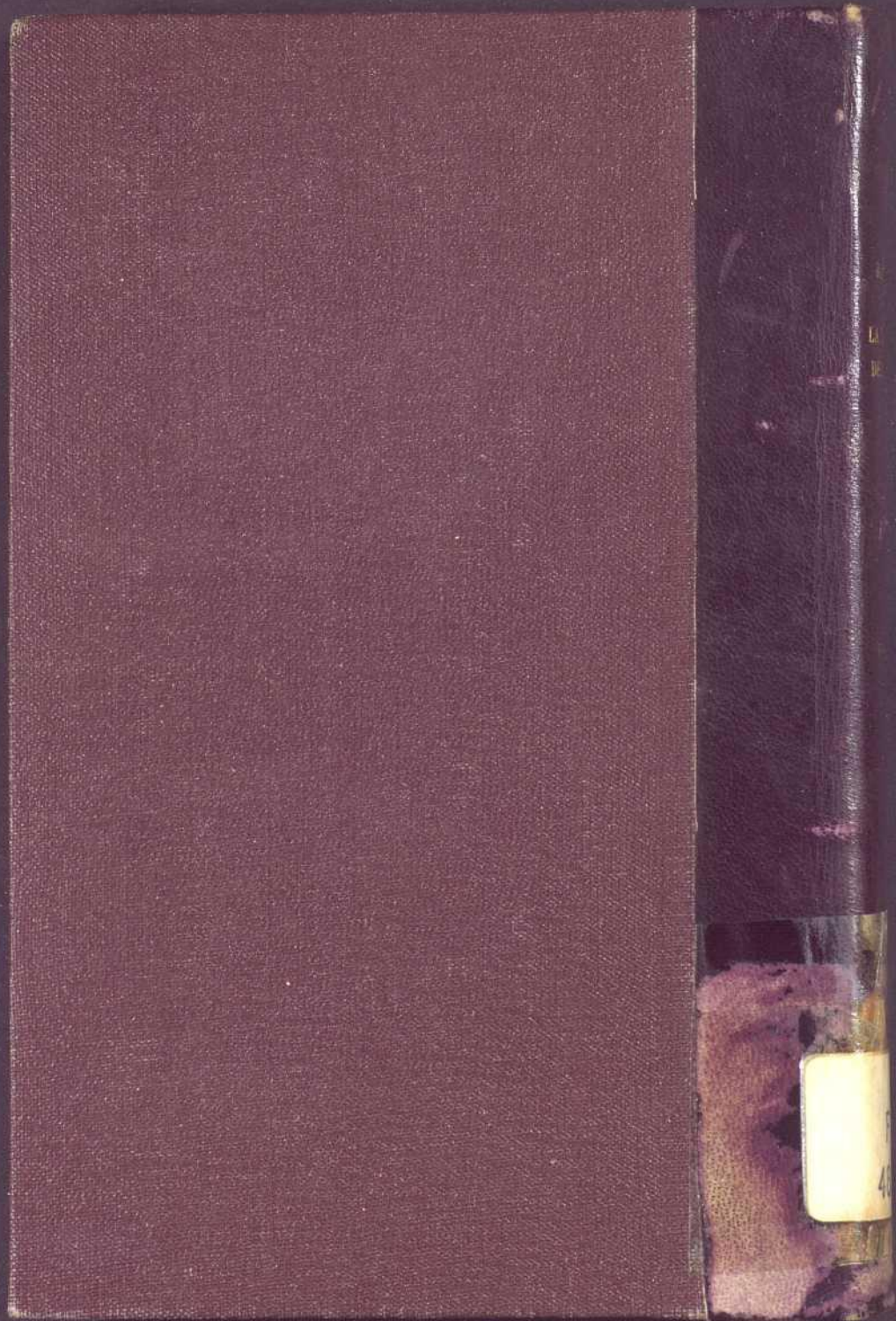
10-10-1914











BALLEIN

—  
LA CANCION  
DE ROLDAN

F A

4653